

ADVIENTO-2016/2017

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

Hay una diferencia esencial entre asegurarse la vida, asegurarse al otro, asegurarse a Dios, y confiar en la vida, en el otro, en Dios. Dicen que el equilibrio, la maduración afectiva y la capacidad de tener iniciativa dependen de la “*confianza existencial básica*”. Esta la aprendemos de niño en la relación con los padres, especialmente con la madre, en la primera infancia. A este nivel, la confianza presupone la seguridad: ser alimentado, cuidado, querido... La confianza nace de la calidad de la relación interpersonal. Si necesito controlar al otro, en vez de confiar, la relación está deteriorada en su raíz.

Si esto se aplica a la relación con Dios, comenzamos a diferenciar la religiosidad que humaniza y la religiosidad que destruye. Esta última, vive bajo el poder del miedo y utiliza a Dios mediante ritos: “*Hay que ganarse a Dios con buenas obras*”. La que humaniza es confianza radical: “*Ocurra lo que ocurra estoy en buenas manos*”:

*¡Cuando todo me va mal, Señor, tú eres mi amigo!
En el día de la angustia y depresión yo te invoco;
yo sé, estoy seguro, que me vas a dar una respuesta;
como tú. Oh Dios, no hay nadie parecido, nadie tan cercano
que se interese por el dolor del hombre tirado en la cuneta.*

*En Ti pongo mi esperanza, confío en Ti con toda el alma,
confío en Ti, porque sé que nunca me dejarás,
no me abandonarás, me ayudarás a vencer mis tentaciones.
Me encaminarás en la verdad, serás la luz que me guía
y el alimento que me fortalece.*

*Sólo tú eres grande, sólo tú haces maravillas con nosotros,
deja en mi vida un signo de tu ternura y tu bondad;
deja en mi corazón la señal de tu paso, de tu gracia,
para que mi pobre fe se haga fuerte al caminar.
¡Cuando todo me va mal, Señor, tú eres mi amigo!*

La confianza no evita ni el conflicto, ni la amenaza. Precisamente, es más fuerte que el miedo porque no necesita asegurarse nada; confía de verdad con corazón humilde y fuerte.

No necesito dominar la vida, pues la vida consiste en confiar. Pero advirtamos que hay una seguridad en lo religioso, camuflada de confianza, por ejemplo, cuando se dice que no hay infierno, como si tuviésemos la última palabra sobre la eternidad, cuando evitamos todo sentimiento de culpa para evitar el juicio de Dios...

Se nos pide encarecidamente que tengamos Fe, pero la Confianza es más que un acto simple de fe, es una fe inmovible, tan firme que nada, ni las mayores tormentas y huracanes podrán hacerla tambalear, aunque su única base sea la de creer en un Dios que no vemos y que en ocasiones pareciera –solo pareciera– darnos la espalda y olvidarse de nosotros; en un Dios que aparentemente contempla indiferente el triunfo del mal; en un Dios que pareciera sordo a nuestras llamadas de auxilio cuando nuestra barca parece que se va a pique, cuando todo conspira en nuestra contra.

La confianza logra las mayores gracias que Dios guarda para las almas humildes y sencillas. Porque si obra de tan magnífica manera con las almas que guardan reservas en su entrega y amor, tratándolas como no se comportaría ni el más generoso y paternal de los reyes, **¡cómo no hemos de esperar que el Rey de Reyes trate aún más regiamente, más generosamente aún, a quienes se abandonan a su protección!**

Si este Rey soberano lo abandonó todo, lo entregó todo, no ahorró ningún sacrificio ni humillación para rescatar a sus criaturas de la vergonzosa servidumbre del pecado; si venció a la propia muerte por amor a nosotros. **¿Cómo no habremos de confiar en Él?** Más si a pesar de esto, al contemplar esta entrega, este holocausto divino, guardamos todavía reservas respecto a su amor, si dudamos de su bondad, su misericordia y su perdón. Hermano. Yo te pregunto: **¿Qué más pudo hacer para demostrarnos su amor?**

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2, 1-5): *Caminemos a la luz del Señor.*

Salmo (121, 1-2.4-5.6-7.8-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 11-14a): *Vestíos del Señor Jesucristo.*

Evangelio (Mateo 24, 37-44): *Estad siempre preparados.*

Comenzamos un nuevo año litúrgico con la celebración del Adviento, que es, por excelencia, el tiempo de esperanza. Pero ¿podemos hablar de esperanza hoy? Ante el desastre humano creado por esta crisis, ante las desigualdades insultantes puestas de manifiesto en la sociedad, ante la corrupción escandalosa de muchos responsables públicos, cuando la gente ha perdido la confianza en personas e instituciones, ¿podemos hablar de esperanza? ¿Les podemos hablar de esperanza a los millones de parados?, ¿podemos hablarles de esperanza a las familias que están en el umbral de la miseria?

Indudablemente es difícil hacerlo y, sin embargo, en la Iglesia, al llegar este tiempo de Adviento queremos hablar de esperanza y, queremos hacerlo porque caminamos hacia el acontecimiento central de nuestra fe. El encuentro con Dios que viene a nuestras vidas, con un Dios que se hace pequeño, que se hace carne. Por eso caminamos con gozo a celebrar la Navidad.

En este tiempo se nos va a insistir en prepararnos para recibirle, es el mismo Señor que vino hecho carne en el centro del tiempo y de la historia, es el que vendrá con gloria al final de los tiempos y, es el mismo que viene hoy a nuestras vidas en cada hombre y en cada acontecimiento.

Con vistas a prepararnos para recibirle adecuadamente, la liturgia divide este tiempo en dos partes: una primera parte hasta el día 17 de diciembre, donde se nos insistirá en la venida del Señor al final de los tiempos, y a partir de ese día nos dispondrá a celebrar la Navidad, la conmemoración de la venida del Señor, hecho carne en las entrañas de María.

En este primer domingo de Adviento, la Palabra de Dios es clara; es una llamada a permanecer en tensión, a permanecer vigilantes: *«Estad en vela, estad vigilantes»*, son las advertencias que nos aparecen en el evangelio; pero ¿por qué? Y responde: *«Porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre»*.

Esto, en un primer momento, nos causa miedo, incertidumbre; sin embargo, tiene que ser una palabra de ánimo, de gozo y, sobre todo de esperanza, porque quien viene es Dios mismo que se ha hecho Dios-con-nosotros; por eso caminamos hacia el encuentro con Dios, hacia Dios que viene a nosotros en la persona de Jesús.

Por tanto no podemos estar adormecidos; el Señor viene y tenemos que estar preparados para recibirle; tenemos que dejar las obras de las tinieblas y echar a caminar como hijos de la luz.

Pero caminar como hijos de la luz es saber reconocer a Cristo que vendrá al final de los tiempos y que es el mismo que viene a nuestras vidas cada día, en la proclamación de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía y también en la persona de nuestros hermanos, los hombres, especialmente de los más necesitados.

Por ello en este tiempo de Adviento que comenzamos hay que espabilarse, el día se nos echa encima, viene el que es la Luz y se tiene que terminar nuestro caminar en tinieblas; tenemos que prepararnos para recibirle.

Caminar como hijos de la luz es caminar haciendo siempre la voluntad de Dios, siendo constructores de paz. El profeta Isaías nos presenta en la primera lectura, esta visión del día del Señor como el día en que se destruirán las armas preparadas para la guerra. Así los que hoy esperamos al Señor tenemos que ser constructores de paz en nuestro mundo, en nuestra sociedad, una sociedad donde reina la violencia.

Pero la paz no puede construirse al margen de la justicia, pues ser constructores de paz en nuestro mundo supone buscar la justicia y el bien de todos los hombres nuestros hermanos, solo de esta manera podremos construir la paz y esperar la venida del Señor.

Tenemos, entonces, que vivir de verdad este tiempo de Adviento, sabiendo que caminamos en esta vida de forma provisional hacia la vida definitiva, que esta vida está marcada por el encuentro con Dios, y que nuestro caminar en la vida es un caminar en esperanza y un camino que no es un camino al margen de Dios, pues el Hijo del hombre que vendrá, es el que vino en la plenitud de los tiempos y es el que viene, cada día, a nuestra vida. El mismo que viene hoy a nosotros en la celebración de la Eucaristía, hecho alimento para nuestro caminar.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): **Brotará un renuevo.**

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): **«Que en sus días florezca la justicia»**

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): **Te alabaré en medio de los gentiles.**

Evangelio (Mateo 3, 1-12): **Allanad sus senderos.**

El tiempo navideño se desliza hoy en la tensión entre armonía familiar y religiosidad difusa, presión consumista y recuerdos nostálgicos de la infancia. El Adviento comercial comenzó ya hace unas semanas y es visible en nuestras calles. Se escucha música de Navidad y se ve a Papá Noel, una atracción para los niños pequeños y grandes. El Adviento parece un mercado anual. Las gentes se apresuran en los comercios y compran un auténtico caos de productos, (carnes, pescados, dulces, juguetes, regalos...). Pronto uno no se entera de nada, tan confuso es todo.

La mentalidad de consumir está hoy agudizada por una escalada de publicidad (¡debes tomar esto para estar sano!; ¡tienes que tener esto para ser feliz!; ¡tienes que comer esto y poseer aquello, para pertenecer al grupo de personas especiales!). Queremos tener cada vez más, usar cada vez más, cambiar cada vez más pronto lo viejo por lo nuevo que presumimos es mejor. Lo viejo, aunque funcione, ya no sirve.

El estado de ánimo de los cristianos frente a estos fenómenos a menudo está un poco dividido. Nos sentimos obligados a protestar frente a este secuestro y falsificación del misterio navideño; nos indignamos de que el misterio de Dios se haya degradado a un medio de aumentar la cifra de ventas y de hacer negocio.

Pero no vamos sólo a elevar el canto de las lamentaciones, ni cerrarnos a la alegría que brota de las luces y los sonidos, de los recuerdos y expectativas y de los rostros de nuestros niños. En efecto, no debemos aplicar nuestro celo profético en un lugar equivocado, sino preguntar primero por lo que es bueno para luego, sensatamente, podernos defender de lo que queda nocivo.

Así, podremos actuar desde dentro en el restablecimiento de nuestro tiempo y de nuestra sociedad. Debemos mantener o aprender de nuevo a regalar, sin ahogarnos en las compras; debemos recibir y aceptar las músicas y canciones para superar nuestro falso pragmatismo y llegar a ser hombres de corazón abierto; debemos aprender de los niños sencillez y alegría y así comprender el mensaje de Dios, cuya grandeza se abre precisamente a los pequeños que no se consideran demasiado inteligentes para poder adorar.

Predicar en el desierto significa corrientemente que no te escucha nadie, porque el desierto evoca una región deshabitada, sin vida. El desierto en la historia de Israel juega un papel importante. Los hebreos permanecieron 40 años en el desierto, llevando una vida nómada. Allí toman conciencia de ser el pueblo de Dios y llegan a ser una nación con una religión. Allí experimentaron la fidelidad de Dios a través del maná, del agua, de la columna que los guiaba. El desierto, por tanto, no es sólo la soledad, es también el lugar de la alianza. El desierto es lugar de encuentro con un Dios, que viene del Sinaí a través del desierto para ayudarles. El desierto es el camino de la Tierra Prometida.

Juan se retiró al desierto de Judá, pero también predicó en el valle del Jordán, al que no le falta agua. Siempre los profetas han amonestado al pueblo. Con el Bautista esta amonestación se hace más aguda. Todos tienen que convertirse, no sólo los pecadores notorios y los paganos, sino precisamente los piadosos que creen no necesitar la conversión. Todos estamos siempre dispuestos a empezar con los demás y a tener consideración con nosotros, tentados a ver la paja en el ojo del hermano y a pasar por alto la viga en el propio ojo.

No olvidemos que los fariseos eran la gente religiosa de aquel tiempo y precisamente ellos son excluidos del Reino de Dios. Nadie puede prescindir de la conversión. Atañe a cada uno y se refiere a la vida entera. La conversión afecta al hombre completo: su conducta en todo tiempo y lugar, sus pensamientos, palabras y obras. Hay que convertirse cada día.

Juan hace suyas las palabras que Isaías, otra de las figuras que la Iglesia nos presenta en Adviento, había dirigido a los desterrados en Babilonia: **«Una voz grita: Abrid caminos a Yahvé en el desierto, allanad en la soledad camino a vuestro Dios. Que se rellenen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados, que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria de Yahvé y a una la verá toda carne. Ha hablado la boca de Yahvé».** Vamos en Adviento a preparar los caminos para la venida del Señor. Nada de exquisiteces. Dice el Señor: **«Romper las ataduras de la iniquidad, deshacer los yugos opresores y dejar libres a los oprimidos; partir tu pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano».**

Preparad el camino al Señor es un programa de reforma para nosotros. **¿Dónde están mis valles?** Los valles son mis omisiones: como soy de fe débil, de amor vacío, de esperanza pobre. **¿Dónde están mis montañas?** Éstas son mis transgresiones, mis pasiones, la soberbia de mi vida. **¿Dónde los caminos torcidos?** Nivelar las montañas de mi orgullo y de mi desprecio al prójimo, las colinas de mi vanidad, rectificar los senderos tortuosos de mi ambición y de mi envidia, allanad los caminos de mi interés.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *¿Dónde estás?*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Nos eligió antes de crear el mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, el Señor está contigo.*

La palabra “modelo” es ambivalente porque puede designar a la persona que un grupo humano exalta y quiere seguir o imitar un personaje de la historia; de la política; de la religión...; y también designar a esos jóvenes de medidas físicas deseables, variables según dicten los cánones de la moda: lánguidos o marcados; mórbidos o severos; sensuales o rígidos. Los primeros son por sí mismos fuertes, firmes, con límites precisos. Los segundos son cambiantes, mutantes, indefinidos.

Los modelos no son nocivos; los más jóvenes necesitan “modelos” de referencia para configurar su personalidad. Sin embargo la palabra “modelo” es también ambigua porque no va inseparablemente unida a la bondad, a la belleza, al bien. Un modelo a seguir se puede promover o se puede deplorar, según nuestros criterios. Los jóvenes pueden tener unos modelos que atemorizan a sus padres (cada uno piense lo que crea más conveniente): ¿cómo puede imitar a tal personaje?, dicen alarmados.

También estamos ante un término a su vez muy ambicioso, porque ¿de qué persona podemos decir, sin titubear, que sea un modelo a seguir? Muy pocos pasarían un examen riguroso si lo midiéramos con criterios morales, espirituales, psicológicos, políticos... Haz la prueba, haz tu lista de modelos. Luego compárala con la que harían tus hijos, sobrinos o nietos. ¿Encontraríamos alguna coincidencia? No nos engañemos los modelos suelen pasar de moda. Los cantantes, filósofos, políticos que configuraron nuestra juventud y madurez, no tienen por qué ser (de hecho no lo son) modelos para los jóvenes de hoy. Son “modelos demodé”

Pasemos a la vida religiosa: ¿Jesús fue un modelo? ¿María fue un modelo? Esta afirmación tenemos que pasarla por un doble tamiz. Primero porque la reducción de Jesús y de María a simples “modelos” no aguanta el más mínimo análisis teológico; Jesús es el Mediador de la Salvación; María es la mujer que hace posible esta mediación por su SÍ definitivo a Dios. Asimismo, tenemos que reconocer con dolor que tanto Jesús como María no pueden considerarse modelos a seguir por una buena parte de la población joven en la actualidad. Es una realidad, no deseable, pero realidad.

Sin embargo, los católicos seguimos celebrando a Jesús como Señor, como Salvador, y a María como la mujer que hizo de su vida un canto de obediencia a la voluntad de Dios desde la sencillez y la alegría absoluta. María, a quien celebramos en esta solemnidad, no conoció el pecado; su vida no fue primero un “sí” y luego un “no”. María no vivió al margen de la historia de la salvación que Dios había trazado y llevaba adelante en su pueblo; María es el fruto maduro de la obediencia creyente, es la mujer sin reservas ni para los demás ni para Dios, es la escucha plena, sin dificultades, sin estorbos.

La historia de la salvación está atravesada por mujeres que fueron “modelo”. Todas apuntan hacia la salvación que Dios trae, pero ninguna alcanza a declarar que ya está aquí, que se ha hecho realidad. Unas dudan del poder de Dios, como la estéril Sara; otras cantan el brazo fuerte de Dios salvando a su pueblo, como Miriam, la hermana de Moisés; otras suplican a Dios en su desgracia, como Ana, la madre de Samuel; otras conducen ejércitos como Débora; no faltan profetisas... la misma Isabel, la madre de Juan Bautista, el precursor, es anciana.

María se inscribe en la larga historia de las mujeres de su pueblo, pero supera a todas. No interpone la duda, como Sara, ni llora su desgracia, como Ana, ni es anciana, como Isabel, ni es guerrera, como Débora. Acoge de todas su potencial de respuesta a Dios, y lo supera con su aceptación sin límites: «Aquí está la esclava... que se cumpla». María rompe con la desobediencia del ser humano, deja sus planes para aceptar sin reservas el plan de Dios.

El papa Benedicto XVI pronunció esta frase: «Llena de gracia es el nombre más bello de María». Es verdad. No estamos ante una mujer agraciada, favorecida ni favorita. No es una mujer con una sensibilidad especial, sino que estamos ante el misterio mismo de la salvación de Dios que entra en el corazón de la historia no de forma simbólica, representativa, vicaria... sino encarnándose en una mujer.

El pecado es sinónimo de sublevación, de soberbia, de rebelión, de enfrentamiento violento, de resistencia a Dios... El «SÍ» de María es sinónimo de obediencia plena y absoluta, sin vacilaciones ni reparos. María no conoció el pecado; ella es «la llena de gracia». Por eso, cuando hablamos de María no podemos conformarnos con decir que es un “modelo” para los jóvenes, sino que debemos entender que el título de «Llena de gracia» es el único que, en verdad, le hace justicia.

Ahora nos preguntamos ¿María, una mujer así puede ser “modelo” para el hombre y la mujer de hoy, del siglo XXI? Yo creo que sí. ¿Y tú?

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5, 7-10): *Manteneos firmes.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Id, anunciar lo que estáis viendo.*

Los “signos de los tiempos” es una expresión, inspirada en Mateo 16, 3, acuñada por el papa Juan XXIII en su encíclica “Pacem in terris”; y en la convocatoria del Concilio Vaticano II e introducida en la Constitución Pastoral de la Iglesia en el Mundo actual, como signo de esa actitud fundamental de la Iglesia ante el mundo que no es de condena, ni de pesimismo, sino de escucha y de observación, con una gran simpatía.

En el texto conciliar aparece en dos números (4 y 11), en los que explica a qué se refiere al hablar de los signos de los tiempos, y qué se entiende por discernir tales signos. La realidad a que se refiere son: «los acontecimientos, las exigencias y los deseos más significativos, con el fin de descubrir los verdaderos signos o planes de Dios»; para ello, se precisa «escrutarlos a fondo e interpretarlos a la luz de Evangelio».

Según esta perspectiva conciliar, la vida, los acontecimientos no son una realidad opaca, sino verdaderos signos de la presencia de Dios y, por tanto, se convierten en fuente de encuentro con Dios; pero no solo son fuente de espiritualidad, sino que la vida ordinaria, cotidiana son lugares privilegiados de evangelización y de transformación social.

La Iglesia gira, sobre dos ejes: uno, Jesucristo, centro y fundamento de todo existir cristiano; el otro, la persona humana en su realidad concreta. Los dos son fundamentales e inseparables; desestimar a alguno de los dos focos supondría la desfiguración de la Iglesia. De ahí la importancia de la adaptación del mensaje a las actuales condiciones, y el estar muy atentos a los “signos de los tiempos”.

Juan Bautista está en la cárcel. Allí se entera de las obras que realiza Jesús, y manda a dos discípulos a preguntarle: *«¿Eres tú el que tenía que venir?»*. Jesús se limita a exponer lo que está sucediendo: *«Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan.../... y dichoso el que no se escandaliza por mi causa»*. Jesús está convencido de que la acción misericordiosa de Dios actúa con poder, curando y defendiendo la vida de los desgraciados. Esto es lo que sucede. Se está cumpliendo lo que había prometido Isaías.

Dios se nos revela como el amigo de la vida. Muy importante recordar esta característica de Dios en estos momentos de gran sufrimiento causados por la crisis. Jesús con su forma de actuar entusiasmó a los campesinos de las aldeas de Galilea. Para Jesús lo importante, lo prioritario es la vida de las personas, no la religión, ni el sistema.

Al oír hablar a Jesús y, sobre todo, al verlo curar a los enfermos, liberarlos de los malos espíritus y defender a los más desgraciados, se tiene la impresión de que Dios se interesa realmente por sus vidas y no tanto por las cuestiones religiosas, Jesús no las desprecia, las respeta, pero no son lo prioritario para su Padre Dios. Lo prioritario es la vida de sus hijos, los hombres.

Aquellas pobres gentes captan en Jesús algo original y nuevo. Y hay algo importante a resaltar. Jesús no cura para acreditar su mensaje o reafirmar su autoridad, sino *“movido por la compasión”*. Las curaciones más que una prueba del poder de Dios son signos de su misericordia.

Jesús no se limita solo a curar y liberar de los espíritus perversos, sino que dio a su actividad una interpretación, que hoy diríamos una lectura teológica de la realidad. Jesús ve en todo ello el signo de un mundo nuevo. Frente al pesimismo que impera en los profetas de calamidades, que ven todo negro, contagiado por el mal, Jesús anuncia algo novedoso: Dios está aquí actuando. La curación de los enfermos y la liberación de los espíritus malos, son su reacción contra la miseria, anuncia ya la victoria final de la misericordia divina, liberando al mundo de su destino final.

En todo esto hay otro dato importante a resaltar en la actividad de Jesús. Su primera mirada no se dirige al pecado, sino al sufrimiento. Aquí aparece una notable diferencia respecto a la actuación de Juan Bautista. Según los evangelios, la actuación de Juan está centrada y organizada en función del pecado, denunciarlo, llamar a los pecadores a penitencia y ofrecer el bautismo de conversión.

Sin embargo, la preocupación primera de Jesús es el sufrimiento de los más desgraciados. No es que no le preocupe a Jesús el pecado, sino que para Jesús el pecado más grave y que mayor resistencia ofrece al Reino de Dios es precisamente causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia.

Para Jesús, la realidad sangrante no es la única realidad que existe, por eso su actitud no es el pesimismo, sino la confianza esperanzada. En esta humanidad muy marcada por la injusticia de los poderosos, está actuando Dios, transformando esta pobre existencia humana. Contemplemos la realidad con la mirada de Dios, mirada de misericordia, compasión, y demos testimonio que la última palabra no la tienen los poderosos de este mundo, sino, Dios, Padre de todos.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 75, 10-14): *Pide una señal al Señor.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Va a entrar el Señor, Él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Romanos 1, 1-7): *Prometido ya por los profetas.*

Evangelio (Mateo 1, 18-24): *Él salvará de los pecados.*

Está claro que vivimos bajo el influjo y el poder de los medios de comunicación, sobre todo de la imagen. La realidad existe en tanto en cuanto aparece en los medios. Ellos crean realidad, construyen un modo de ver, pensar y vivir. Una cultura. La tele, y desde hace años Internet, es la ventana que nos permite asomarnos a la calle del mundo y saber qué sucede más allá de nuestra casa, al otro lado del mundo. Pero, podríamos darle la vuelta, verlo al revés, es la puerta de nuestra casa que, cuando la abrimos, entra gente que no conocemos, entran valores, estilos de vivir, opiniones...

Nosotros escuchamos y sobre todo miramos. Somos meros espectadores. Nos hemos convertido en “mirones”; somos como James Stewart, en la famosa película de Alfred Hitchcock “La ventana indiscreta” espiando la vida de sus vecinos. No son casuales los programas que con cámara indiscreta, o a la luz de los focos del plató, airean morbosamente la vida privada de los demás, la violencia, el sexo... y nosotros miramos.

Dicen los expertos que, a la cultura racionalista, científica y técnica, volcada en conocer la realidad, hasta en sus más mínimos entresijos, le ha crecido, con el tiempo, una profunda malformación: la de querer explicar y controlar toda la realidad, sin apertura posible al misterio de la vida... con Dios al fondo. La dictadura de la imagen, hoy en día, no sería sino una prolongación de aquella deformación: la realidad es imagen, lo que no vemos no existe, no importa que la imagen sea real, lo que importa es la apariencia, el espectáculo.

Una cultura así, es un fraude, porque el ser humano no puede ser reducido a la exhibición de su vida, y porque las preguntas profundas, por el sentido y por el misterio de la vida no pueden ser respondidas desde imágenes que quieren mostrarlo y demostrarlo. El reto, cultural y religioso, es abrir caminos hacia la profundidad, hacia el misterio escondido, que no se ve, pero es.

A nuestra cultura, nosotros somos hijos de ella, se le hace difícil comprender textos como el evangelio de hoy, se nos hace inverosímil, por más que digamos que es Palabra de Dios. Nos rebelamos a creer que las cosas sucedieran así, tal y como son narradas. Y hacemos bien, porque la fe ha de hacerse inteligible, creíble. Eso mismo fue lo que intentó el evangelista Mateo.

¿Qué quiso transmitir Mateo? ¿Cuál fue su intención? Los estudiosos de la Biblia saben y nos dicen que Mateo quería explicar a sus destinatarios quién era Jesús y, así, despertar en ellos el deseo por conocerlo. Y utilizando los estilos narrativos de aquella época les fue explicando que, en Jesús, Dios ha entrado totalmente en nuestra historia. Les explicó que Jesús es descendiente de Abrahán y de David. Y sobre todo, quiso dejar muy claro que en una mujer, María, Dios se ha hecho carne, se ha hecho hombre, se ha hecho historia. Jesús es la salvación de Dios.

Hasta el Concilio Vaticano II, la Iglesia vivía más del catecismo y de las devociones que de los evangelios. Muchos recordamos la misa en latín y las lecturas de los evangelios leídos por el cura, frente al retablo, también en latín. El pueblo, como no entendía, rezaba el rosario o leía algún libro de oraciones.

El Concilio supuso un cambio espectacular. El conocimiento de la Palabra de Dios. Nos ayudó a construir una vivencia cristiana más adulta y más firme, a la altura de los tiempos que vivimos y de la mentalidad del hombre de hoy. Acercarnos a los evangelios nos aproxima a Jesús. Como dice san Pablo a los cristianos de Roma *«Este evangelio... se refiere a su hijo... Jesucristo nuestro Señor»*. Jesús es el Evangelio de Dios para toda la humanidad. Los evangelios escritos nos aproximan al Evangelio, que es Jesús. No hay mejor Adviento que conocer a Jesús.

Adviento no solo es un tiempo litúrgico que se va repitiendo cíclicamente, cada año. Es más. Adviento es una actitud permanente de apertura a Dios. Cuando nos empeñamos en vivir encerrados en nosotros mismos no hay Adviento que valga. La cerrazón mental y del corazón es contraria al Adviento porque le cierra las puertas a Dios, que nos busca y quiere nacer en nuestra vida.

Como nos transmite el texto del evangelio de Mateo, Adviento significa la sorpresa positiva del hombre ante la novedad de Dios que llega y nos propone una misión. Miremos a María y a José, pobres, con sueños de juventud y con humildes proyectos de futuro. Dios apareció en sus vidas y todo cambió. María dijo «sí» y José dijo «sí».

La experiencia cristiana nos asegura que cuando sinceramente esperamos a Dios Él llega, llega siempre y transforma nuestra vida, superando todas las expectativas, hoy, nosotros, cristianos del siglo XXI podemos, como María, vivir con las puertas abiertas deseando que Dios nos visite. Y podemos, como José, cambiar los planes, acoger el Evangelio, aceptar su voluntad, más allá de nuestros cálculos y limitaciones.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Trae la Buena Noticia.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra contemplan su victoria»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Él es reflejo de su gloria.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *Al mundo vino, y en el mundo estaba.*

En tiempos difíciles, como son estos para muchas personas, incluso la Navidad deja de ser Buena Noticia. El mensaje de paz, felicidad y salvación, que hacen repicar los campanarios de nuestras iglesias, queda ensordecido por la ausencia o la distancia del hogar. El hogar es el lugar donde se reúne la familia, donde se comparte la vida y el amor que une a las personas. Si este falta, como a muchos que han perdido su vivienda o a otros a quienes los problemas económicos hacen inhabitable la propia casa; o si este hogar está lejos, como el de los inmigrantes en España o el de los emigrantes españoles; si no hay lugar, por tanto, en el que reunirse a compartir el amor de los que quieres y te quieren, ¿cómo puede escucharse y recibirse la alegría del nacimiento entre nosotros del Hijo de Dios?

Jesús, el judío galileo, ese hombre que dicen los evangelios que pasó haciendo el bien, sanando y proclamando la justicia de Dios en el mundo, tenía un hogar en Nazaret, una familia y unos amigos, donde experimentó y compartió el cariño, los cuidados, las preocupaciones de unos por otros. Pero Jesús también se sabía parte del hogar que del amor de Dios brotaba y en el que siempre había vivido. El amor de una casa sin paredes, hogar de vida y luz, como dice san Juan, de todos los hombres y mujeres.

Precisamente por no tener fronteras ni paredes, el amor de Dios llega a todas partes y preferentemente allí donde hace más falta. Por eso el primer sitio donde habitó el Hijo de Dios, el fruto de su amor por y para el mundo, fue un pesebre, representando la oscuridad necesitada de luz, la frialdad que se ha de calentar, la sencillez y pobreza, que no buscan notoriedad sino la tierna mirada de amor. El hogar del primogénito de Dios sobre la tierra fue un oscuro, frío y humilde pesebre.

La presencia de Dios es “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” que viene a “quedarse con todos y para todos”. Nosotros somos todos; también los que estamos a veces lejos de casa, “exiliados”, los que no encontramos cobijo, “desahuciados”, los que tenemos una familia en problemas o dividida, “como huérfanos”, o los que no sentimos el calor del hogar de Dios, “descreídos”. Jesús viene hoy, día de Navidad, a quedarse con todos, preferentemente con los que más necesitan ser queridos y protegidos en torno a las brasas del hogar.

Muchas personas reniegan de estas fiestas, no les gustan, les entristecen. La luz artificial genera demasiadas sombras. Sombras de ausencias, de tristeza, de enfermedad; sombras de familias rotas, de desempleo, de objetivos inalcanzados o inalcanzables... cada cual conoce y sufre sus sombras. Parece una contradicción. Cuando las navidades obligan a estar bien, aparecen con más fuerza las sombras. Encendido de luces, adornos, compras de regalos, lotería, consumo, comidas y más comidas: familiares, de trabajo, de amigos... todo un ritual pagano que disfraza la realidad y la adereza con algunos hilos de religiosidad. Demasiado artificial como para ser auténtico. Serán las navidades, pero... no es la Navidad.

Lo que celebramos estos días tiene que ver con las sombras y la noche en la que Dios nace. En un pesebre, pobre y rechazado, Dios se presenta como luz en la oscuridad, como esperanza en medio de la confusión y como promesa en la decepción. **«En medio de la noche brilla una luz»**. No es una luz artificial. Es auténtica, nueva y permanente. La apuesta de Dios por la vida de sus hijos. Es la verdadera Navidad. Un Dios que viene para quedarse e iluminar nuestras vidas. Acampa en nuestras sombras, no para engrandecerlas, sino para iluminarlas y aclarar el sendero que podemos tomar.

La luz de Dios nos moviliza ante la oscuridad y ante las sombras que nos invaden. Navidad es signo de vida y motivo de compromiso. Celebrar la Navidad es ver la realidad con la mirada de Dios. Al mirar el pesebre donde nace Dios, vemos los pesebres de la injusticia, de la violencia, del rechazo... donde tantos hombres y mujeres, hermanos nuestros, malviven. Al mirar el portal, vemos familias desahuciadas, expulsadas de sus hogares, sin sitio para vivir, al acercarnos para adorar al niño Dios, nos duele la injusticia y la desigualdad de nuestro mundo.

Navidad es signo de Dios y compromiso con la justicia. Una luz nueva invade todo, una luz que viene de las periferias, del reverso de la historia. Un Dios pobre y de los pobres que vuelve a nacer hoy, llenándonos y llenándolo todo con su claridad y que nos invita a cantar: **¡Gloria a Dios, vida para los hombres!**

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): ***Te conceda la paz.***

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): ***«El Señor tenga piedad y nos bendiga»***

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): ***Así que ya no eres esclavo.***

Evangelio (Lucas 2, 16-21): ***Le pusieron por nombre Jesús.***

¡Paz y felicidad!, nos deseamos unos a otros, y lo hacemos de corazón. ***¡Feliz año nuevo!*** Es la frase que más oímos y pronunciamos estos días, porque ansiamos ser felices y queremos que lo sean los nuestros, los más cercanos, aquellos cuya felicidad es la nuestra. Y cuantos tenemos un corazón de carne, queremos construir una felicidad para todos los hijos de Dios. Dios quiere que todos los seres creados seamos felices. Y yo así lo deseo y te deseo.

En este “año nuevo”, me apunto a la novedad de esas pequeñas historias de amor y solidaridad que las personas somos capaces de construir cada día, y de edificar con ellas eso que Jesús llamó el Reino del Padre. Pequeñas historias, de las que Jesús gozó, y que Pablo VI relata en la Exhortación “Gaudete in Domino” de 1975:

«Jesús, en el curso de su vida terrena, ha experimentado todas nuestras alegrías. Él ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, alegrías sencillas y cotidianas al alcance de todos. Admira los pajarillos del cielo y los lirios del campo. Su mirada abarca cuanto se ofrecía a la mirada de Dios sobre la creación en el alba de la historia.

.../...

El exalta de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra la oveja perdida o de la mujer que halla la dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre cuando recibe a su hijo, al retorno de una vida de pródigo; la de la mujer que acaba de dar a luz un niño...

.../...

Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre».

También tú y yo podemos gozar con pequeñas historias, únicas e irrepetibles, llenas de bondad y de belleza, que nos harán posible, real, e ilusionante, un feliz año nuevo.

La liturgia de la Palabra de hoy nos muestra en la primera lectura, tomada del libro de los números, y que debiéramos meditarla en tiempo presente: ***«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor».*** El Señor te mira, se ha fijado en ti y te concede su paz. Dios es bendición para el hombre. El fruto de su bendición es la paz, resumen y suma de todos los bienes divinos. ***«Entre todos los bienes de la vida y de la historia, la paz es verdaderamente el más importante y el más precioso»***, decía Juan XXIII.

La bendición de Dios se encarnó, de manera privilegiada en María, madre de Dios y madre nuestra, bendita entre las mujeres, y bendita en Jesús, el fruto de su vientre. Cuando Dios juzgó que la humanidad podía ser, también ella, vientre acogedor, nos envió a su Hijo, nacido de una mujer, María, para llevarnos a ser hijos en el Hijo, para poder gritar desde el fondo de nuestro propio espíritu: ¡Abba!, Padre! En Jesús, ya no somos esclavos sino hijos. Y si somos hijos, también herederos de las promesas de Dios.

María, la mujer creyente, es la figura central de la Solemnidad que la Iglesia celebra en este día. El evangelio nos la presenta admirándose de las cosas que los pastores dicen de aquel Niño. María medita todas estas cosas en su corazón. Y esta debe ser también la actitud del creyente: meditar lo que el Espíritu de Dios va obrando y diciendo en el acontecer de nuestra historia. La historia, en realidad, es un lugar teologal. En ella acontece cada día la salvación de Dios, en los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de nuestros hermanos, sobre todos de los pobres y de cuantos sufren.

Debemos abrirnos, confiados, a la acción del Espíritu de Dios en el mundo. Tenemos experiencias de ello. El Espíritu de Dios nos sorprende con frecuencia, más allá de nuestras cortas expectativas. La paz, suma de todos los dones de Dios, es posible, Dios la quiere. La paz es una tarea, puede construirse. Podemos construirla. Sobre la verdad, la libertad, la solidaridad y la justicia.

Hay un clamor de compasión y de justicia en todo el mundo. Se pide con fuerza, se exige, que al hombre le sea devuelta la dignidad robada. Y nosotros, unidos a María, nos unimos en este día a ese clamor de paz y dignidad.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): **Caminarán los pueblos a tu luz.**

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): **«Se postrarán ante ti, Señor todos los pueblos»**

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): **También los gentiles son coherederos.**

Evangelio (Mateo 2, 1-12): **Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo.**

“Periferias” es una palabra que ha puesto de moda el papa Francisco para referirse a aquellos lugares existenciales donde el ser humano se juega la vida y su sentido. La Iglesia ha de salir a las periferias, al mundo de los hombres y mujeres de hoy, con sus preguntas, al lugar de los pobres, allí donde la vida está en juego. Él lo dice con palabras rotundas, con imágenes que entiende todo el mundo y con su vida, que la gente ve con respeto y admiración. La “aldea global” de nuestro mundo está atravesada y rota por una multitud de periferias existenciales.

Desde niño admiré a los misioneros porque en ellos veía coraje, desinstalación, honestidad, entrega y fe. La gente de hoy ve lo mismo y los considera la mejor parte de la Iglesia. Valorar a estos hombres y mujeres es un modo de decir: su vida tiene credibilidad para mí, tiene valor, me dice algo... algo importante me dice, aunque yo no crea. Pienso que la Iglesia se juega (nos jugamos) el futuro con nuestra presencia en las periferias, que solo somos creíbles cuando el mundo nos ve ahí. En el presente ya sucede. Y esto no es una cuestión de estrategia y de marketing, sino de fidelidad a “la marca de la casa” al Evangelio.

El Salvador esperado resulta que no nació donde se esperaba, sino en Belén, una aldea perdida; que no estaban los que debían estar (los poderosos), sino unos pastores (los excluidos), y que no llegaron los importantes de la patria para inaugurar la salvación, sino unos extranjeros de oriente (paganos, no creyentes). Jesús nos descoloca. Él (Dios), siempre está en los márgenes. En las periferias. Nos cuesta aceptarlo; pero cuando leemos el evangelio, sin prisas, comprobamos que es así. Él, nació en los márgenes vivió en los caminos y murió fuera de la ciudad. Desde esos lugares se hace difícil aceptar una Iglesia socialmente poderosa.

Tal vez, por eso, cuando desde “fuera” se hace crítica a la Iglesia no es porque sí, sino por mirarse a sí misma demasiado, por su incoherencia institucional, por su falta de sensibilidad y Evangelio. En las periferias se van los fantasmas del “reconocido” y del “ascenso” en el escalafón institucional. Esa es la mentalidad de funcionario. Las periferias nos sitúan en la realidad y en el Evangelio, y los fantasmas se van.

Los reyes magos le preguntaron al rey Herodes **«¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?»**. En esta pregunta resuenan todas las preguntas de la humanidad en busca de sentido, las preguntas por la trascendencia, por Dios. Hoy seguimos haciéndonos las mismas preguntas: ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Por qué merece la pena vivir y luchar? ¿Hay algo o alguien más allá de lo que veo? Cuando estas preguntas tienen respuesta, aparece la luz de una estrella que nos guía en la vida. Cuando no hay respuesta, es como vivir en una noche sin estrellas.

Los reyes magos venían siguiendo una estrella, una intuición, una corazonada. Eran buscadores, querían encontrarle sentido a la vida. Y no cualquiera, sino pleno. No pertenecían al pueblo de la promesa, pero, ya sabemos, las preguntas últimas pertenecen a todo ser humano.

«El rey Herodes se sobresaltó, y todo Jerusalén con él». ¿Por qué? Porque estaban bien como estaban y no querían a ningún Mesías. Este sobresalto es el inicio de un rechazo permanente a Jesús que le acompañará toda su vida. También nosotros nos sobresaltamos cuando, dejando la mediocridad, hacemos el esfuerzo por adentrarnos en el misterio de la vida y cuando la propuesta de Jesús nos cambia el paso y los planes. Preferimos una religión acomodada a nuestros intereses, y saltamos de nuestro asiento, alterados, cuando alguien nos descubre que Jesús, el Evangelio, no es domesticable ni manipulable. Preferimos seguir igual. La llegada de Jesús siempre nos supone un cambio, una conversión.

La profecía de Miqueas anunciaba que el Mesías nacería en Belén de Judá. Belén era la patria de David, el rey en quien se cumplían las promesas; pero Belén también es símbolo de lo pequeño de este mundo. Mateo deja claro que las escrituras se cumplen en Jesús y, al mismo tiempo, nos abre la mente para descubrir al Mesías en aquellos “lugares” que no cuentan para el mundo y sus éxitos.

Jesús, el Hijo de Dios, no nació en un palacio sino en un pesebre de Belén, un pueblo pequeño de las afueras, y para darle la bienvenida no estuvieron los grandes e importantes (reyes, letrados y sacerdotes) sino unos pastores, unas personas marginadas y unos magos de oriente, unos extranjeros que no pertenecían al pueblo elegido. Dios siempre nos sorprende.

BAUTISMO DE JESUS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): ***Sobre él he puesto mi espíritu.***

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): ***«El Señor bendice a su pueblo con la paz»***

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): ***Acepta al que lo teme, sea de la nación que sea.***

Evangelio (Mateo 3, 13-17): ***Este es mi Hijo, el amado.***

Se acabaron los días de Navidad, y lo hacen a lo grande, presentándonos a Jesús ya adulto a orillas del Jordán, dispuesto a asumir “todo lo que Dios quiere”. Toma una opción que va a comprometer toda su vida. «Pasará haciendo el bien, anunciando una buena noticia a los pobres, y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios está con Él».

A fuerza de hablar de la divinidad de Jesucristo, por temor a caer en el arrianismo, hemos dejado en la oscuridad el otro aspecto de Calcedonia: «que Jesús es hombre, verdadero hombre». Así aparece en la escena del Jordán: Un hombre de una pieza, legal, tierno, compasivo, recio, luchador, ungido.

Me encanta como lo expresa el himno del viernes de la semana I de la Liturgia de las Horas: «Así: te necesito de carne y hueso. Así: tangible, humano, fraterno». Hay en este Himno de Laudes mucha belleza poética y mucha hondura teológica. Luego los teólogos hablarán de lectura ascendente y descendente, de la cristología y la antropología, pero la poesía es la manera más sublime de decir las cosas.

Esta sociedad nuestra necesita hombres como Jesús. Creyentes o no creyentes (si son creyentes, pues estupendo y maravilloso). Necesitamos recuperar al hombre, dignificarlo en toda su grandeza. Grande sin aditivos. Sin poder ni privilegios, ni títulos, grandes en su desnudez más absoluta, grandes en su ser, ni jefes, ni amos, ni unos más que otros por cuna o por dinero. Hombres y mujeres: honrados, sinceros, desprendidos, solidarios, luchadores, traspasados por la justicia, el amor y la lucha. “Santos, pecadores, jamás corruptos”.

Ahí está Jesús. Sin nada, desnudo, a la orilla del río. Y sobre su desnudez, Dios que le cubre bajo las alas del Espíritu. Y rompiendo la distancia y separación del cielo y la tierra, unidos ya para siempre en el Hombre Dios, la voz tierna del Padre: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto». O lo que es lo mismo: “Hijo mío, te quiero”.

Hoy es el último día del tiempo de Navidad, que culmina con la fiesta del Bautismo del Señor. Los textos nos presentan a una persona recia, firme, el “Siervo del Señor” de Isaías, el Jesús dibujado por Pedro en los Hechos, y el Jesús adulto del evangelio bajando al Jordán para ser bautizado. Debemos mirar a Jesús y debemos mirarnos a nosotros mismos en Él. Ese niño, al que hemos abrazado con ternura y amor, no hace muchos días, en las fiestas de Navidad, se ha hecho mayor ante nuestros ojos.

Acudamos con Él al Jordán y contemplemos la escena. Se abren los cielos, y Dios lejano se deja oír. Ya no hay separación entre cielo y tierra. Nada humano le es ajeno a Dios. Y nada de Dios le es ajeno al creyente. Todas las vidas humanas, sobre todo las destrozadas por los humanos alejados de su proyecto, corrompidos por las fuerzas del mal, le importan a Dios y nos importan a nosotros.

Jesús es uno de los nuestros, hijo de Dios e hijo de Hombre. Y eso somos también nosotros. El espíritu de Dios se ha posado en nuestras vidas. Somos hijos muy amados del Padre. ¡Gracias, Señor, tú eres mi Padre y me amas! ¡Tú eres el padre de todos!

Con la experiencia de sabernos hijos muy amados, salimos con Jesús del agua bautismal para realizar en la vida el proyecto del Padre sobre el mundo. Somos criaturas nuevas, revestidos con los rasgos de Jesús. La liturgia aplica a Jesús la figura del siervo, sostenido y elegido por Dios para la ardua tarea de implantar la justicia en la tierra, para romper cadenas de esclavitud y dar vista a los ciegos, porque el ser humano está hecho para la libertad y para la luz. El siervo lo hará de una manera firme pero con ternura, sin gritar, acariciando al que se rompe o se apaga.

Pedro, en una de las primeras homilias de la Iglesia, recordará el momento en que Juan predicaba el bautismo y trazará un dibujo de Jesús con tres rápidos rasgos: «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu; pasó haciendo el bien; curó a los oprimidos por el diablo». Y, nosotros, en cada Eucaristía, comulgamos con Él, que vino a anunciarnos la Buena Noticia a los pobres y la libertad a los oprimidos, para abrirnos los ojos a los ciegos e iluminar nuestras vidas.

DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): ***Tú eres mi siervo de quien me siento orgulloso.***

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): **«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»**

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): ***La gracia y la paz de parte de Dios.***

Evangelio (Juan 1, 29-34): ***Este es el Cordero de Dios.***

Vivimos en un mundo cada vez más deshumanizado, más mecanizado, más mercantilizado, más “on line”, en el que las relaciones humanas se van perdiendo y sustituyendo por relaciones virtuales, sin calor, sin color, sin consecuencias. A pesar de la vigencia de los derechos humanos, de que tanto presumimos en los países desarrollados, ¿son derechos... o privilegios para unos en detrimento de otros?

Miremos a los millares de inmigrantes muertos ahogados cuando buscaban nada más que su derecho a una vida digna; o la situación de los millones de refugiados encerrados en campos de “internamiento”, sin derecho a lo más básico para su subsistencia; o pensemos en los millares de niños utilizados como soldados y entrenados para la guerra; o los millones de seres que mueren diariamente de hambre en lo que llamamos el Tercer Mundo.

La indiferencia con que acogemos lo que les pasa a los demás, a los de otra familia, a los de otro pueblo, a los de otra nación, a los de otro continente, es decir, a los otros, está erosionando la convivencia, y está cuestionando nuestra condición de seres humanos.

¿De verdad pensamos que todos somos seres humanos? ¿De verdad creemos que todos somos iguales? ¿De verdad proclamamos que “todos los seres humanos nacen libres e iguales, y que, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente”, como reza el artículo primero de los Derechos Humanos?

Y es que no basta con reconocer que somos humanos; tenemos que ser, vivir, practicar como seres humanos, o sea, ser solidarios y sentirnos y vivir como hermanos.

Con la narración del Bautismo de Jesús, que nos recuerda el evangelio, Juan subraya también la misión de Cristo. Jesús es el siervo de Yahvé elegido para ser Luz del mundo y es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Por una parte, su misión consiste en ser luz, disipar las tinieblas, alumbrar la verdad, porque la verdad hace libres. Pero es también el cordero que limpia el pecado, que es el mayor impedimento para ser libres de verdad.

El Bautismo de Jesús es el principio de la actividad de Jesús, el comienzo de su misión, lo que nos relatan los evangelios. El Bautismo de Jesús, que recordamos, es la toma de conciencia de nuestro propio bautismo, de nuestra misión cristiana.

El bautismo, que recibimos probablemente de niños, debe ser también el comienzo de nuestra misión cristiana. Tenemos que recordar y revivir ese acontecimiento de nuestra vida, para responsabilizarnos de la misión recibida, de la tarea encomendada. La misión cristiana, la nuestra, la de toda la Iglesia, la de cada uno de los cristianos, la mía, por tanto, no puede ser otra que la de Cristo.

Porque sigue siendo necesario y urgente poner claridad en medio de tanta confusión como nos rodea por todas partes y por tantos medios. Es necesario hacer hueco para que la verdad emerja de entre tanta palabrería y mentira como circulan incontenibles. Y es urgente, indiferible, erradicar el pecado del mundo, poner coto a la injusticia que se ceba siempre en los más débiles. Los derechos humanos, o son derechos de todos y para todos, sean del país que sean, o no son derechos humanos, sino privilegios de los poderosos.

Ser cristianos, como ser humanos, no son títulos solo para enorgullecernos, sino responsabilidades para orientar nuestra existencia en colaboración con todos y en asistencia y ayuda de los más necesitados. No podemos conformarnos los cristianos con pertenecer a la Iglesia y cumplir nuestros deberes religiosos.

El Papa nos recordaba: **«La Iglesia no es un “club de socios”, sino un movimiento organizado para seguir la misión de Cristo, que pasó por el mundo haciendo el bien, curando toda dolencia, y anunciando la Buena Noticia».** Hacer el bien, remediar la pobreza desterrando la injusticia, consolar a los que sufren trabajando por aliviar el dolor y la enfermedad, y dar motivos de esperanza, con la buena noticia del evangelio y las buenas obras de la caridad es nuestro reto.

DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *Caminaban en tinieblas y una luz les brilló.*

Salmo (26, 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Estad con un mismo pensar y sentir.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Seguidme y os haré pescadores de hombres.*

Es de noche en el escenario de la historia. Las tinieblas no dejan comprender, ni nos es dado calcular, cuándo llegará la aurora liberadora. Pero hay algunos hombres que con sus ojos penetran la oscuridad: son profetas de esperanza. Caminamos envueltos en una densa tiniebla. Tiniebla, que se define como una ideología que impone un orden injusto y lo justifica; es la mentira institucionalizada o estructura social en la que se apoya.

El sistema actual tiene una gran capacidad de someter todo bajo su dominio, son esos espíritus, según el Evangelio, que luchan por ocupar y esclavizar el corazón del hombre. Aquí radica su funesta peligrosidad: el poder, convertido en ídolo, no solo crea víctimas, sino que las legitima y da buena conciencia al opresor y al oprimido mediante los mecanismos de ceguera.

Nos produce “daltonismo” esa enfermedad que consiste en no percibir determinados colores o en confundir algunos que se perciben. El sistema capitalista solo detecta “el color del dinero” y, en consecuencia, desatiende todas las necesidades humanas que no estén respaldadas por su capacidad de pago.

Nos origina “falta de visión lateral”, como sucede con los conductores que han consumido alcohol o cualquier otra sustancia, ya que la obsesión por el crecimiento y la rentabilidad impide ver el enorme colectivo de víctimas que quedan a la vera del camino y que para el sistema solo son “daños colaterales”

Y también nos causa “miopía”, que impide distinguir con nitidez las consecuencias del largo plazo, debido a la obsesión por alcanzar resultados a corto plazo; tienen que alcanzar resultados “ya”, sin valorar las posibles consecuencias funestas para las generaciones futuras.

Ahora bien, los cristianos creemos que el poder, tanto político como económico, no tienen la última palabra; la última palabra la tiene nuestro Padre Dios, que en Jesús se nos revela como un Dios que camina con nosotros, actúa en nuestra vida y nos está dando señales de su presencia.

En esta tierra envuelta en tinieblas, símbolo del caos y de la muerte, surge de repente una luz, símbolo de la vida, de una nueva creación. Nos llega la presencia de Jesús: *«Ningún otro puede salvarnos, pues en la tierra no existe otra persona a quien Dios haya constituido autor de nuestra salvación»*. Esta es la fe a proclamar en nuestro mundo idolátrico. Pero, hemos de ser conscientes de que la proclamación de Cristo y su causa encuentran muchos obstáculos y resistencias. La cultura, que se está imponiendo a través de los medios de comunicación, llamada “cultura secularizada”, está desplazando la salvación en la vida eterna, y la coloca exclusivamente en esta vida terrena.

El gran dios de nuestra sociedad es el sistema económico tecnificado, que se presenta como el mesías, capaz de dar la felicidad y la salvación. Y lo realiza mediante el “consumo”, que se convierte en la religión de nuestra sociedad, pues *«donde está tu corazón, allí está tu dios»*. El consumismo posee un carácter fascinante, seduce y atrae con gran fuerza. Posee unas estructuras y un conjunto de mediaciones, que se pueden calificar como religiosas.

Así, el poseer y disfrutar se convierten en horizonte y meta que orienta y motiva el esfuerzo de cada día. Su gran profeta es la publicidad. Jamás ha existido un profeta tan poderoso y tan falso. Utiliza todos los medios de la técnica y de la psicología, y sus mensajes nos alcanzan en la calle, en los espectáculos y hasta en nuestras propias casas. Los fieles acuden a las nuevas catedrales comerciales, que viven su apogeo con ocasión de las grandes fiestas: Navidad, reyes, día de la madre, etc. Esta gran seducción del “dios tener” solo puede ser vencido por la seducción del amor del Crucificado.

Seamos lúcidos. Los ídolos, que tienen oprimido y secuestrado al pueblo, son los ídolos de siempre: el poder, el poseer y tener éxito, que van tomando diferentes formas, siempre formas atractivas. El evangelio nos dice que se presentan con “piel de oveja”. Son ídolos camuflados y que es preciso desenmascarar. Ídolos que, para legitimarse, crean su propia religión, que es muy peligrosa, porque es una religión “secularizada”; y su cultura es la cultura de la satisfacción, y que están generando una profunda ceguera y una alteración de la conciencia, que incapacita comprender otras alternativas que no sean el bienestar.

Ante esta situación, el reto que se plantea a la comunidad cristiana no es acusar a la gente de viciosa, es decir, no es el echar mano de la moral, aunque es necesaria, ya que se vive en un ambiente y contexto socio cultural que arrastra, a lo que hay que añadir que no tenemos tiempo para pensar y reflexionar para decirnos ¿qué estamos haciendo?

La propuesta es ofrecer a Jesús de Nazaret, tal y como se nos revela en los evangelios, y dirigirlo, en primer lugar, al corazón, es decir a ese lugar donde hoy se dan las grandes preguntas y están pidiendo respuestas.

DOMINGO IV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2,3; 3,12-13): **Buscad al Señor, los humildes.**

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): **«Dichosos los pobres en el espíritu»**

2ª lectura (1ª Corintios 1, 26-31): **El que se gloríe, que se gloríe en el Señor.**

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): **Estad alegres y contentos.**

La palabra “signo” tiene que ver con “señal” y con “significado”. También con “señalización” y con “significante”. Una dirección debe estar bien “señalizada” y una propuesta debe “significar” algo para los que la oyen. Es más claro si buscamos sus contrarios: una mala “señalización” nos puede llevar a que nos perdamos en una ruta, o incluso a un desastre si no sabemos leer los “signos”. De la misma forma, una propuesta que no nos diga nada es “insignificante” para nosotros.

¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? ¿Acaso Dios hace signos? A lo largo de la Sagrada Escritura van apareciendo signos de Dios. Es más, el pueblo le pedirá en más de una ocasión que le dé “señales”; que quiere ver “señales claras” para saber qué hacer.

La Escritura nos dice que Dios hace señales sorprendentes: a Abrahán y Sara les da un hijo en su vejez; a Moisés le hace sacar agua del secarral del desierto; al rey Ajaz le promete, mediante el profeta Isaías, que el rey salvador es un niño de pecho... ¡Cómo es Dios! Parece que no deja de sorprendernos. La historia de Israel está tejida con los mimbres de los que no creen en Dios así y prefieren irse tras los dioses de los pueblos vecinos: ¡esos sí que son dioses! Que hacen cosas “normales”: son fuertes, son poderosos, son temibles y terribles.

El Dios de la Biblia se empeña en llamar al anciano Abrahán, al tramposo Jacob, al prófugo Moisés, al niño Samuel, al pecador David, al protestón de Jeremías, a la extranjera Rut, para hacer “señales”. Estas señales significan mucho. No son “insignificantes”, sino muy “significantes”. Nos dicen que Dios va por otros derroteros; solo que hay que aprender a mirar, a ver por dónde va Él.

En la Biblia, la palabra “montaña” suele significar algo más que una circunstancia de lugar, mucho más que una elevación del terreno. Más que un lugar geográfico se trata de un lugar teológico, es decir, un lugar donde Dios hace sentir su cercanía y habla al hombre al corazón. Jesús se retiraba al monte para orar en la soledad, Dios se manifestó en el Sinaí y en el Tabor.

Los oyentes de Jesús admiraban su autoridad en enseñar. Los lectores posteriores piensan (pensamos) que aquí habla alguien que indudablemente tiene algo importante que decir. El sermón del monte es el texto más citado aunque tal vez no el mejor comprendido, es decir, nos encontramos ante un bloque doctrinal sobre la naturaleza del reino de Dios, que por una parte nos resulta familiar y por otra nos mantiene a distancia.

Uno se siente pequeño frente a la grandeza moral aquí diseñada. Por una reacción instintiva se resiste el lector a aceptar que lo que Jesús afirma pueda referirse a Él. Quizá para otros sí. Quizá en un mundo ideal, para elites, o para los sufridos hindúes identificados con la miseria y sufrimiento por herencia y por medio ambiental. En el mundo de la técnica y de la competencia es, al menos, exageración. Así se puede pensar, pero Jesús habla para todos. En la primera fila estaban los discípulos, detrás de ellos la muchedumbre: **«Al ver Jesús la muchedumbre que le seguía, subió a una montaña y se puso a enseñar».**

Jesús subió al monte y desde allí enseñaba quién es Dios y que criterios tiene Dios para valorar al hombre y su grandeza moral. **¿Dichosos los pobres, los que lloran, los que son perseguidos?** La pobreza es siempre humillante y las lágrimas amargas. **¿Cómo se puede hablar de felicidad a los que mendigan en las zonas peatonales de las ciudades, a los refugiados, a los sin trabajo?** Los pobres y los que lloran pueden ser cualquier cosa menos felices.

Pero Jesús no engaña. No es un falaz intento de consolar con un feliz “más allá” para desentenderse de los compromisos de aquí. Jesús habla del reino de Dios, pero no dice que las cosas de este mundo deben seguir como están a la espera de un cambio sólo después de la muerte. La muerte, no restablece la justicia en la víctima inocente, ni da a nadie una nueva oportunidad de vivir lo no vivido.

Jesús no canoniza la pobreza material ni las lágrimas como si se tratara de un talismán mágico de dicha. Jesús habla de una actitud interior por la que el hombre acepta lo que es ante Dios y se siente amado por Él en lo que es. Los que llevan en el alma esta convicción no se dejan fácilmente deprimir en sus limitaciones, ni se enorgullecen en sus éxitos, e irradian una infalsificable sensación de dicha.

Las bienaventuranzas no se formulan a manera de preceptos, no son un sistema de imposiciones a la libertad, sino invitaciones desde la perspectiva del amor. Jesús enseña cómo puede el amor de Dios penetrar en una vida humana y hacer en ella posible lo imposible. Puede hacer que el hombre no acepte definirse por la capacidad de poseer, figurar, dominar, porque se ha encontrado con Dios y en ese encuentro todo cambia, todo se hace bienaventuranza.

DOMINGO V DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *No te cierres a tu propia carne.*

Salmo (111, 4-5.6-7.8a. y 9): *«El justo brilla en las tinieblas como una luz»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Nunca me precié de cosa alguna.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

Lamentablemente, basta con echar una ojeada a nuestro alrededor para ver que la corrupción se ha adueñado de todos los estamentos de nuestra sociedad. Vemos como hay una tendencia a enriquecerse a costa de lo que sea y, lo que es más grave, a costa de quien sea.

Esto lo encontramos a todos los niveles: los responsables públicos, que deberían ser los primeros garantes del bien común de los ciudadanos, se desentienden de su misión, para aprovecharse de su situación en su propio beneficio. Vemos cómo, responsables políticos y laborales, los que tienen encomendada la defensa de las clases más desfavorecidas, se aprovechan del dinero destinado a los más débiles. Estamos ante la desvergüenza institucionalizada.

Pero, no pensemos que la corrupción solamente llega a niveles altos, también en los estratos sociales más humildes vemos cómo la gente se crea mitos y se parten el alma por sus ídolos deportivos que, alimentados por el fervor popular, cobran cifras escandalosas que son un insulto para la situación actual de las personas. Ídolos que por otra parte, un gran número de ellos, se preocupan de evadir su dinero hacia paraísos fiscales negando así su contribución al bienestar de la gente humilde, que, en definitiva, es quien la encumbra y mantiene.

La sal se ha utilizado siempre para conservar los alimentos, para impedir que se corrompan. Cristo nos dice que sus discípulos tenemos que ser “sal de la tierra”; ello significa que todos estos casos de corrupción en la sociedad no pueden dejarnos indiferentes. Tenemos que ser en esta sociedad, profetas que denuncien estas situaciones, anunciando la Buena Nueva de Jesús, viviendo los valores del Reino expresados en las Bienaventuranzas.

Ha llegado la hora de la acción; por ello tenemos que implicarnos a favor de los desfavorecidos de la sociedad, de las víctimas de la corrupción de los poderosos. Siendo “sal” denunciaremos la corrupción, pues viviendo los valores del Reino y su justicia, seremos fuente de esperanza para los hombres de hoy: esperanza del mundo nuevo inaugurado por Jesús, un mundo donde no cabe la corrupción, la explotación del débil por parte del poderoso, sino un mundo de paz, amor, justicia y libertad.

Seguimos reflexionando sobre el Sermón del Monte, mientras las Bienaventuranzas (que veíamos el domingo pasado), nos expresan los valores del Reino que el discípulo acoge en su corazón. Ya es hora de que esa vida interior del discípulo se vea, se dé a conocer. Por eso, ahora pasamos del **«Bienaventurados...»** al **«vosotros sois...»**. El énfasis recae en lo que el discípulo está llamado a ser, como expresión de su identificación con Jesús. Además, nos damos cuenta de que dice: **«sois»**; por eso la tarea no es individual sino que es tarea de la comunidad.

Esta tarea la explicita con dos comparaciones: la primera nos dice **«vosotros sois la sal de la tierra»**. Entre sus muchas propiedades se usaba y se usa para dar sabor a los alimentos, conservarlos, curar, desinfectar... Por eso, el discípulo de Cristo, tanto entonces como ahora, está llamado a ser sal para la sociedad; así, el cristiano ha sido llamado al compromiso de hacer que sus obras sean eficaces como lo es la sal, las obras del discípulo se tienen que plasmar en el mundo sanando, purificando, preservando, sazonando...

Pero también nos advierte del peligro, de la tentación de abandonar el compromiso cuando viene la dificultad. Hasta la sal puede volverse insípida, puede volverse necia, y entonces solo sirve, como la basura, para tirarla y pisotearla. El cristiano no puede abandonar su compromiso de ser testigo del Reino y su justicia si no quiere volverse necio y no servir para nada.

La segunda la luz. Utilizar la comparación de la luz es aludir a una propiedad de Dios: **«El Señor es mi luz y mi salvación»**, leemos en el salmo 27, y el mismo Mateo, citando a Isaías la relaciona con la venida de Jesús: **«El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz, a los que habitaban en paraje de sombras de muerte, una luz les ha amanecido»**. Por eso, aquí son los discípulos los que reciben el encargo de ser testigos de la luz en el mundo.

Esta luz que debe brillar para que se vean nuestras buenas obras. Y para ello, con nuestras palabras y, sobre todo con nuestras obras, tendremos que ser los espejos limpios que reflejen al que es la única luz de las gentes a todos los rincones de la tierra, a tantos hermanos nuestros que caminan en tinieblas.

Pero teniendo claro que esto no debemos hacerlo por nosotros mismos, no por vanidad sino porque esa es nuestra misión; la finalidad última es la “gloria” del Padre, para que lo que se vea en todas las formas de actuación de los discípulos de Jesús no sea el protagonismo personal sino el de Dios. El rostro del Padre “que está en los cielos”, y por tanto invisible para los que estamos en la tierra, se descubre en el rostro de los hijos que honran el apellido de “cristianos” que llevan. Que la Iglesia sea la ciudad puesta en lo alto del monte para que ilumine y sea referencia para los hombres de hoy.

DOMINGO VI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15, 16-21): *Le darán lo que él escoja.*

Salmo (118, 1-2.4-5.17-18.33-34): *«Dichosos los que caminan en la voluntad del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 6-10): *Ni el ojo vio, ni el oído oyó.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *A vosotros os basta decir sí o no.*

Aunque no siempre sea claro, a grandes rasgos es un error identificar la política con la moral, porque en el terreno de juego político los valores se supeditan a los intereses de los contendientes. En democracia, por lo menos, las reglas son las mismas para todos, y gracias a ello las razones idealmente forman también parte del juego; de modo que las razones más convincentes para la mayoría deciden el resultado.

Y más que un error, es ingenuidad o autoengaño identificar a los políticos con personas íntegras y moralmente ejemplares. Al menos en democracia, y también idealmente, podemos exigir que los políticos ejerzan rectamente su función pública, que los programas que los han llevado al gobierno no se conviertan siempre en “papel mojado”.

Nos encontramos ante un sombrío panorama en el que, no ya la política y los políticos son inmorales; lo cual es realmente preocupante. Es inmoral que la penuria de cientos de miles de familias se pongan por detrás de los beneficios económicos de bancos y empresas, bajo la palabrería de que tales ganancias son en beneficio de todos.

Es inmoral que se aprueben propuestas de ley por decretazo y también que se rechacen porque no han sido formuladas por el partido propio, sin tener en cuenta las opiniones y necesidades de los ciudadanos. Es inmoral que con el amparo de leyes los que más pueden y tienen saquen partido de la situación de crisis, y que los que se han quedado sin derechos ni dinero no tengan el amparo institucional para defenderse.

En política y a los políticos de la democracia de nuestro país hemos de exigirles una ética de mínimos, según la cual sean respetadas un mínimo de razones y de obligaciones: razones en las actuaciones políticas, para que los ciudadanos podamos saber a qué atenernos, y obligaciones en los políticos, para que podamos exigirles lo que han prometido.

Al mismo tiempo, sin embargo, hemos de luchar por unas políticas impulsadas por una ética de máximos, donde el bien de todos y la dignidad de las personas sea la máxima primera. La distinción entre una ética de mínimos y una de máximos nos ayuda a discernir entre lo que debemos exigir y por lo que tenemos que luchar en el ámbito político y social, donde la ética parece siempre relegada a un plano segundo y complementario.

Jesús ciertamente no se metió en política, pero sí que hizo política, como todo hijo de vecino. Como hijo de María y de José, y además como hijo de Dios habló del fondo máximamente ético y humanamente divino de cualquier política. Los cristianos, en tanto que ciudadanos, hacemos política. No la identificamos como el mensaje de Cristo, pero procuramos que este esté presente en las políticas que guían nuestro día a día, ya que en Él encontramos claves para una ética de máximos al servicio de todos.

Los mínimos éticos se convierten en leyes y estas van cambiando a medida que se transforma la sociedad, así como las formas de pensar y afrontar la vida. Pero es necesario que hayan máximas éticas que impulsen también la transformación de las políticas. Políticos y legisladores tienen el difícil cometido de representar estas conversiones y transformaciones, realizando democráticamente la voz de todos.

Ahora bien, es más sencillo y provechoso preservar las leyes en una urna de cristal, evitando así la incomodidad de atenerse a las necesidades de los ciudadanos y a los principios de cualquier ética, acomodando las leyes existentes a los intereses inmediatos: tan inmediatos como beneficiosos para el legislador. Así actuaban letrados y fariseos en tiempos de Jesús. Así actúan partidos y políticos de hoy.

La crítica que recorren los evangelios dirigida a letrados y fariseos es demoledora, y sin embargo no se dirigen a los preceptos que estos defendían. Las leyes de la Torá formaban un conjunto de mínimos éticos, impulsados en origen por una serie de máximas que habían sido progresivamente olvidadas, de tal modo que se habían convertido en un cuerpo legal falto de alma y sentido. El saber de los hombres de cada momento se habían impuesto junto a los intereses inmediatos y personales, así como las seducciones del poder.

Frente a ello, Jesús realiza en su propia vida la sabiduría de Dios, desconocida y escondida, como dice san Pablo, pero que insufla de vida la letra muerta de la Ley farisaica. Se trata de la sabiduría del Amor entregado por los demás, de la ética guiada por este principio o máxima de amar hasta el final, si es preciso hasta la cruz.

El “*por amor*” es la máxima ética de Jesús: comportarse con el otro, incluso aunque tengamos quejas contra él, por amor; afrontar y arreglar los problemas con los demás por amor y no con venganza; respetar a todos en su dignidad, igualmente a hombres y mujeres, por amor; ser fiel a uno mismo y a los hermanos por amor. En definitiva, Jesús defendió la Ley del Amor y unas leyes, unas éticas, unos mínimos y unos máximos de nuestra conducta en el día a día, unas políticas de la vida, en definitiva, impulsadas por el amor, sabiduría de Dios.

DOMINGO VII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *No guardarás rencor.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *Todo es vuestro, vosotros de Cristo.*

Evangelio (Mateo 5, 38-48): *Amad a vuestros enemigos.*

Cuando era un chaval, para mí la ciudad de Murcia era casi el extranjero. Solo en ocasiones (partido de fútbol o procesiones de Semana Santa) salíamos y visitábamos la Capital. ¡Cómo hemos cambiado! Basta un breve repaso a nuestra reciente y cercana historia para caer en la cuenta de la diversidad y profundidad de los cambios sociales y materiales. En los últimos tiempos el mundo ha cambiado a marchas forzadas. Ese pequeño mundo nuestro ha ido desaparecido y otro más grande y muy distinto ha emergido.

Hemos entrado en una crisis tanto económica como de valores; en una sociedad plurirracial, pluricultural y plurireligiosa, el descrédito de las instituciones y de la vida política; la crisis de las religiones y de la Iglesia. Asistimos a una profunda configuración social y religiosa. Nos guste o no.

Recuerdo el peso que tenía la Iglesia en la vida del pueblo y, ahora compruebo la progresiva pérdida de influencia, tanto en la vida personal como social. Como dejándose llevar, inconsciente e imperceptiblemente, la gente con la que me crié ha ido relativizando, recomponiendo o poniendo distancia respecto a creencias, prácticas y normas religiosas.

Es desde esta situación que escucho y acojo las palabras de Jesús: «Habéis oído que se dijo... pero yo os digo...». Intento escucharlas como una llamada a nuestro presente, ¿Qué nos está diciendo Jesús a nosotros, a la Iglesia, en estos momentos de cambios profundos? ¿Nos quedaremos en quejas y lamentos? ¿Escucharemos con atención lo que quiere decirnos el Espíritu desde la realidad, desde los «signos de los tiempos»?

Los cristianos siempre nos hemos hecho preguntas sobre la fe y sobre cómo vivirla. Cada época viene acompañada de nuevos interrogantes. Dependiendo de la respuesta nos jugamos el sentido de la vida cristiana y la fidelidad al evangelio. **¿Cuáles son las preguntas que hoy tenemos?**

En las primeras comunidades cristianas eran muchos los que se preguntaban por la vigencia de la ley de Moisés. **¿Había que seguir cumpliéndola, tal y como lo hacían los judíos, o había que acogerla pero vivirla desde la novedad de Jesús?** Para responder a esa pregunta Mateo y su comunidad comienzan a releer la Ley Judía. Así, visto desde Él, el mandamiento de «no matarás», el adulterio, la separación matrimonial, la ley del talión adquieren otra perspectiva. Como final de esta relectura y como superación de todo lo anterior Mateo sitúa «el amor a los enemigos». Es la propuesta más novedosa del Evangelio.

En su tiempo la Ley del Talión significó un avance moral muy importante pues ponía límites a la venganza indiscriminada, que decía: «*si tú me has hecho tal daño yo te pagaré haciéndote cuatro veces más daño*». Aquella ley rompía toda una espiral de violencia. Pero Jesús va más allá de la ley y propone «no pagar con la misma moneda». **¿Por qué?** Porque el Reino de Dios que ya ha llegado significa la irrupción de la sociedad de la no violencia, la sociedad del amor que comprende, del amor que perdona, del amor que se olvida del mal.

Aún vivimos en la cultura del Talión y de la venganza. Parece un mal congénito a nuestra condición humana. ¡Nos hace tanto daño el mal que nos infringen que creemos que solo lo superaremos devolviendo “mal por mal”! La palabra “venganza” es moneda corriente en la historia de la humanidad. Si miramos nuestra vida personal descubriremos ¡cuántas veces nos hemos sentido heridos, agraviados y nuestro primer impulso ha sido el deseo de “venganza”!

Jesús da un salto más y nos dice que no solo la “no violencia” como superación de la venganza, sino el amor a los enemigos. Es la novedad absoluta. Les pareció entonces y nos parece hoy una locura imposible de vivir. Nos rebelamos. Nos fallan las fuerzas. **¿Por qué Jesús nos propone esta locura?** Porque Dios es así y actúa así. Cada mañana «*hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos*».

Si conociéramos a Dios haríamos como Él. Somos hijos suyos. Si esta afirmación no se queda para nosotros en grandes palabras que decimos y escuchamos en las celebraciones litúrgicas, sino que procuramos cada mañana creérnoslas con la mente y el corazón e intentamos vivirlas en los detalles cotidianos, iremos comprendiendo y pareciéndonos realmente a Él, que ama sin medida.

Impresionan las personas que no responden al mal sino con bien, las personas que son capaces de perdonar y olvidar. Introducen una novedad poco corriente en las relaciones sociales. En ellas percibimos “*grandeza de espíritu*”. Dignifican la condición humana. Si a estas personas y sus gestos las contemplamos en profundidad veremos que son testimonio vivo de Dios, que perdona siempre. Se comportan como hijos de Dios. **Parezcámonos a estas personas. Parezcámonos a Dios.**

DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 14-15): *Yo no te olvidaré.*

Salmo (61, 2-3.6-7.8-9ab): *«Descansa solo en Dios, alma mía»*

2ª lectura (1ª Corintios 4, 1-5): *Cada uno recibirá lo que merece.*

Evangelio (Mateo 6, 24-34): *No podéis servir a Dios y al dinero.*

Hoy nos paramos a releer y meditar con mucha atención la primera lectura, tan breve, tan esencial, tan dramática y tan real. En dos líneas, el autor, un escritor magistral, nos ha retratado en lo que somos los seres humanos, a lo largo de toda la vida, cuando nos encontramos con las dificultades con las que está sembrada y que, igual que las minas antipersona, acechan en el camino, ocultas, y haciéndonos sentir vulnerables.

Sión, que ya no es una ciudad sino la comunidad que formamos todos, es el sujeto que nos sustituye en la imagen literaria que refleja nuestra experiencia de soledad, de fracaso, de miedo y de abandono. Todos, en tantos momentos de nuestra historia personal, sentimos el pánico ante la posibilidad de hundirnos, de no poder remontar un problema, de perdernos en ese conjunto de cosas que llamamos crisis.

La vida y la fe son exilio. La vida es experiencia de exilio, fuera y dentro, en los límites de la propia tierra y en el espacio de la propia piel; y si uno no supera esa sensación de soledad, le entra el pánico y se hunde. La fe también es experiencia de exilio. También hay sensación de soledad en muchos momentos, también aparece continuamente el interrogatorio sobre Dios tras sentir lo abrumador que resulta su silencio. Por eso debemos sentir la vocación de profetas que anuncian constantemente su vuelta a la historia, su presencia entre nosotros, su preocupación por nuestra realidad.

Desde esa convicción, las expectativas de crisis, pueden ser vistas como etapas de crecimiento y madurez. Israel nunca creció tanto como comunidad como cuando vivió el exilio; nunca reflexionó tanto sobre su fe como cuando sintió el abandono de Dios; nunca profundizó tanto en su teología como cuando la dureza de la vida le hizo pensar profunda y drásticamente sobre el Dios en el que creía.

Muchos entienden la religión como la consecuencia de sentir miedo, inseguridad y confusión que lleva a proyectar un ser bueno y justo que compensa todo eso y posee los atributos que los humanos no tenemos. Así, ese ser nos conseguirá todo lo imposible para nosotros y podremos vivir en la seguridad o en la ilusión de una esperanza positiva en que se realizará todo ese conjunto de anhelos que no encuentran satisfacción en ningún sitio y en ningún tiempo. Pero, dicen, deberíamos centrarnos en esta vida en la que abundan los problemas y las necesidades, las carencias y las ilusiones para tratar de superar lo negativo y promover los aspectos que nos parecen positivos.

Pero se da la circunstancia de que la lucha por la transformación positiva de nuestro mundo necesita alimentar constantemente las convicciones que le mantienen en la esperanza y en una tensión que invita al esfuerzo a la vez que lo hace con sentido de paz y de seguridad.

Y algunos tenemos la dicha de encontrar en la fe esa base de confianza que no podemos encontrar en nosotros mismos, porque la condición humana es experiencia de fragilidad; poca cosa, ante la inmensidad de nuestras aspiraciones y la complejidad de nuestros problemas.

En la vida hay necesidades fundamentales, como el comer, vestir, etc., que requieren una satisfacción urgente y cuya realización es problemática. Hay problemas cuya solución origina inquietud. Aspiraciones cuyo logro nos ocupa mucho tiempo. Fracasos que nos afectan mucho o poco, dependiendo de la intensidad con que se vivan. Medios que son necesarios y obtenerlos para lograr alcanzar algunos fines. Por ejemplo, el dinero es un medio de intercambio que, dado su carácter de instrumento general de intercambio, lo tenemos identificado como el medio por excelencia, de ahí la obsesión por conseguirlo para poder cambiarlo por lo que queramos.

Todo eso es verdad, pero en todo eso hay un fondo cuya presencia o ausencia marca la diferencia de actitud con la que vivimos. Dios no es un elemento más de la vida y de la historia. Dios no es un instrumento más de los que nos servimos para conseguir cosas. Dios no es, tampoco, una proyección nuestra para hacernos ilusiones. Dios es el fondo de la realidad que la sostiene, también la nuestra. Dios es el Misterio que todo lo impregna y lo trasciende invitando, llamando, a todo y a todos a crecer.

Dios es, lo sabemos por fin por Jesucristo, el Alguien personal, autor de todo, artista genial creador de todo, en lo que ha dejado huella de su existencia y presencia, que ha querido entrar en relación personal con nosotros, personas hechas a su imagen, para estar ahí, en la sombra dándonos ánimos para los muchos desalientos con que nos encontramos.

Y el creyente vive desde esa confianza, desde la convicción que le hace creer y sentir cerca la compañía de Dios, tan distinta a cualquier otra, tan decisiva en la vida, que la siente como radicalmente distinta. Por eso se le descubre como mucho más valioso que lo más reconocido como valioso, el dinero. No hay parangón. El dinero, instrumento de intercambio, sirve para conseguir algunas cosas. Dios, no es intercambiable por nada, sirve para vivir desde la confianza. Porque Él no falla.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): **Rasgad vuestros corazones.**

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): **«Misericordia, Señor, hemos pecado»**

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20-6, 2): **Ahora es día de salvación.**

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): **Entra en tu aposento y reza a tu Padre.**

Iniciamos el tiempo de Cuaresma con unos deseos de conversión: «Rasgad vuestros corazones, no las vestiduras». Esta conversión debe dar sentido a nuestra vida porque las cosas no van bien y no deben seguir así, ni en las relaciones sociales, ni en el mundo, ni en la Iglesia.

Desde que comenzó su pontificado, las palabras y gestos del Papa Francisco “casan” bien con el espíritu cuaresmal, que nos invita a un cambio profundo, un cambio de corazón y de corazones. Una Iglesia renovada, centrada en Jesucristo, acogedora y misericordiosa.

«¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!» nos dijo el papa Francisco a los tres días de ser elegido. Fueron como un eco de aquellas otras que san Juan XXIII nos dirigió un mes antes de Concilio y que fueron como un rumbo a seguir: «La Iglesia se presenta como es y quiere ser: la Iglesia de todos, pero especialmente la Iglesia de los pobres».

Y ello, no como algo ético, sino como una verdad esencial y primordial en la Revelación, porque un Pobre nacido en la periferia de la ciudad de Belén y muerto (fuera de la ciudad), desnudo en una cruz, es nuestro Salvador.

Sabe el Papa que la Iglesia de Jesús se ha quedado vieja y necesita de una renovación, es consciente de que no podemos seguir así, no podemos estar asentados en el poder y la riqueza, valores claramente antievangélicos.

Pero, sería hipócrita pensar que solo los clérigos, sacerdotes, obispos y jerarquías eclesiales necesitan convertirse en sencillez y pobreza. Esto nos afecta a todos. Jesucristo es el centro, el principio y fundamento. Es lo más valioso que nos ha sido dado. Él es “el Señor”, primer punto para nuestra conversión cuaresmal.

Los textos bíblicos que la Iglesia proclama en los días de Cuaresma pueden ayudar nuestros deseos de conversión, de volvernos cada día hacia Dios. En esta primera eucaristía, el profeta Joel, nos exhorta a convertirnos al Señor nuestro Dios, compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad.

Nuestros corazones se rasgan al contemplar su amor. Y nacen en nosotros sinceros deseos de corresponder a ese amor con una vida limpia y fraterna, reconciliada con Dios y reconciliada entre nosotros, una reconciliación especialmente comprometida con el mundo pobre. **¿Cuándo nos arrepentiremos de ese pecado global, del que nadie nos sentimos culpables, de dejar morir de hambre a media humanidad?**

En el texto evangélico, Jesús nos presenta los temas bíblicos de la limosna, la oración y el ayuno, y nos ofrece su opinión sobre ellos. “Hipócritas” llama a quienes adulteran el sentido: **«Como hacen los hipócritas»**, es la frase más repetida en el texto evangélico, junto con la otra frase, esta vez positiva, para los que obran según criterios de Jesús y, también por tres veces repetida: **«tu Padre, que mira a lo escondido, te lo pagará»**.

La **limosna** mira al prójimo necesitado. No se trata de echar unas monedas sobrantes en el bote que nos adelanta un “pedigüeño” o en depositarlas en el cestillo de las ofrendas cuando vamos a misa, sino de remediar eficazmente la pobreza del hermano. El texto evangélico nos habla de **«practicar vuestra justicia»**, y sitúa la limosna en este terreno. Dar limosna ha dejado de lado, en muchos momentos, este contexto de “justicia”, para convertirse en una caricatura, deformada, de la limosna y la caridad.

La **oración** en tu cuarto, cerrada la puerta, nos trae la imagen de un encuentro íntimo, un momento de comunión personal, de estar a solas, tratando de amistad, con aquel que sabemos que nos ama. Es el momento de las confidencias, de las cosas reservadas a la amistad con aquel que escucha y no defrauda. Jesús gustaba de retirarse a la oración prolongada y a solas con su Padre.

Para Jesús, el referente del **ayuno** es el Padre. Perfuma tu rostro, que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre. El capítulo 58 de Isaías, que leeremos el viernes próximo, nos presenta cuál es el ayuno que Dios quiere: **«el ayuno que yo quiero, dice Dios, es este: abrir prisiones injustas (las que formamos en nuestro corazón); liberar a los oprimidos (que hemos marginado); compartir pan, techo y vestido con los que carecen de ellos, no cerrarte a tu propia carne (mirando solo por nosotros). Y Dios te lo pagará»**.

Que el amor de Dios y su justicia conviertan nuestros corazones a Él al comenzar la Cuaresma. Todas nuestras intenciones, todos nuestros deseos los depositamos en la patena de nuestra ofrenda en el altar.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): **Dios modeló al hombre.**

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): **«Misericordia, Señor, hemos pecado»**

2ª lectura (Romanos 5, 12-19): **Todos serán constituidos justos.**

Evangelio (Mateo 4, 1-11): **No tentarás al Señor, tu Dios.**

El próximo día 13 se cumplirán cuatro años del pontificado del papa Francisco. Cuatro años en los que con un lenguaje sencillo, pero teológicamente de hondo calado no ha cesado de invitarnos a una transformación profunda de nuestra conciencia y actitudes como cristianos.

«Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18). El papa Francisco nos ha ido dejando palabras y obras de sabor evangélico. Muchas palabras verdaderas y unos gestos que confirman sus palabras. Recordemos sus homilías, sus alocuciones, sus exhortaciones, sus viajes.

De cada uno de ellos conocemos y se nos han quedado grabadas en nuestros corazones algunas frases:

En Lampedusa resonó una palabra: ¡¡Vergüenza!! Y el mundo pudo ver unos signos: un remo (como báculo) y una patera en el frontis del altar. Un homenaje a las víctimas y el deseo de que no sigamos anestesiados ante la tragedia.

En Cuba, en su encuentro con el patriarca ortodoxo Kiril de Rusia: «Que nuestro encuentro inspire a los cristianos de todo el mundo para invocar con el nuevo fervor al Señor, orando sobre la plena unidad de todos sus discípulos».

En su visita a Tierra Santa: «La paz no se compra ni se vende», en medio del conflicto en Siria. «Construir la paz es difícil, pero vivir sin ella es un tormento», ante Mahmud Abás, presidente de la Autoridad Palestina. «El abrazo de las tres religiones», con el rabino Abraham Skorka y el musulmán Omar Abboud ante el Muro de los Lamentos.

La visita al Yad Vashem, el memorial del Holocausto «Con la vergüenza de lo que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, fue capaz de hacer. Con la vergüenza de que el hombre se haya hecho dueño del mal; con la vergüenza de que el hombre, creyéndose dios, haya sacrificado así a sus hermanos. ¡Nunca más, Señor, nunca más!», escrito de su puño y letra en el libro de visitas.

Tiempo de Cuaresma. Cuarenta días para acompañar nuestra vida a los pasos y palabras de Cristo, que hace con nosotros este camino cuaresmal. También Él sufrió, la tentación del poder y del egoísmo, de la fama, de la utilización de Dios para el propio provecho. El seguimiento de Cristo va a exigir de todos nosotros una conversión de vida en muchos aspectos, personales, sociales, religiosos. Nada valioso se alcanza sin esfuerzo, pero este esfuerzo nos lleva a la Pascua.

Miremos de nuevo a Jesús, hoy en el relato de Mateo. Al comienzo de su vida adulta, Jesús es empujado por el Espíritu al desierto, durante cuarenta días, y allí, es tentado por Satanás. No pasemos de prisa por este relato de las tentaciones, de cada una de ellas, y de las respuestas que ofrece Jesús desde su confianza en Dios y en su palabra. Piedras, panes, reinos del mundo, esplendor, postración, adoración, diablo, puede que encierren el secreto de muchas de las cosas que nos pasan hoy.

¿Nos dejamos conducir por Dios, por su Espíritu? ¿Pedimos en nuestra oración esa docilidad? ¿Qué espíritus nos mueven? Y el desierto, ¿qué pensamos? ¿Somos capaces de soledad para la contemplación? ¿Aprendemos en el silencio qué tentaciones nos acechan, y cómo resolverlas?

La Cuaresma se define como tiempo de gracia, de perdón y de misericordia del Señor hacia su criatura, y es también nuestro tiempo. Este es tu tiempo y el mío, el nuestro. Aquí y ahora acontece para ti y para mí el momento más importante de la Historia, porque es el nuestro, único e irrepetible.

¿Qué habré aportado yo de positivo a este mundo cuando salga de él hacia la casa del Padre? ¿Cuál habrá sido mi participación en el trabajo por la paz y la justicia en el mundo? ¿Qué proceso de conversión hacia el Reino viví en mi historia personal? ¿Cómo realicé el perdón y la misericordia, la ternura hacia mi prójimo?

Las últimas palabras de Jesús en este texto evangélico de hoy son: **«Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo darás culto».** Estas palabras resumen bien la pasión de Jesús: su Padre Dios, su voluntad, la presencia del proyecto de Dios entre los hombres, y el anuncio de este Reino como la gran noticia de Dios. Dios tiene una buena noticia para todos, preferentemente para los pobres y los que sufren.

Y de nuevo surge con fuerza la pregunta sobre nuestra implicación en este querer divino. **¿Me apasiona el Reino de mi Padre Dios? ¿Provoca alguna emoción en mí su anuncio y cumplimiento? Y más todavía: ¿Lo vivo como una buena noticia, la gran noticia que he tenido la dicha de recibir?**

Que la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo que recibimos en cada Eucaristía, sean la fuerza de nuestro caminar hacia la Pascua.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): **Haré de ti un gran pueblo.**

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): **«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»**

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): **No por nuestros méritos.**

Evangelio (Mateo 17, 1-9): **Este es mi Hijo. Escuchadle.**

Una de las enseñanzas que recibí de mis mayores que surgen de la sabiduría de la vida, es la de “tener palabra”, la de cumplir las promesas hechas. Aunque las cosas no vayan como esperamos aunque las personas cambien, y aunque sea mucho más difícil cumplir que prometer, una promesa ha de mantenerse siempre, hay que ser gente de palabra. Esta serie de cosas aprendidas en casa, tan importantes para la vida, chocan con ese mundo más grande y más complicado, en el que la sabiduría del hogar tiene poco valor.

En ese mundo la palabra que se da son “voces que se lleva el viento” y las promesas se difuminan en el papel mojado donde se escriben. Por eso tenemos que escrutar la letra pequeña de cualquier contrato, guardar bien la garantía de cualquier producto, o grabar la conversación con el cliente o el jefe. Se trata de otra sabiduría muy distinta de la de casa, es la ley de la selva.

Es tan habitual saltarse las promesas, que han tenido que surgir figuras que la salvaguarden: el notario (que da fe del mismo), el abogado (que te explica sus términos), el defensor del consumidor, del pueblo (al que puedes reclamar), el auditor (que inspecciona la empresa), la oposición (para controlar al gobierno), etc...

Gran parte de nuestras relaciones se basan en la desconfianza mutua, porque siguen el modelo de las relaciones económicas, del capital, en donde lo más importante es la defensa de la propiedad individual, del bien propio frente al bien del otro. Hay que desconfiar, porque aquel con el que hago el trato mirará antes por su interés que por el mío, y en el cumplimiento de sus promesas siempre prevalecerá su propio beneficio.

Un gesto tan habitual como el de saludarnos dándonos la mano remite a la desconfianza de comprobar en un intercambio comercial que el otro no esconde un “as” debajo de la manga. Sin embargo, nos es posible desplazar estos significados económicos de nuestras relaciones y devolverles los de la sabiduría de casa, que nos enseña que vale más conocer al otro, establecer vínculos de confianza más allá de costes y beneficios, y de cumplir las promesas que hagamos.

La Cuaresma es tiempo de reflexión del creyente sobre lo que significa serlo. Es la ocasión para volver la mirada a la experiencia del discípulo de Jesús que, como aquellos doce primeros, está junto a Él en el camino hacia la Pascua de Jerusalén, y día a día le observa, le escucha y se encandila con su persona. A la vez, acompañando a Jesús, los cristianos en Cuaresma revisamos nuestra vida a la luz de la de Jesús, porque creer, según el sentido del Evangelio, es ser y hacer: ser al estilo de Jesús y hacer según Él hizo el bien.

La lectura de este domingo nos hablan de la fe de Abrahán y de la fe en Jesús: de Abrahán, como persona que cree, y de Jesús, como la persona en quien creer. La fe se presenta como invitación a arriesgarse por algo que es incierto: por unas promesas que parecen imposibles de cumplir, tanto por quien las hace como por lo que supone hacerlas. A Abrahán, un hombre sin tierra y sin descendencia, para quien eso lo significa todo, Dios promete mostrarle un lugar donde vivirá feliz y que esta felicidad perdurará, que tendrá la alegría de compartirla con sus hijos.

La experiencia de Abrahán y de todos los que le hemos seguido, como hijos de este padre de la fe, es que Dios cumple lo que promete. En Jesucristo la promesa no solo se ha cumplido, sino que ha sobrepasado las expectativas sobre ella, porque la promesa de felicidad ya no se liga a un lugar o a unas personas concretas, sino que es posible en cualquier lugar y para quien la quiera. Pero, sin embargo, el que no se arriesga a fiarse de quien las hace y de cómo las hace, de un Dios que se muestra en debilidad y en lo escondido, no es capaz de seguir esperando en las promesas ni descubrir cómo se llevan a cabo.

Porque para Dios, más importante que lo que se promete, es confiar y amar al que promete. La fe no es creer en lo que no se ve, sino ver en la persona de Jesús, tal y como hicieron Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor, cómo se cumple lo que creemos para creer en quien vemos, y aprender así otra forma de ver, ser y hacer: la de Jesús de Nazaret, promesa cumplida y sobrepasada por la gracia.

Como le decía san Pablo a Timoteo, Dios dispuso darnos su gracia por medio de Jesucristo mucho antes de que lo mereciésemos, pero también mucho antes de que creyésemos en Él y en sus promesas, pues la fe tampoco es un mérito. A diferencia de lo que hacemos nosotros a menudo velando por nuestro propio interés, Dios cumple sus promesas por puro amor y pura confianza en el ser humano, y así nos invita a ser: cumplidores de promesas por fe y por amor.

En las tres lecturas que hemos escuchado, meditado y proclamado hay unos imperativos, que son invitaciones de la fe: «Sal», «Toma parte», «Levantaos»; porque Dios, si cumple lo que promete, es para invitarnos a hacer lo mismo y del mismo modo, es decir: prometer el bien a los que nos rodean confiando en ellos y queriéndoles, y así cumpliendo la más importante de todas las promesas posibles.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *¿Qué puedo hacer con este pueblo?*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *Señor, dame esa agua.*

Estamos en pleno corazón de la Cuaresma, cuarenta días, tiempo simbólico que representa el paréntesis necesario de reflexión sobre la vida, o los paréntesis que nos impone nuestra limitada condición humana cuando detiene nuestro caminar apresurado y nos recuerda que estamos hechos de barro quebradizo.

Para hacer más serena, sincera y profunda esta mirada sobre la vida, va bien apoyarse en estas lecturas de la Biblia que fueron recogiendo la experiencia de muchas generaciones y le dieron forma de manera que, entre belleza, sencillez y hondura, otros miembros de la humanidad tuviéramos un guión que condujera nuestro pensamiento y nuestras dudas. Uno de los pensamientos más repetidos y que más problemas crea a Dios en su relación con los humanos es la presencia insistente y dramática del mal en la historia.

La escucha diaria de las noticias del mundo está volcada, sobre todo, en hablar de ella, hasta el punto que el periodismo parece un departamento de comunicación que el mal se ha montado para hacerse conocer más, impactar más nuestra mente e inocularnos esa sensación de impotencia, desánimo, resignación y desesperanza que es una forma cultural de victoria porque nos transmite la terrible enfermedad del fatalismo que acaba destruyendo nuestra energía y nuestro sentido de lucha contra el mal. De esa forma nos vemos desarmados, interna y externamente, para darle a la historia, que es la vida de todos, un cambio de rumbo.

Surge, entonces, la gran cuestión que pone a Dios en el centro del debate: ¿No es sabio y todopoderoso, creador de todo, señor de la historia y bueno con todos? ¿Cómo permite que ocurran las cosas que ocurren y sufran los inocentes que lo pasan tan mal? Demasiadas amarguras, muchos tragos amargos, excesivas aguas insalubres para pensar que la vida sea un buen regalo para muchos.

La experiencia de la amargura nos lleva a la experiencia de la duda y, a muchos, hasta la rebeldía contra Dios responsabilizándolo del dolor y del mal que hay en el mundo. Así es el camino de la fe, como el del amor, como el de la libertad, lleno de sobresaltos, dudas, tropiezos y altibajos. Pero Dios está ahí, Él es y está para nosotros. En medio de esta vida-camino podemos confiar o no. Pero la confianza, la fe, cambia el caminar. Y la fe solo puede apoyarse en Dios-Jesús crucificado que no esquivó el mal sino que lo vivió solidariamente.

El evangelista Juan es un maestro en el arte de contarnos pequeñas historias que constituyen, en conjunto, una visión de la vida global y de la historia humana. En pequeños trazos nos va dando retazos de nuestra propia existencia profunda con los detalles del pintor que en un pequeño rincón de su cuadro nos da claves para su comprensión.

En la aparente sencillez de esta escena de un pozo, semejante a los muchos que todavía existen en África, se produce un encuentro que por la conversación va evocando personas y problemáticas de la historia de Israel que dan la clave para comprenderlo. De hecho, es la historia de Éxodo la que nos hace situar esta narración en un contexto de camino, búsqueda y cansancio, que hace sentir la necesidad de agua para saciar la sed física y en la que, inmediatamente, comprendemos que nos remite a otros tipos de sed y, por lo tanto, a otros pozos con aguas de esperanza y de sentido que solo nuevas formas religiosas pueden ayudar a saciar.

Una comunidad antigua, rota ya por la desunión mostrada entre samaritanos y judíos, está enzarzada en trifulcas jurídicas, que nada tienen que ver con la función fundamental de ser signo y señal que ayude en el camino de la vida. Confundidos, sus miembros tratan de buscar ante las inquietudes que la vida les presenta.

Inesperadamente, una mujer, samaritana, de su encuentro con un judío, saca la conclusión de que su sed puede apagarla un sediento que acaba de llegar al pozo. Y presenta su paradójica convicción a los suyos: Un sediento necesitado y cansado es quien puede darnos agua y paz en nuestra búsqueda e inquietud. Y en él la mujer ha descubierto a quien, sin saberlo, andaba buscando y esperando. Pero cuando en la conversación sus palabras derivan a la búsqueda de quién puede ofrecer una salida a la búsqueda humana, la respuesta de Jesús nos pone en conexión con la pregunta de los buscadores de Jesús para detenerlo en el huerto de los Olivos. *«¿A quién buscáis? -A Jesús el nazareno. -Soy yo».*

La gran respuesta, pues, a nuestras grandes cuestiones existenciales se puede formular en palabras. Y hay que hacerlo. Pero su respuesta significativa se da en el encuentro acogedor con los necesitados, porque ellos son quienes son, la imagen viva del Dios de las aguas regeneradoras, del Dios portador de nuestra salvación y de la paz interior que no encontramos sino en el que nos acoge. Pero el acogedor es el acogido previamente en el corazón.

Juan nos ha dado una catequesis sobre evangelización que servía entonces y sirve ahora porque presenta a Dios en conexión con las necesidades de una humanidad sedienta.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *Levántate y úngelo, porque este es.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Levántate, Cristo será tu luz.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Me lavé y veo.*

“Hay miradas que matan”. Esto se dice de las miradas que te dirigen o diriges tú, cuando la otra persona en una relación interpersonal te ha dicho o te ha hecho algo que no te ha gustado nada; en ese momento no te importaría hacerla desaparecer. El otro día recordé este dicho popular cuando hablando con un amigo me contaba las pocas ganas con las que asistía a las comidas y cenas que tienen lugar durante las navidades con amigos, colegas y familia. Me hablaba de la poca ilusión que le hacía tener que juntarse, de la falta de relación entre ellos, de porque hay que seguir haciendo lo de siempre, si ya no vivimos como antes las relaciones de amistad y de familia. Mejor vernos solo cuando no quede más remedio.

Otra cosa es cuando salimos de casa y nos encontramos con personas a las que miramos pero no vemos, se trata de los mendigos, de los que nos ofrecen cualquier cosa sin valor para sacarse un poco de dinero con que malvivir. También son personas pero invisibles para la mayoría; casi nadie se detiene a mirarles a la cara e interesarse por la historia que hay detrás de esa cara. Esas personas están en la calle y, su sola presencia, nos provoca algún tipo de controversia y reacción: le damos o no le damos; son más o menos que antes; llevan mucho o poco tiempo las mismas personas. A veces hablamos de ellas con otros; incluso en esas conversaciones privadas nos atrevemos a proponer algún tipo de solución aunque, por supuesto, no nos implicamos en ella.

Igual sucede con otros colectivos que están apartados de nuestra vista, hasta tal punto que llegamos a olvidarnos de su existencia: son los ancianos en las residencias, los niños en los orfanatos, los enfermos en los hospitales, los presos en las cárceles... A todos estos los consideramos bien atendidos en las necesidades que llamamos básicas, aunque no pensamos que están totalmente desatendidos en la necesidad más fundamental: considerarles personas con una historia propia.

Para ver y reconocer a todos como personas necesitamos limpiar la mente y el corazón de individualismo, de ocupaciones solo rentables materialmente y mirar únicamente que son como nosotros. Lo importante es mirar al otro desde un corazón limpio. Conviene abrir nuestras relaciones con las personas que viven a nuestro alrededor y emprender caminos desconocidos que nos pongan en comunicación con los diferentes. Debemos mirarnos a nosotros mismos con sinceridad para reconocer lo que somos cada cual y lo que son los demás para enriquecernos mutuamente y seguir creciendo juntos como personas y como sociedad.

Los seres humanos, al nacer, nos encontramos con unas determinaciones concretas: una familia, un pueblo, un país, una Iglesia,... que marcan los primeros pasos en nuestra vida. Todas y cada una de ellas marcan los primeros pasos en nuestra vida. Todas ellas nos ayudarán a descubrir quiénes somos, cómo podemos llegar a serlo en plenitud y cuál es el camino que debemos recorrer para alcanzarlo.

En este encuentro consigo mismo, que todas las personas deberemos realizar, encontramos dificultades para ver el objetivo con claridad; por supuesto, que unas personas más que otras, pues no todos tenemos las mismas posibilidades. Por eso algunas personas necesitan más ayuda para poder vivir por su cuenta.

En el encuentro con los demás vamos aclarando las cosas, nos vamos viendo las diferentes maneras que las personas tenemos de mirar a las otras personas, de interpretar los acontecimientos y los distintos modos de afrontarlos. Juan en su relato de hoy, va colocando al ciego de nacimiento frente a la gente, frente a Jesús, frente a los fariseos, frente a su familia, frente a todos y, a todo deberá dar respuesta.

Este proceso, o recorrido que va haciendo, le ayudará a ver las cosas de una manera más nítida. La gente duda de los cambios, los fariseos no quieren cambios, a sus padres les da miedo. Solo Jesús le pedirá que se enfrente con ese cambio fundamental: de vivir apoyándose en los otros y en lo de los otros, a vivir apoyado en su fe.

Esta fe guiada, en los primeros pasos, deberá hacerse personal; deberá ser respuesta a una persona que se ha encontrado contigo en el camino de la vida y te ha hecho esa pregunta: **¿quieres seguirme?**, yo te iré apoyando en las decisiones que vayas tomando.

Reconocer la parte que el Señor pone en nuestras manos gratuitamente, a través de los demás y del aprovechamiento de todas nuestras capacidades, nos hace ir aumentando la calidad de nuestra fe, de nuestras opciones y, de las posturas que vayamos tomando con otras personas y con otros grupos en los que nos sintamos implicados por lo que somos y con lo que tenemos, iremos mejorando la calidad de vida de otras personas, de otros colectivos y de todos los pueblos de la tierra.

Las promesas bautismales que cada cristiano renovamos en y con nuestras comunidades en la noche santa de la Pascua de Jesús no son para mirar cuántas cosas hemos hecho o hemos dejado de hacer, sino para ver si en el caminar de nuestra vida seguimos a Jesús o solo hacemos nuestro propio camino.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37, 14-14): *Os infundiré mi espíritu.*

Salmo (129, 1-2.3-4ab.4c-6.7-8): *«Del Señor viene la misericordia»*

2ª lectura (Romanos 8, 8-11): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Yo soy la resurrección y la vida.*

El respeto a la vida humana aparece como un presupuesto fundamental y primario en la conciencia de la humanidad. Todas las culturas han prohibido “asesinar” a la persona humana: «El derecho a vivir es el fundamento de todos los demás derechos». Defender, proteger y cuidar la vida, con sus logros y fracasos, constituye el gran desafío e interpelación para todos.

En la actualidad, nos movemos en una gran ambigüedad y confusión, vivimos unos momentos muy difíciles pues, junto a las solemnes proclamaciones en favor de la vida, se extienden de manera difusa e inconsciente, actitudes, estados de opinión, conductas y condicionamientos sociales, que reflejan una mentalidad contraria a la vida. En nuestra sociedad coexisten y conviven dos movimientos irreconciliables entre sí generados por los ídolos de nuestro mundo.

Uno es la “idolatría del poder y del tener”, encarnados en un sistema tecno-económico que está configurando un modelo de persona que se puede definir como “un ser humano económico, mercantilista y técnico”, caracterizado por un marcado interés por las cosas y por las máquinas, en detrimento de la vida. Para el hombre económico y mercantilista todo se transforma en artículo de comercio, no solo las cosas, sino también las personas. Todo se compra, incluso, a presidentes, ministros, dirigentes sindicales y religiosos, etc.

Otro es el “amante de la vida” encarnado por Jesús de Nazaret y que lo han de encarnar sus seguidores. No solo los creyentes, también hay muchos no creyentes que lo encarnan. Este movimiento en oposición al primero, es silencioso, pero eficaz, y coexiste en cada ser humano; quizá oprimido, pero no aniquilado; signo, la reacción de la gente sencilla, motivada por los gestos de nuestro papa Francisco; gestos de vida y a favor de la vida.

La gente vive ajena a la sensibilidad del Evangelio. “Aquí, la mayoría vive muy bien, pero tiene un problema”, me decía un amigo, “y es que, un día, tienen que morir y dejarlo todo. ¡Si no fuera por eso...!”. Al gran problema de la muerte la palabra de Dios nos da una respuesta esperanzadora, en concreto, este relato de Juan, presentando a Jesús como fuente de vida, venciendo a la muerte.

El enfermo Lázaro representa a todos los enfermos. Enfermedad, que se nos presenta como la terrible amenaza física, de la cual no está exento nadie ni, incluso, el creyente. Jesús se nos muestra como el gran amante de la vida y como dador de vida, para eso fue enviado: dar vida y darla en abundancia.

Jesús, lleno del Espíritu, recorría los pueblos de Galilea, curando enfermos, expulsando demonios y liberando a la gente de toda clase de atadura. Jesús con su forma de actuar y con su anuncio nos revela no al Dios de los justos, sino al Dios de los que sufren. Lo que más preocupa a Dios es el sufrimiento de los más desgraciados. El Dios que nos revela Jesús es el Dios que nos sana. Lo que más necesita nuestro mundo, no es que se le acuse, ni condene, sino lo que más necesita es que se le sane.

Los evangelios nos lo afirman de manera unánime: **«Recorría toda Galilea... proclamando la Buena Noticia del Reino de Dios y curando toda enfermedad y dolencia»**. En el episodio de la resurrección de Lázaro Jesús se nos presenta como el poderoso curador, capaz de sacar vida de la misma muerte. Pero no se nos presenta como el Señor majestuoso e impasible, sino como el que participa de la aflicción de las hermanas: **«Jesús, viendo llorar a ella y viendo llorar a los judíos que le acompañaban, muy conmovido, lloró»**.

Aquí nos muestra el evangelista la profunda compasión de Jesús que le hace partícipe de la aflicción de los demás y desde dentro nos libera del sufrimiento y de la muerte. La capacidad de dar vida y de contribuir a la liberación del sufrimiento del pueblo está muy condicionada por la capacidad de participar en la aflicción.

Jesús no aporta solo una mejoría física. La sanación del organismo queda englobada dentro de una sanación más integral. Jesús reconstruye al enfermo desde su raíz: lo arranca del aislamiento y la desesperanza, lo libera del pecado, lo devuelve al seno del pueblo y lo abre a un futuro mucho más saludable. Las fuentes cristianas no nos presentan a Jesús en busca de pecadores, sino acercándose a los enfermos y endemoniados para liberarlos de su sufrimiento.

No es que no le preocupe el pecado, sino que, para Jesús, el pecado más grave y que mayor resistencia ofrece al Reino de Dios consiste precisamente en causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia. Los evangelios resumen la actuación de Jesús en dos tareas: anunciar la Buena Nueva y curar enfermedades y dolencias del pueblo. San Juan lo sintetiza en “una”: dar vida y en abundancia: **«Yo soy la resurrección y la vida»**. **¿Creemos esto?**

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21, 1-11): *¡Hosanna al Hijo de David!*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Pasión (Mateo 26, 14-27, 66): *Velad y orad para no caer en la tentación.*

*Hace cuarenta días iniciamos un camino de austeridad, conversión y caridad. Es la Cuaresma que nos ha traído hasta este domingo de Ramos. Hoy comienza la más santa de las semanas... En estos días Jesús vuelve a Jerusalén, es aclamado y humillado. Otra vez más Dios se nos entrega, por amor, por pasión. Él volverá a lavar los pies, será traicionado, mal-juzgado y golpeado, castigado a morir en el madero, condenado y crucificado, como los malvados. Una ejecución que sirva de aviso y escarmiento: «**los que sigan a este hombre, tendrán problemas**». Y los que le seguían... asustados, se dispersaron.*

*La Semana Santa es memoria. Vamos a revivir la capacidad de amor y de servicio, de entrega y sufrimiento, incluso hasta la muerte,... y una muerte de cruz. En nuestros días hay gestos de amor y entrega, hay personas que se ponen al servicio del prójimo. Pero también vemos con dolor las cruces que matan hoy. Existen demasiados «**viernes santos**» como para permanecer impasibles. Son las realidades de muerte y sufrimiento de nuestro mundo (el hambre, la violencia, la desigualdad...)*

Los cristianos sabemos que no va a triunfar la injusticia ni el pecado; estamos convencidos de que el mal no va a ganar la batalla. Dios mismo rasga el velo del dolor y rompe las cadenas de la muerte...; ante la injusta muerte de su Hijo no queda impasible, le da la vida, para siempre.

La Semana Santa no acaba el viernes ni termina en la cruz. El domingo es el día de la vida, es el triunfo de Dios, es el comienzo de nuestra fe: la certeza de que Jesucristo está con nosotros, vivo, para siempre. En la Vigilia Pascual todos escucharemos el pregón y saltaremos de gozo para cantar la acción de Dios y contagiar a todo el mundo con nuestra alegría.

Mientras tanto, nuestras celebraciones y nuestra oración mirarán a un Dios apasionado de amor por todos... No perdáis la ocasión para celebrar el amor de un Dios que se deja la vida por nosotros para que nosotros tengamos vida abundante.

El Evangelio siempre cuestiona nuestra vida y nos da que pensar. Poco comentario necesita la lectura de la Pasión. No hay palabras que logren explicar un ajusticiamiento injusto. No hay consuelo para aquellos que, habiendo puesto su vida en Jesús, ven que con su muerte todo se esfuma. Es la cara y la cruz de la vida. Aplaudido como un rey en la entrada a Jerusalén y abucheado bajo el peso de la cruz. Es tan inmediato, que resulta difícil de comprender.

Jesús no buscó títulos humanos ni aprovechó los divinos. No presumió de ser Dios, ni lo utilizó en su beneficio. Su poder fue un amor entregado hasta el extremo. Rompió barreras, resucitó muertos, curó a los enfermos y perdonó a los pecadores. La vida de Jesús fue un acto infinito de amor..., aplaudido en muchas ocasiones. Su palabra iluminó, su mirada cautivó, sus gestos sorprendieron. Muchos descubrieron en Él al mesías que iba a solucionar todos sus problemas.

Una multitud pidió su muerte en un proceso irregular. Hemos vuelto a oír el relato de su ejecución pública y ejemplarizante. Tras los gritos, todos desaparecen. No solo los que pedían su muerte, también sus discípulos, quienes confiaban en Él. Es la soledad del amor, la indiferencia ante quien sufre, el rechazo a las víctimas. Una vez crucificado, ya no interesa. **¿Este es el final de un hombre que se presentaba como Mesías?** Una vez más, Dios es pisoteado.

Nosotros hoy miramos a la cruz para descubrir a Jesús crucificado y, con Él, a todos los crucificados del mundo. En demasiadas ocasiones miramos hacia otro lado, consentimos la cruz, y nos callamos ante las víctimas. Muchas cruces injustas. Demasiado dolor.

Dios no va a callar ni va a permanecer impasible ante la injusticia de su Hijo ni de sus hijos. Su sentencia será la vida por encima de la muerte, el amor por encima del odio, el perdón sobre la ruptura, y la paz sobre la violencia. Es la vida de Dios y con Dios. La experiencia de resurrección que Dios nos ofrece. Comienza la Semana Santa, comienza el camino hacia la Pascua.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): *Este día será para vosotros memorable.*

Salmo (115,12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): *Os he dado ejemplo para que vosotros también lo hagáis.*

La Semana Santa vivida de forma cristiana no queda reducida a una fiesta, a la tradición de una procesión o a unos días de vacaciones porque contienen un significado más profundo, personal y trascendente. La gente vive situaciones duras, pesadas cargas, impuestas muchas veces por una sociedad donde palabras como amor, solidaridad o servicio suenan huecas, carentes de sentido. Estas palabras, las del Jueves Santo, se dotan, recordando las acciones de Jesús en los días previos a su muerte, de un significado más que tradicional o folclórico.

El Jueves Santo es el día del amor fraterno. ¿Pero cuál es el sentido de estas palabras –amor y fraternidad– según Jesús? Hay diversas formas de amar, diferentes modos de querer a otra persona, y Jesús escoge uno en concreto, porque ha experimentado que es el querer con el que Dios quiere. Amar como lo hace un padre o una madre al hijo que necesita de su cuidado, y amando así es como aprenden a quererse entre sí los hermanos, como hijos del mismo padre y madre.

Las palabras del Jueves Santo hablan elocuentemente a través de las acciones de Jesús en la Última Cena con sus amigos. «Quererse» y «ser hermanos» tiene sentido solo desde el lugar donde Jesús las pronuncia: desde abajo, a los pies de los que ama. Jesús no se abaja para humillarse o hacerse de menos, sino para reconocerse y que le reconozcan igual a los que quiere, como su Padre ama del todo a todos inmensa e igualmente. Más allá de los que mandan y los que obedecen, están los que se aman como iguales, sirviéndose porque se quieren.

Este es el ejemplo y el mandato de Jesús: «Que hagáis lo que yo he hecho con vosotros», pero acompañado de la promesa de la Última cena, de la que los cristianos nos acordamos en cada Eucaristía. La promesa hecha a todos y a cada uno dice que el amor que viene de Dios, y con Jesús se nos reparte, es auténtico, no pasajero, capaz de quebrar sufrimientos, vencedor de la muerte, creador de vida, y vida para siempre. Una promesa que, a su vez, en el ejemplo y el mandato de Jesús encuentra para nosotros significado: «Haced esto en memoria mía».

El ritual de la pascua judía invita a comer con otros: con otros que han vivido la misma experiencia de esclavitud, la misma experiencia de liberación, la misma experiencia de travesía por el desierto. Comida más bien escasa, suficiente para recorrer ese camino; en el ritual lo importante es la palabra para el recuerdo de lo vivido y de quien lo ha hecho posible para actualizarlo en lo que estamos viviendo: «Dios pasa» (pascua).

Hoy, comer juntos, en familia, es algo casi insólito, lo hacemos con más frecuencia en casas ajenas que en la propia o comemos cada uno por separado porque tenemos horarios distintos. Y los fines de semana, peor porque queremos tener otras actividades fuera de casa: viajes, deporte, excursiones, salidas con los amigos..., y los comensales son otros: los del restaurante, los del equipo, los del parque. ¿Quiénes son los nuestros?

Hemos logrado que nuestras casas parezcan pensiones: hay pocos espacios (momentos) para la convivencia de los que vivimos en ellas o de los que vienen de visita, si es que viene alguien. Incluso hablamos de “barrios dormitorio”, barrios enteros.

Con relativa asiduidad nos juntamos a comer con amigos y amigas, sobre todo en fechas nostálgicas: aniversarios, navidades y cuando, con dificultad, conseguimos ponernos de acuerdo. Y es distinto hacerlo en un restaurante (donde te lo dan todo hecho) que en una casa (lo prepara el que acoge o cada uno aporta algo para compartir, aunque solo sea buen apetito) en la que se está más a tus anchas.

«Una mesa redonda como el mundo. Levantaremos. Un pan de multitud. Un lenguaje de corazón abierto. Una esperanza: Ven, Señor Jesús» Esta canción que cantábamos en los años 80. Años de ilusión, de sueños y utopías; muchos pensábamos como vivir con lo mínimo, para que otros muchos pudieran disfrutar de una vida digna en países del Tercer Mundo.

A la Eucaristía debemos acudir siempre con ganas y a compartir porque si no lo único que hacemos es cumplir una norma y realizar un rito que no nos sirve para la vida y el resto de la gente no se enterará de que algo extraordinario ha sucedido en nosotros.

«Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que, a mi vez, os he transmitido». Pablo dice que no es el creador de la tradición de la celebración de la Eucaristía, sino que a él se la «entregaron» como un tesoro, y la va pasando de comunidad en comunidad. En esa transmisión, no hay solo un rito y palabras rituales, hay también vida, vida entregada y compartida.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Mi siervo justificará a muchos.*

Salmo (30,2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16;5,7-9): *Aprendió sufriendo a obedecer.*

Pasión (Juan 18,1-19,42): *E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.*

Porque Jesús lo quiso así, la Iglesia siempre nos ha animado a ver en el rostro de las personas que sufren el rostro de Cristo sufriente. Jesús quiso identificarse con los que sufren y, por ello, vivió en solidaridad con ellos, con los pobres, con los pequeños, con los marginados y excluidos.

En la memoria de todo cristiano están bien presentes, o deberían estarlo, estas palabras tuyas: «Lo que hicisteis a uno de estos, mis hermanos más humildes, a mí me lo hicisteis». El evangelio nos espabila para que abramos los ojos buscándole a Él en las vidas de los más débiles. Ellos son más que simples imágenes de Jesús, son lugar privilegiado de su presencia. Jesús siempre nos lo recuerda: «A mí me lo hicisteis».

Abramos, pues, los ojos para ver cuán incontables son las personas que cargan sobre sus espaldas el peso de la vida, la de la suya y la de los demás. Madres y padres que, no solo se hacen cargo del peso de la casa y sus múltiples quehaceres, sino que pacientemente, velan día y noche por cada hijo y su crecimiento, en especial por los hijos más débiles. Padres y madres que han de vivir, de por vida, con un hijo que un día sí y otro también, es fuente interminable de conflictos y disgustos.

Pensemos en todos los que se quedaron sin trabajo y con una familia a la que sacar adelante. Llamaron a tantas puertas y recibieron tantas negativas que perdieron la esperanza.

Son muchas las personas que viven y sufren, escondidas de las miradas del mundo, en los lugares de dolor: enfermos graves en los hospitales; enfermos mentales en los psiquiátricos; transeúntes y mendigos en alberques y calles; presos en las cárceles; personas mayores en residencias o solos en sus casas; y los pobres de los países pobres condenados a vivir en condiciones indignas e inhumanas.

Meditemos en la lectura de la Pasión. Fijémonos en los distintos personajes que van apareciendo en escena y en sus opciones existenciales. Fijémonos en Judas, en el grupo de los discípulos, en Pedro, en el sumo sacerdote, en Pilato, en el pueblo... Y en Jesús. El evangelista san Juan parece invitarnos, a todos, a que entremos en la escena y a que nos situemos frente a Jesús, que es juzgado.

Hagamos el ejercicio. Preguntémonos a qué personaje me siento yo más cercano, a quién me parezco más:

¿Acaso soy como Judas, capaz de traicionar por dinero o como Pedro, que demostró más valentía en las palabras que en los hechos?

¿Tal vez me parezco al sumo sacerdote que, sin dudar, juzga y condena en nombre de Dios o me siento cercano a Pilato que, por no meterse en problemas, se lavó las manos?

¿O soy uno más del pueblo, un pueblo manipulable que suele pensar y gritar lo que le dicen otros y que disfruta ante el mal de los demás?

¿Dónde suelo estar yo?

El Evangelio atraviesa todos los tiempos, siempre es actual. Es la Buena Noticia de Dios para la humanidad, también hoy. Es una luz que disipa tinieblas y pone en evidencia las sombras de la vida, también de nuestras vidas.

¿La acojo o la rechazo? No nos escapemos mentalmente. Permanezcamos en el ejercicio de “vernors”, cada uno, en el juicio a Jesús.

Y miremos a Jesús. Su pasión es la pasión del justo ajusticiado, la del bien pagado con mal, la de la amistad traicionada por dinero, la del amor incomprendido y abandonado, la del inocente arrojado a la muerte. Y, sin embargo, en la pasión de Jesús se desprende una luz que nos abre los ojos para que podamos ver cuál es nuestra actitud ante Él y ante todas las demás “pasiones”, las de nuestros hermanos, las mujeres y los hombres.

En el relato de la Pasión quien realmente juzga es Jesús. Él que es juzgado, no juzga. Él es el «testigo de la verdad». Permitamos que la verdad de su vida ilumine nuestras vidas y la vida de toda la Iglesia. No tengamos miedo en reconocernos tal y como somos: menos coherentes como cristianos de lo que confesamos; indiferentes y cobardes para defender la causa de los inocentes; parapetados en nuestras pequeñas verdades y seguridades.

Jesús nos juzga desde la claridad de su vida, y la condena es luz para los ojos, una vida más feliz, más sincera, más solidaria. El juicio de Jesús nos abre a un amor de vida, a un amor de verdad.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Si algo define al ser humano es la experiencia universal de saberse necesitado; eterno aspirante a cubrir necesidades cuya solución sea estable, ansioso por llegar a lo que aspira y siempre inseguro de permanecer en lo que tiene y constituye su inestable patrimonio vital sobre el que construir sus pequeños y grandes proyectos que hacen de la vida una continua búsqueda de horizontes futuros tan anhelados como dudosos. Querer ser más y no saber si ese futuro llegará algún día.

El drama de la vida lo hemos celebrado expresado en el de Jesús de Nazaret, el Hombre que ha asumido nuestros proyectos, los ha cargado sobre sus hombros y quiere mostrarnos un atisbo de esperanza que abra un pequeño boquete en la espesa oscuridad de nuestras dudas y frustraciones.

Ayer lo dejábamos colgado y luego sepultado bajo el peso de las losas que aplastan su cuerpo y nuestros anhelos. Como losa pesada nos ha caído su muerte, porque habíamos puesto nuestra esperanza en la posibilidad de su triunfo. Pero su condena nos dejó en la frustración. Su muerte nos arrastró a todos a la experiencia personal del fracaso de la vida.

*¿Para qué esta sed de vida si no hay agua que la aplaque?
¿Por qué esta oscuridad existencial si no hay luz que la oriente?
¿Qué pan habrá de comer para recuperar fuerzas y seguir viviendo?
¿Habrá alguna Palabra que, a diferencia de las otras que buscan explicar y dar razones, dé ánimos y signifique esperanza, abra los ojos interiores y desvele nuestras posibilidades?*

Los símbolos de esta noche son muy evocadores de nuestra vida con sus interrogantes, dudas y búsquedas. Pretenden decir-nos y despertar-nos a la esperanza y a la vida. Es la gran fiesta de la esperanza para la humanidad.

Cristo muere. No lloréis, no estéis tristes, no perdáis la paz, Jesús es resucitado por el Padre.

No lo busquéis entre los muertos, ni lo lloréis en una tumba... no lo vais a encontrar allí. Cristo muere... Jesús resucita y con Él resucita la vida y nuestro futuro, histórico y trascendente. Él está con nosotros, como siempre, a nuestro lado.

Lo reconoceremos en la comunidad, al reunirnos en su nombre; lo escucharemos en su Palabra; lo sentiremos en la celebración de la fe, en los sacramentos; lo acogemos en los empobrecidos y necesitados. Él nos seguirá encontrando, iluminando nuestro camino, orientando nuestras búsquedas.

Jesús no está en una tumba, ni es un recuerdo del pasado. Él continúa con la comunidad, con la Iglesia, es el centro de nuestra vida y de nuestra misión.

La Resurrección no significa el final rosa de un drama doloroso, sino el comienzo absolutamente nuevo de todo el mundo antiguo bajo el poder de la muerte. Recreado por Dios, comienza la nueva creación habitada por la gloria de su Hijo.

La Resurrección es la exaltación de Jesús como Señor a la derecha del Padre, que es cuando Jesús descubre que realmente es el Hijo eterno de Dios, su identidad última, que de alguna manera había ido emergiendo indirectamente a través de su autoridad y, sobre todo, de su obediencia y pertenencia al Padre, al que se dirige como su Abbá. Jesús se percibía a sí mismo, sentía su identidad, en la relación con su Abbá.

Sentado a la derecha del Padre, recibe la soberanía del Reino. Lo que era antes Reino de Dios, ahora es Reino de Cristo. El Jesús predicador ahora es el Jesús predicado. Ahora es cuando se cumple la promesa de darnos su Espíritu, dando comienzo a la era del Reino, del Resucitado, del Espíritu Santo, puesto que la acción del resucitado entre la Ascensión y su segunda venida se realiza por el Espíritu Santo.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Nosotros somos testigos.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Aspirad a los bienes de arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Vio y creyó.*

«*Nosotros somos testigos*». Son las palabras de Pedro. Son testigos porque Jesús se «*ha dejado ver a los testigos que Él había designado*». Los apóstoles han tenido este encuentro con el Resucitado, han tenido una experiencia íntima y profunda de vivir en Cristo, y esto los ha constituido testigos del Resucitado.

También nosotros que en el bautismo fuimos edificados, como Iglesia, sobre el cimiento de los apóstoles, hemos sido constituidos testigos de la Resurrección; para ello, tenemos que partir del encuentro con Cristo Resucitado.

Ahora nos centramos en el Resucitado, no en la Resurrección. La gente suele “*curiosear*” sobre la Resurrección, cuando de eso no se habla en el NT., solamente se dice que el sepulcro está vacío y que el crucificado vive. Toda pretensión de querer explicar o curiosear sobre ese acontecimiento está fuera de lugar. Lo único que cuenta es el Resucitado

María Magdalena, Pedro y el discípulo amado son los primeros testigos del sepulcro vacío. La sorpresa les hace ir y venir, pero, como a nosotros, les cuesta entender las Escrituras para poder ver el sepulcro vacío y creer en la presencia del Resucitado.

No es suficiente con conocer la historia de Jesús; necesitamos que la fe ilumine el signo. Y fe implica “*fiarse*” de las Escrituras y de los testigos apostólicos. Por ello, nuestro cimiento es la fe apostólica. Si creemos que toda realidad está en nosotros y nosotros estamos sometidos a la muerte, entonces no quedará más que un sepulcro vacío o una urna con cenizas.

Los discípulos sabían que Jesús era quien abría el camino y marcaba la senda, ellos solo tenían que seguir sus pasos. Le siguieron en la fértil Galilea, junto al lago. Estuvieron junto a Él camino de Jerusalén. Sufrieron el desgarrar de verlo atravesado en la cruz...

Pero en ese recorrido, también lleno de sombras, reconocieron al mismo Señor resucitado, abriendo nuevos caminos, señalando nuevas metas, proponiendo una nueva misión. Jesucristo hoy sigue marcando el ritmo y guiando a la comunidad: ser testigos del resucitado y anunciarlo hasta los confines del mundo.

Ya lo había advertido Jesús... «*El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar*». Dios, una vez más, vuelve a cumplir su Palabra. Ni nos deja solos ni nos dejará. Cuando leemos la Sagrada Escritura reconocemos la presencia de Dios con su pueblo a lo largo de mil circunstancias y situaciones.

Hoy le damos gracias por su presencia, por su amor, por su misericordia. Nosotros también reconocemos su presencia y compañía en nuestra vida y en nuestra historia, en la de cada uno. Él cumple su Palabra y hace un pacto de permanencia con nosotros y con toda la humanidad.

Al reconocer a Jesús resucitado somos convocados a vivir su misión. Anunciar y hacer realidad la Buena Nueva de su amor allí donde estemos. La Iglesia y los cristianos continuamos su tarea y nos convertimos en testigos de su amor y su entrega. Somos artesanos de misericordia con todos, especialmente con los que sufren y lo pasan mal, con las víctimas de nuestro mundo.

Ser testigos de la resurrección es poner luz y esperanza en las situaciones de oscuridad. El encuentro con Jesús nos lanzan a ser trabajadores por un proyecto de amor y de vida para todos. Testigos de la Resurrección, artesanos de misericordia.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 42-47): **Los creyentes vivían unidos.**

Salmo (117, 2-4.13-15.22-24): **«Dad gracias al Señor porque es bueno»**

2ª lectura (1ª Pedro 1, 3-9): **Nos ha hecho nacer a una vida nueva.**

Evangelio (Juan 20, 19-31): **Dichosos los que crean sin haber visto.**

En todas las etapas de la historia encontramos indicios suficientes para afirmar con fundamento la actividad religiosa de los hombres que las han protagonizado. Podemos afirmar que desde que el hombre está sobre la tierra ha buscado a Dios. Desde las pinturas rupestres tenemos restos religiosos que nos recuerdan la búsqueda que plasma que el hombre ha tenido conciencia de un ser superior: bien sea un mundo de espíritus, divinidades de la naturaleza, etc.

Cuando ya el hombre ha creído haber encontrado a Dios, o a ese mundo divino, entonces ha pretendido que este ser superior morase en la tierra para tener así un dios cercano, y, para ello, comenzó a construir dólmenes (Antequera, Norte de Galilea); templos (Egipto, Mesopotamia, Persia...); mausoleo (Petra); mezquitas, catedrales..., templos y monumentos de todo tipo, consagrados a las distintas divinidades, incluidos los monumentos funerarios. Siempre hemos querido encontrar a Dios en la grandeza de la opulencia, y lo hemos querido revestir de oro y materiales preciosos.

Y esta ha sido la gran tragedia del hombre: que ahí no hemos podido encontrar a Dios; ahí hemos encontrado a los ídolos que hemos fabricado en provecho propio, los ídolos que nos han empujado a los conflictos más terribles: las guerras de religión. ¡Cuántas barbaridades se han hecho en nombre de Dios!

Por eso, nosotros, si queremos tener un encuentro con Dios, no podemos buscarlo entre las riquezas y los poderes de este mundo, solo lo encontraremos cuando seamos capaces de acercarnos, a tocar las cicatrices del dolor, del dolor de tantos hermanos nuestros que llevan hoy en su cuerpo las llagas de Cristo, que se las han hecho no en el Pretorio o en el Gólgota, sino en nuestras ciudades y por las sociedades que nosotros hemos generado, o en las persecuciones religiosas de hoy: en los barrios de chabolas de las periferias de nuestras ciudades; en las vallas de las fronteras, donde llegan hombres huyendo de la guerra y del hambre, que se lleva por delante a miles de personas cada día.

Estas son las cicatrices del dolor hoy día. Solo si somos capaces de tocarlas con nuestra cercanía y solidaridad es como podremos tener un encuentro real con Cristo resucitado y podremos decirle, con la conciencia limpia, las palabras de Tomás: ¡Señor mío y Dios mío!

Nos recuerda el evangelio que los discípulos estaban encerrados por miedo a los judíos, han vivido la experiencia de la persecución, del arresto del Maestro y de la cruz y esto fue para ellos algo que los descentró, un escándalo. Habían confiado plenamente en el Maestro y este les había fallado.

Es cierto que Él se lo había anunciado, pero ellos no le habían entendido. Y como todavía no han recibido el Espíritu, todo esto los tiene paralizados por el miedo, y hace que se mantengan con las puertas cerradas. Entonces Jesús aparece en medio de ellos, y nos dice el evangelio que se llenaron de alegría al ver al Señor; es la alegría de la pascua, el gozo del discípulo que se encuentra con el Resucitado.

Seguidamente, el Señor les desea la Paz. Esta paz es el primer don de la Pascua, por eso los apóstoles son enviados con la fuerza del Espíritu para ser constructores de paz. En esta primera aparición del primer día de la semana no estaba Tomás con ellos, y este no quiere creer si no experimenta personalmente la presencia de Jesús. A los ocho días el Señor se manifiesta nuevamente en medio de ellos, esta vez estando Tomás, y el Señor le reprocha a este el no haber creído el testimonio de sus hermanos. Tomás cuando toca las llagas, las cicatrices del dolor y de la muerte es capaz de hacer la confesión de fe más perfecta de todo el Nuevo Testamento: **«Señor mío y Dios mío»**.

Es la confesión de la fe Pascual a la que sigue una bienaventuranza que cierra el relato: **«Dichosos los que crean sin haber visto»**. Esta fe confesada por Tomás es la fe de la Iglesia que es el pueblo que nace de la Pascua. La proclamación del mensaje pascual y su aceptación es lo que crea la comunidad, la Iglesia que ha sido enviada con la fuerza del Espíritu, a hacer visible el rostro de Cristo ante todos los hombres.

Así también, si somos capaces de hacer, como los apóstoles, que acudamos a compartir lo nuestro para satisfacer las necesidades de nuestros hermanos, entonces también los hombres y mujeres de nuestro tiempo podrán ir, por nuestro testimonio, al encuentro de Cristo resucitado.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14.22-28): ***Os hablo de Jesús Nazareno.***

Salmo (15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11): ***«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»***

2ª lectura (1ª Pedro 1, 17-21): ***Tomad en serio vuestro proceder en esta vida.***

Evangelio (Lucas 24, 13-35): ***Quédate con nosotros porque atardece.***

Todos conocemos experiencias de decepción y de fracaso. Son proyectos rotos, crisis familiares, dificultades profesionales, enfermedades, falta de recursos... que van ensombreciendo la vida de muchas personas. Jesús tuvo una cercanía especial con quienes pasaban por estas situaciones. Un encuentro con Él inauguraba un segundo capítulo en sus vidas: enfermos curados, hambrientos saciados, pecadores convertidos, corruptos arrepentidos, etc. Muchos volvían a sus antiguos oficios, a sus mismas familias, a sus mismas realidades... pero transformados.

La cruz y la muerte de Jesús genera en sus discípulos una fuerte experiencia de fracaso. Ha muerto. «Nosotros habíamos confiado en Él... pero todo ha terminado». Aquello dejaba poco lugar para la esperanza. La reacción es: decepción, miedo al presente, lágrimas, retorno al pasado, incredulidad... Y una pregunta: ¿A partir de ahora qué? El camino de Emaús se convierte en una parábola de conversión, se trata de volver a empezar, toda una reiniciación (o reinsertión desde los márgenes del fracaso)... una nueva orientación.

Cuando los discípulos solo veían muerte, van a comenzar un camino especial: El sendero que va de la noche al día, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la soledad a la comunidad, del desencanto a la esperanza. Tras la puerta de la muerte de Jesús, hay vida... y vida en abundancia. Les costó reconocer al Resucitado; pero cuando lo hacen, descubren una nueva perspectiva a todo lo que habían vivido con Jesús.

Nosotros también estamos invitados a realizar ese camino... y a ayudar a que otros lo recorran. Es parte fundamental de la misión de la Iglesia; acompañar de las tinieblas a la luz. Somos «el pueblo de la pascua». No siempre es fácil ni evidente recorrer este camino. El primer paso es acercarnos a los bordes del camino, transitar los caminos del fracaso, aproximarnos a quienes han perdido la esperanza, estar al lado de las víctimas del mundo.

No es fácil, pero es nuestra misión y estamos invitados a redoblar los esfuerzos para que nadie quede sin compañero de camino, para que nadie sienta que tiene las puertas de la Iglesia cerradas. Como los de Emaús, muchos necesitan alguien que camine junto a ellos... de las tinieblas a la luz.

Hay experiencias de la vida que endurecen el corazón e impiden mirar con claridad al futuro. Son situaciones de fracaso y sufrimiento. La cruz del viernes santo se perpetúa en la historia y en las historias de personas, familias y pueblos enteros. Muchos caminan con pocas oportunidades de esperanza, sentenciados a vivir bajo la sombra de la cruz. Disgustados, sin esperanza... son las víctimas de la cruz.

Los caminos “de vuelta” están demasiado transitados. Emigrantes que regresan fracasados, a sus lugares de origen; jóvenes que vuelven, sin ilusiones, junto a sus padres; familias rotas y sin ilusión, decepcionadas; profesores que viven su trabajo con monotonía, sin pensar en las personas; ancianos y enfermos que, olvidados, recorren su particular camino de la cruz. En el camino de Emaús, ayer y hoy, es difícil reconocer los signos de vida y esperanza.

En este camino los dos discípulos van a “ver” a Jesús resucitado. Es un nuevo horizonte. Los dos caminantes solo miraban la muerte y la cruz. Sin embargo, progresivamente, van a “ver” a Jesucristo resucitado. Un camino que va de la oscuridad de la muerte a la luminosidad de la Pascua. No es un cambio evidente, ni inmediato, tampoco se trata de una imposición. El proceso de fe es un camino personal, único y libre.

Reconocer a Jesús resucitado aporta una nueva mirada. Ahora es cuando entienden la vida y las palabras de Jesús. Ahora sienten la importancia de la comunidad. Ahora viven la cena con Jesús como un signo de su presencia permanente. Junto a ellos estaba el Señor resucitado. Junto a nosotros está el Señor resucitado y, en muchas ocasiones, no lo reconocemos.

La Iglesia es la comunidad de la Pascua que, convocada en la Resurrección, camina junto a los que recorren caminos de decepción, crisis y pobreza. Los cristianos caminamos como Jesús, junto a quienes viven en tristeza y oscuridad. Para llevar la palabra y el consuelo de Dios, para anunciarles que Él camina a su lado, y para ayudarles a salir del camino de su oscuridad.

Estamos en el tiempo de la pascua, un tiempo de anunciar la presencia y la vida que viene de Dios. El tiempo de expresar con acciones la esperanza y la vida que Jesús predicó. Él sigue vivo, Él camina a nuestro lado. Él nos envía a ser testigos de resurrección y de vida junto a los que sufren.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14a.36-41): **Convertíos y bautizaos en nombre de Jesucristo.**

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5.6): **«El Señor es mi pastor, nada me falta»**

2ª lectura (1ª Pedro 2, 20b-25): **Sus heridas os han curado.**

Evangelio (Juan 10, 1-10): **Quien entra por mí se salvará.**

“Política Social” una palabra que constantemente oímos pronunciada por los políticos de turno. Pero política social es una redundancia, es como decir “café-café”. Tenemos la necesidad de rescatar la política de sus extravíos económicos y financieros, y devolverla a su raíz, la que justifica su tarea. Igual que para obtener el calificativo de “café-café”, hay que limpiarlo de maltas y achicorias, y devolverle su genuino sabor.

La simplificación de la democracia a aquello de que “un hombre, un voto” ha sobrevalorado el voto, pero a costa de la voz, de la palabra y, en definitiva, de la participación efectiva. El abuso de presumir de que tener una mayoría (sea de la clase que sea) da patente de corso para decidir, desoyendo sistemáticamente las voces del pueblo, está convirtiendo la representación democrática en una suplantación.

Algo de eso se está poniendo de manifiesto, en la persecución, a todos los niveles, que está teniendo la religión, en especial la católica. En algunos lugares se prohíbe la enseñanza de la religión en la educación escolar, en otros se tolera y aplaude la mofa de los signos y símbolos de nuestras creencias, por último llega la propuesta de eliminar la retransmisión de la Misa por TVE; visto lo visto, cada vez los que mandan, pretenden hacer lo que les parezca sin tener en cuenta a la población.

Va siendo hora de que la democracia parlamentaria, además de un parlamento, en que pueden hablar todos los que deberían hacer presente los intereses del pueblo, cuente también con un auditorio, donde se escuchen los representantes pero también se escuche a los representados. No es democrático, sino despótico, dar por supuesto que el pueblo enajena su voluntad por cuatro años, a unos políticos en un minuto de votación, renunciando al control de lo que se les prometió en las elecciones.

La democracia necesita más cauces de diálogo y de encuentro para que se conozcan representantes y representados, no se les da “carta blanca” a los elegidos en una lista prefabricada por los partidos de personas desconocidas. No es suficiente con que se discutan las cosas solo en los días previos a las elecciones. Resulta imprescindible que el bien común se defina por la comunidad.

Y sobre todo, hace falta que partidos y gobernantes sirvan a la sociedad y no se sirvan del poder para sus propios intereses de partido o personales o de amiguismo, que corrompen la buena tarea de la política social.

La resurrección de Jesús, pone de relieve su primacía sobre la vida y la muerte. Así lo proclama Pedro ante la multitud de oyentes. Les recuerda que precisamente Aquel, al que condenaron y mataron en la cruz, ha sido rehabilitado por Dios, ha sido devuelto a la vida y ha sido constituido Señor y Mesías, invitándoles, dada la buena acogida de sus palabras, a bautizarse y a convertirse. Invitación que recogimos nosotros el día de nuestro bautismo y que confirmamos con nuestra presencia en la Eucaristía.

Con una hermosa alegoría, Jesús reconoce su señorío como el del buen pastor. Da por supuesto que hay malos pastores. De hecho, muchos de los que han dominado lo han sido, pero Él va a ejercerlo como un buen pastor que se preocupa y cuida de las ovejas, que no las esquilmaba y maltrata, que está dispuesto a todo por ellas, para que pasten y caminen y descansen y vivan.

Tres cosas subraya Jesús como fundamentales en el ejercicio de su señorío como Buen Pastor: **el conocimiento mutuo**; Él conoce a sus ovejas y las llama por su nombre, ellas reconocen su voz y hacen caso a su llamada. En segundo lugar subraya **la comunicación entre el Buen Pastor y las ovejas**; Él va delante y ellas le siguen, Él les franquea la puerta y ellas entran y salen; Él está con ellas y comparte su vida. Pero sobre todo, y en tercer lugar, **Él vive para sus ovejas**, no a costa de ellas, y se desvive por ellas. No como los malos pastores, que las explotan en su propio provecho.

Naturalmente, el Buen Pastor tiene muy poco que ver con los (políticos) pastores. De hecho, Jesús se proclama como el Buen Pastor, el único. Los demás solo pueden, y deberían, tomar modelo de su buen hacer. El Buen Pastor es ciertamente un modelo irrenunciable para la Iglesia, para el ejercicio de su misión, de su pastoral misionera.

Pero es también un guiño, un rayo de luz, para el ejercicio de toda autoridad. El poder es siempre un servicio, y un servicio para el bien común, que consiste en desvivirse para hacer posible y de calidad la vida de todos los seres humanos. Nunca para explotar a los súbditos, ni aprovecharse del pueblo en beneficio propio, ni esquilmar a los ciudadanos, ni cargar de complicaciones a los creyentes o aprovecharse de la buena fe de la gente sencilla.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6, 1-7): *Crecía el número de los discípulos.*

Salmo (32, 1-2.4-5.18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª Pedro 2, 4-9): *Sois una raza elegida.*

Evangelio (Juan 14, 1-12): *Creed en Dios y creed también en mí.*

La pobreza se mide hoy con una pasmosa exactitud, y los datos resultan descorazonadores, a pesar de los buenos propósitos de los gobiernos y de las Naciones Unidas por rebajar los índices de pobreza. De acuerdo con las estimaciones, (cifras correspondientes a 2011), el 12'7 % de la población mundial vivía por debajo del índice de pobreza, o lo que es igual: 896 millones de personas, de seres humanos.

Las graves secuelas de la crisis financiera ha profundizado aún más esta situación. Los datos ofrecidos en 2014 muestran que, en España casi tres de cada diez ciudadanos (un 29'2 % de la población), se encuentran en riesgo de exclusión social, sin apenas recursos para pagar las necesidades básicas. La situación es dramática para muchas familias.

*Los datos hablan y gritan el silencio de los que callan: unos porque no son escuchados, otros porque no les conviene hablar. A pesar de las cifras objetivas, la pobreza es sobre todo un término relativo: **“hay pobres en la medida en que hay ricos, y hay ricos porque otros son más pobres”**. El problema de los números es que, además de ser fácilmente manipulables, ocultan a las personas numeradas en ellos.*

Si miramos a las personas pobres de hoy podemos señalar dos grupos especialmente grandes y cercanos a nosotros, porque el que pasa necesidad no está al otro lado del televisor sino de la ventana de nuestro salón. Los refugiados que llegan del hambre de África, los que huyen de la violencia de Latinoamérica, de la guerra en el Oriente Próximo o de la miseria en Europa del Este. Ellos son los diferentes que vienen de fuera, y por haber nacido en un lugar distinto son pobres.

Por otra parte están los que son de aquí pero aquí no tienen trabajo, en su lugar tienen deudas, hipoteca, colas en las Oficinas de Empleo y en los servicios Sociales. Ellos son también los diferentes entre nuestros vecinos, que por haber tenido una suerte especialmente mala son pobres. ¡Pobres diferentes! Diferentes pobres por ser diferentes.

La pobreza tiene muchas causas, pero en su raíz están las diferencias que generamos injustamente: económicas en gran medida, pero además sociales, educativas, de origen, de oportunidades. Aunque los pobres estén muy cerca de nosotros, nos son extraños porque nos son diferentes.

Como dice la segunda lectura de este domingo, si bien para el creyente Jesús es la piedra angular que sostiene la comunidad cristiana, para el incrédulo, Jesús es una piedra desechable, una forma de vivir que no cuadra con la imperante y por eso no sirve de mucho. En efecto, no tiene cabida el proyecto de Jesús en un mundo construido con los materiales del interés propio y los criterios del bienestar de unos pocos.

El que no se atreve a creer en este proyecto y a comprender el mundo de forma distinta no se da la oportunidad ni tan siquiera de imaginarlo. Pero resulta algo tan nuevo, para un mundo tan viejo y tan duradero como sus injusticias y diferencias, que la persona de Jesús y la realidad de su proyecto no dejan indiferentes. Hacen tropezar, porque defiende a los injustamente diferenciados, empobrecidos, excluidos, olvidados, y, como Él, desechados.

«Yo soy el camino». Jesús no es el camino de las normas que deben seguir los que se creen justos y salvados, sino el camino de la justicia: el camino que Dios nos propone a todos los que necesitamos ser salvados. Por eso con Jesús, Dios nos invita a caminar por esta tierra y sus injusticias, en defensa de los que han sido excluidos al no seguir las normas de los justos, los poderosos, los fuertes.

«Yo soy la verdad». Jesús no es una verdad grandilocuente que se proclama para justificar nuestras acciones y para sentirnos bien con nosotros mismos, sino que es la verdad silenciosa de los que no hablan: la verdad de un mundo de diferencias injustas, en el que hay unos que tienen el derecho a sentirse bien y otros el deber de mal vivir. La verdad de Dios no se descubre en discursos y sermones sino en el contacto con los pobres y diferentes.

«Yo soy la vida». Jesús no es una vida ideal, soñada o perfecta, porque la vida a la que nos anima a vivir es la nuestra y la de nuestra realidad concreta de imperfecciones. Tan reales como los sufrimientos y las alegrías de cada día son la presencia del Reino de Dios y la esperanza en que cada vez este Reino llegue a más personas, sobre todo a los pobres, a los que no se les deja vivir mejor.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8, 2-8.14-17): ***El gentío escuchaba con aprobación.***

Salmo (65, 1-3a.4-5.6-7a.16 y 20): **«Aclamad al Señor, tierra entera»**

2ª lectura (1ª Pedro 3, 15-18): ***Estad prontos a dar razón de vuestra esperanza.***

Evangelio (Juan 14, 15-21): ***Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.***

El pueblo vive en la esperanza de la Resurrección. Los creyentes, porque la Resurrección de Cristo vence a la cruz de todos los crucificados por el mal. Y el pueblo sencillo, porque espera que la dura situación en que viven los más desfavorecidos cambie, y les permita vivir una vida digna.

Ya está bien de escuchar palabras y más palabras, solo palabras, viejas, gastadas, mil veces repetidas y otras tantas incumplidas, palabras pronunciadas sin pudor alguno, palabras engañosas que nos ofrecen la panacea para salir de una crisis que cada vez hunde más en la miseria al pueblo sencillo.

Si el pueblo se convirtiera en Tribunal Examinador, nuestros dirigentes se llevarían el suspenso más vergonzoso y vergonzante. Casi ninguno llegaría a un 3 de nota en las tareas encomendadas. El paro, y sus consecuencias, la corrupción y el fraude, la ausencia de políticas sociales, con una tozudez implacable, ponen en evidencia que no se crea empleo, que se recortan ayudas a los colectivos más débiles, que el pueblo sufre.

Sin embargo, hay un enorme derroche en manifestaciones festivas y folclóricas, en representaciones ostentosas y superfluas, en gastos de representantes en asistencias a eventos que poco, o nada tienen que ver con lo que representan, en aparentar egoístamente que “yo mando porque tengo el poder”. Todo de espaldas a los verdaderamente representados que son los ciudadanos.

Junto a esto, y por encima de los problemas y sus responsables, hay personas y grupos, solidarios auténticos, que se aprestan a ser samaritanos, curar heridas, levantar caídos, compartir luchas, partir el pan con el hambriento... Familias, ancianos con sus pensiones, vecinos de escalera y de barrio, voluntarios en servicios humildes y escondidos. A vosotros se os proclama: «¡Venid, benditos de mi Padre!».

El texto evangélico que escuchamos hoy, recoge palabras de Jesús en la tarde del Jueves Santo. Y la Iglesia nos las ofrece en vísperas de la Ascensión, que marca la despedida definitiva de Jesús y el encargo misionero a sus discípulos. La liturgia quiere que meditemos y vivamos estas palabras que adquieren toda su fuerza en el ambiente pascual que estos días celebramos: se ha cumplido lo que el Señor Jesús nos decía mientras vivió con nosotros. Él tiene palabras de vida eterna. **¿Cómo no escucharle con la cercanía del discípulo amado en aquella tarde de confidencias?**

«Al que me ama lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él». En esta intimidad de vida tienen lugar las promesas de Jesús: **«Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. No os dejaré huérfanos».** Y Jesús es fiel a sus palabras. Jesús se va al Padre. Por eso los discípulos deben estar contentos: **«Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo».**

La meta de su vida, como la nuestra, es volver al Padre, después de haber pasado por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, consolando a los atribulados, socorriendo a los necesitados. Aunque las fuerzas del mal nos lleven a la muerte.

Cuando en todos los tiempos, a lo largo de la historia, estas palabras sean proclamadas en las comunidades cristianas, estas se sentirán aliviadas en sus dificultades y animadas en sus trabajos. También nosotros las necesitamos. Porque a veces da la impresión de que el Espíritu de Dios ya no aletea sobre la tierra, y que incluso la misma Iglesia parece haber perdido la valentía, el fuego y el soplo de Pentecostés.

¡Pero no es verdad! El Espíritu sopla donde quiere, libre y liberador, y enciende cada día hogueras de ilusión y de esperanza en cuantos se abren a su presencia, viene a habitar en ellos y les quita el miedo, y los hace intrépidos, valientes, profetas audaces y libres en el anuncio de la Buena Noticia de Jesús.

Nuestro mundo es hoy un clamor de justicia, de compasión, de ternura (¡cuántas veces está pronunciando el papa Francisco esta palabra!) y solidaridad. Los cristianos debemos unir nuestra voz a ese clamor de tantos hombres y mujeres de buen corazón, sencillos, que quieren y tienen derecho a vivir bajo la égida de la caridad y la justicia. Así lo proclamó el Concilio al hablar de los bienes de la tierra, que Dios, en su infinita misericordia, ha destinado para todos los hombres.

Con demasiada frecuencia, ese clamor por la dignidad arrebatada se reviste de llanto, de plegaria dolorida y confiada. También nosotros queremos y debemos unirnos a esa plegaria. Que Aquel que anunció y trajo una Buena Noticia para los pobres, anime con su fuerza nuestro trabajo en favor de su Reino.

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *No os alejéis.*

Salmo (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Y sabed que yo estoy con vosotros.*

“Vivimos deprisa, siempre corriendo de un lado para otro, distantes y ajenos; miramos pero no vemos; oímos, pero no escuchamos”. No tenemos tiempo más que para aquello que nos produzca beneficio inmediato y seguimos yendo y viniendo, de aquí para allá a toda prisa, ocupados y agobiados por mil tareas y entretenimientos que nos imponen y nos imponemos. Se diría que vamos huyendo, que vivimos huyendo.

Entre nosotros, en nuestras sociedades, parece haberse instalado la tiranía del ajeteo, de la hiperactividad individualista. ¡Ay de quién se quede “parado”, fuera del circuito, y no viva conectado a las redes de la comunicación inmediata! Es el triunfo de la técnica y del ego, que nos empuja a creer que somos el centro del universo. Y con tanto ajeteo de la superficie, nos vamos perdiendo las cosas buenas de la vida, las que nos hace felices.

Son muchas las personas que buscan sentido, que buscan una espiritualidad que responda al deseo profundo de vivir no de cualquier manera, una espiritualidad que dé hondura a su existencia. Un modo de estar consigo, con los demás, con la naturaleza y con Dios de un modo más auténtico, más humano. Después de tantos avatares vividos, apenas sabemos torpemente que Jesús de Nazaret, el Cristo, vive y camina con nosotros.

En Galilea comenzó todo. Es el lugar del nacimiento de Jesús, el lugar donde fue creciendo como persona, donde se hizo uno más del pueblo, donde fue descubriendo la experiencia más honda que le habitaba: el amor del Abbá, del Padre. Y allí, entre su gente, fue descubriendo el Reino.

Desde entonces, Galilea es más que una zona geográfica identificable en el mapa. Representa a la humanidad, a la historia humana y a Dios haciéndose hombre e historia en Jesús. Galilea es la encarnación de Dios en nuestra tierra y nuestra historia.

El evangelio de Mateo nos relata cómo Jesús resucitado los llevó a Galilea, la tierra de todos ellos, el lugar donde comenzó todo. Allí se despidió de ellos y los envió a la misión. Desde entonces, como hizo con los once discípulos, sabemos que Jesús nos llama y nos lleva a vivir en nuestra propia tierra e historia humana la increíble experiencia que está en el origen de todo: *Jesús, Dios con nosotros.*

Como entonces, Jesús nos envía a la misión. *«Id, haced discípulos de todos los pueblos»*. Pero, **¿cómo lo haremos si apenas sabemos qué comunicar y cómo hacerlo, si nuestras palabras están gastadas y suenan huecas? ¿Cómo lo haremos si dentro de nosotros apenas arde la llama de Jesús y nuestro seguimiento es distante y frío? ¿Cómo podremos hacerlo si nuestra vida apenas es eco y transparencia del Maestro?**

Aun así, a pesar de nuestras vacilaciones, dudas y miedos, Él nos envía. *«Id»*. Por pequeña que sea la experiencia de Jesús, por tibio que sea nuestro seguimiento, por torpe que sea nuestro testimonio, Él nos envía. La misión no es únicamente para los que se van a las misiones, lejos de aquí, tampoco es solo para algunos expertos en el don de la palabra.

Todo cristiano puede sembrar un poco de esperanza y un poco de bondad en su pequeño mundo de relaciones. Todo discípulo de Jesús podrá decir, en algún momento de su vida, que Jesús de Nazaret es importante para él. Pequeñas cosas, pequeños gestos, pequeñas y sencillas palabras llenas de evangelio.

Jesús está con nosotros. Los cristianos hemos sido llamados a descubrir y a vivir esta promesa del Señor: *«yo estoy con vosotros todos los días»*. Nuestras imágenes culturales suelen llevarnos a pensar en un Dios lejano y en un Jesús exterior y del pasado y, sin embargo, como decía el apóstol, *«en Él vivimos, nos movemos y existimos»* (Hechos 17,28). Él habita en lo más profundo de nuestra interioridad.

Tal vez, los cristianos del siglo XXI, superando ciertas imágenes e inercias, estemos siendo desafiados a entrar en la espiritualidad de sabernos acompañados y amados por el Señor, Jesús. Jesús camina a nuestro lado, en la misión de anunciar la Buena Noticia. Por eso, podemos vivir y trabajar serenos, sin estrés, sabiendo que Él nos acompaña y que no es nuestra misión sino la suya.

Lo importante es sembrar lo mejor de nosotros y despreocuparnos de los resultados. Como dice el Salmo 127: *«si el Señor no construye la casa, de nada sirve que se cansen los albañiles»*. Es Dios quien atrae hacia sí los corazones de sus hijos, y es Jesús, el Resucitado, quien desafía a todo ser humano a levantar la mirada en la dirección del Reino.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu espíritu, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *El Espíritu se manifiesta para el bien común.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Exhaló su aliento sobre ellos.*

Los autores bíblicos, como los no bíblicos, nos cuentan historias que son fruto de su imaginación, pero lo hacen para contarnos algo que ha ocurrido y ante lo que el lenguaje directo se les queda corto en su función comunicadora. Es lo mismo que les pasa a los autores de novelas históricas, que no son históricas sino que colocan en un posible escenario histórico una apasionada historia de amor para hablarnos de la fuerza que el amor ejerce en el ser humano o cualquier otro sentimiento o convicción que tenemos sobre algo.

¿Cómo hablar de las experiencias religiosas que nos transforman o de la acción de Dios en el mundo humano o de la presencia íntima de Dios en nosotros. Que nos transforma, nos anima, nos empuja, nos desinhibe y nos hace comunicativos, abiertos, generosos, sensibles y solidarios?

Todo eso supera las dificultades de comunicación, las barreras raciales o culturales, los prejuicios históricos que nos enfrentan, las pretensiones defensivas. A Dios lo sentimos a nuestro lado como compañero del camino de la vida, aunque no lo vemos físicamente. A Dios lo sentimos en lo más hondo de nuestra intimidad como fuerza que nos impulsa a crecer y a salir de nuestro presente, como voz que nos llama a superarnos, aunque no lo oigamos con los oídos del sonido exterior sino con los oídos interiores. Pero decir esto, es tan complicado, es más fácil y más bonito con imágenes, narraciones, símbolos.

Hay cristianos católicos, feligreses habituales, que no se han enterado todavía, se toman la Biblia al pie de la letra y se pierden la riqueza literaria de unos textos que son preciosos en su literatura y llenos de belleza en su contenido religioso. La fiesta de hoy, con la abundancia de esos símbolos para hablar del Espíritu de Dios, es un buen motivo para animar a conocer mejor la Biblia como literatura profunda, humana y divina.

Muchas veces surgen las dudas sobre nuestra capacidad para hacer algo que le dé un aire nuevo al mundo. Vemos con excesiva frecuencia cosas que no nos gustan y son dañinas para las personas. Olvidamos deprisa que el mal forma parte de nuestro caminar histórico como compañero inseparable.

Hay momentos que nos parece haberlo dejado atrás, pero ahí está, a nuestro lado. Nos ataca el miedo, nos invade la depre, nos rodea la oscuridad, nos parece que no hacemos nada y cada uno se encierra en la soledad y la incomunicación diferente.

Cuando la realidad que nos rodea parece encaminarnos al desaliento y la desmoralización, nuestra relación con Dios nos transforma hasta hacer de nosotros seres capaces de impregnar el mundo con aires de amor y esperanza.

Dios, siembra en nosotros un sentido de confianza que nos reconcilia con el mundo y con nosotros mismos, despierta nuestro ánimo llevándolo del recelo a la relación y la comprensión mutua, nos abre al futuro con esperanza y recuerda que Él, que ha hecho lo que había dicho, hará lo que promete. La esperanza vuelve a tomar su puesto entre nosotros para que la Humanidad, toda, se contagie. Pero, **¿quién se encarga de mantenerla viva?**

Un pueblo nuevo que no se encierre en los límites étnicos ni en las fronteras de unas doctrinas que separan. Un pueblo nuevo abierto a todas las gentes, sensible a todas las culturas, comprensivo con todas las sensibilidades y dispuesto a hacer llegar a todos, la paz y la reconciliación con Dios, a quien andan buscando, aunque a veces no lo sepan. Eso requiere dejarnos impregnar de su Espíritu, como Jesús lo estaba, para que nuestros actos sean expresión de su obrar.

Cuando muchos nos reunimos en comunidad emerge una realidad nueva y muy superior a la suma de todos nosotros. Es una persona comunitaria que, en lo esencial, actúa toda ella como un solo ser, enviado de Jesús, para hacer presente y experiencial el perdón de Dios Padre.

Pero semejante responsabilidad requiere un cambio profundo en nosotros para que aparezca, claramente, que el sentido del perdón y la reconciliación lo vivimos convencidos y lo situamos por encima de otros criterios como el de la ley, que siempre quiere sobreponerse a los del amor y la misericordia.

El evangelio nos lo dice: Llevad el perdón a todos los que lo necesiten. No pongáis condiciones donde Dios no las pone. Pensad que la experiencia del perdón es la más liberadora de todas nuestras experiencias de opresión. Sed portadores eficientes y no pongáis trabas a la libertad de los hijos de Dios que nos envía su Espíritu para hacernos vivir con su alegría y su generosidad. Sed hermanos, no estrictos moralistas guardianes de la ley y la doctrina. Que vuestra preocupación sean las personas.

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34, 4b-6.8-9): *Señor, Dios compasivo y misericordioso.*

Salmo (Dn 3, 52.53.54.55.56): *«Envía tu espíritu, Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 13, 11-13): *A ti gloria y alabanza por los siglos.*

Evangelio (Juan 3, 16-18): *El que no cree, ya está condenado.*

Un niño de hoy, acostumbrado a ver la tele, a tener una “tablet” para jugar, a ir al colegio con más de lo necesario, a tener en el frigorífico todo lo que le apetece y más, a usar un teléfono móvil de última generación... Un niño de esta sociedad tan técnica, tan independiente de su casa, porque papá y mamá se pasan el día trabajando, acostumbrado a buscar y encontrarlo todo en internet.

Si solo se habla de Dios en un ámbito de catequesis o de celebración litúrgica; si por cansancio debido a nuestras múltiples ocupaciones, no asistimos a la iglesia; si en los colegios ya no se inculca educación religiosa, nuestros hijos ¿dónde oirán o quién les hablara de Dios?

Nunca han sido tiempos fáciles para la fe cristiana. Hace siglos, porque otras confesiones religiosas se oponían con vigor, bien porque los ilustrados oponían la “diosa razón” al Dios de Jesús. Hoy, los riesgos vienen por otro sitio: no hablamos de Dios sencillamente porque no lo necesitamos (al menos eso creemos); o si lo necesitamos, queremos que sea un “ídolo” a nuestro uso y alcance, no soportamos al Dios personal que nos busca, nos habla y nos interpela.

Para algunos más “leídos” es una proyección de nuestros deseos y una solución para nuestros miedos; un producto de nuestra mente y una fuerza a la que hay que dominar. Pero ¿ese es el Dios cristiano? ¿Ese es el Dios que se revela en la Biblia? ¿Ese es el Padre de Jesucristo?

La realidad es que Dios ha salido de nuestras vidas. Sea por desconocimiento, por no saber que decir; sea por desinterés, porque no creemos que aporte nada creer en Él, la realidad es que hoy no se le “ataca”, en una especie de “ateísmo militante”, sino que sencillamente se ignora. Por eso en este domingo de la Santísima Trinidad podemos pensar: ¿en qué Dios creemos? ¿Nos atrevemos a hablar de Dios?

“Dime cómo vives y te diré en qué Dios crees” Dios forma parte de la esencia de cualquier Religión. «Religión» tiene que ver con “religación”. No podemos decir lo mismo de cualquier experiencia espiritualista, pues nos podemos encontrar con personas inmersas en formas espiritistas o espiritualistas, pero que no creen en Dios o no viven en su presencia. Tres pasos en nuestra reflexión.

“Saber sobre Dios”. En una cultura que valora mucho el “saber”, el tener “conocimientos”, podemos preguntarnos qué sabemos sobre Dios; qué podemos decir sobre Él. De la misma forma que podemos elaborar un discurso o ponencia sobre historia, política, sociedad, arte o psicología, también podemos articular una propuesta coherente sobre el problema de Dios y su misterio. Pero, ¿es lo mismo tener conocimientos sobre Dios que creer en Él?

“Saborear a Dios”. Cuando hablamos de Dios tenemos que recurrir necesariamente al mundo de la experiencia, propia y ajena. Nos faltan las palabras y aun sin querer usamos símbolos; no podemos ofrecer fotos ni dibujos de Dios y nos servimos de imágenes aproximativas a un misterio que nos envuelve y a la vez nos desborda.

Es una presencia y una realidad que, cuando se ha hecho vida, no se olvida, porque no es una “lección aprendida”, sino una parte viva de lo que somos y sentimos. Por eso, más que “saber sobre Dios”, lo que necesitamos es “saborear a Dios”.

“Confesar a Dios”. La fe cristiana es confesante y a la vez moral. El cristiano cree en Dios “en” la Iglesia y “con” toda la Iglesia, y a la vez se compromete en su día a día con la fe que profesa. Para un cristiano, la fe que profesa en un Dios cercano e íntimo, misericordioso y compasivo, libertador y justo, la vive en su pequeño mundo.

Dios es Padre de todos, es el Hijo amado revelado plenamente en Jesús, es el Espíritu vivificador y dador de vida. Dios es comunidad que ama, y solo se tiene acceso a Dios desde el amor. Solo el que ama puede “saber” de Dios, “saborear” a Dios y vivir según la voluntad de Dios.

DOMINGO DEL CORPUS CHRISTI

1ª lectura (Deuteronomio 8, 2-3.14b-16a): *No solo de pan vive el hombre.*

Salmo (147, 12-13.14-15.19-20): *«Glorifica al Señor, Jerusalén»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 16-17): *Todos comemos del mismo pan.*

Evangelio (Juan 6, 51-59): *Quien come de este pan vivirá para siempre.*

Cuando una fiesta es una celebración puntual, que se hace porque llega la fecha o porque a alguien se le ha ocurrido organizar una juntando a amigos y familiares, sin motivo aparente, no tiene ninguna repercusión en nuestras vidas. Suelen ser fiestas en las que, a veces, no nos apetece demasiado participar, y, llegado el momento, nos gusta que se terminen pronto.

Las fechas de calendario, incluidos los domingos, se están convirtiendo en meras repeticiones de ritos, religiosos o profanos, que tienen que ver poco con nuestra vida, a no ser que las personas que nos juntamos hagamos vida común de algún tipo (laboral, familiar, vecinal, etc.), y esos ratos nos ayudan a darle sentido a los esfuerzos y fatigas de cada día.

Por otro lado, el modo de vida, creado por este sistema socioeconómico que nos domina, ha impuesto un tipo de fiestas determinado para sacar el máximo de beneficio económico y le importa poco que las personas disfrutemos y salgamos reconfortadas del rato que hemos vivido con otras personas con las que no hemos podido compartir lo que somos y lo que vivimos.

En estas fiestas “sociales”, la gratuidad brilla por su ausencia. Todo se valora por los que cuesta, por la última moda en fiestas que se organizan, tú solo las consumes. El recuerdo que te queda de ellas es el agujero que te han dejado en el bolsillo. Nadie hablará de ellas ni de las personas que allí había; solo de los vestidos y de las joyas de los invitados e invitadas, y de los regalos que le han hecho a la persona festejada.

La vida de las personas que nos juntamos tiene poco que ver con la celebración. Da la impresión que la vida la aparcamos a la entrada “comienzo de la fiesta” y que la recogemos a la salida “fin de la fiesta”, para continuar la vida sin haberla celebrado con los sentimientos y proyectos de la persona. Nadie hablará de ello cuando la fiesta termine, solo ha sido un episodio anecdótico más en la vida de un grupo de personas que poco o nada tienen que ver las unas con las otras ni con el acontecimiento celebrado.

Yo creo que el sentido de nuestras fiestas debe darlo el acontecimiento que hay detrás de ellas. Acontecimiento motivado por el hecho que las ha provocado y del valor que para esa persona tuvo y la repercusión que siga teniendo en su vida.

El discurso de Jesús sobre el Pan de Vida que nos narra Juan en su evangelio, es como una sentencia que nos indica, no tanto el hecho material de comer pan para vivir, cuanto el hecho de que la comida en que Él se nos da, prolonga nuestra unión con Él hasta el final del tiempo.

Cuando Pablo le recuerda a la comunidad de Corinto la tradición recibida del Señor por medio de la comunidad creyente primera, y les echa en cara que si al juntarse para cenar no comparten no celebran dignamente la Cena del Señor. Es lo mismo que Cáritas nos está recordando, desde hace más de cincuenta años, en este día de la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Jesús para que lo vivamos y lo realicemos con todos los hombres y con todas las mujeres de buena voluntad que viven junto a nosotros.

Así también nosotros deberíamos explicar a los que van llegando a nuestras comunidades nuestra experiencia de celebración eucarística. **¿Es una celebración repetida de un rito y unos gestos, siempre los mismos, o es una celebración en la que se integra nuestra vida en común con nuestros hermanos de comunidad: compartiendo, sirviendo y colaborando?**

Para los creyentes adultos, el asistir a la Eucaristía dominical, y compartir con los hermanos la mesa de la Palabra y la Comunión del Cuerpo de Cristo, es una experiencia de fe que nos ayuda mucho a contextualizar la Eucaristía y a insertarla en la vida. Como nos recuerda el Vaticano II: Llevar la vida a la Eucaristía y sacar la Eucaristía a la vida, para hacerla vida entregada a una vida mejor para todas las personas. Allí es donde nace nuestro compromiso como cristianos de continuar dando testimonio de la Buena Noticia a todo el mundo, por todas las naciones y durante todos los tiempos.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *Alabad al Señor.*

Salmo (68, 8-10.14 y 17.33-35): *«Que me escuche tu gran bondad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre la culpa y el don.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *No tengáis miedo.*

«La mies es mucha y los trabajadores pocos». Jesús, al ver las gentes, se compadece de ellas porque estaban extenuadas: *«como ovejas que no tienen pastor».* El evangelio de hoy es parte de las instrucciones que Jesús da a sus discípulos, cuando los envía con autoridad para expulsar espíritus malos, curar toda dolencia y proclamar que el Reino de Dios está cerca.

En este marco de “*enviados*” es donde cobran fuerza las palabras de Jesús: *«No tengáis miedo».* *«Lo que yo os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea».* El enviado de Jesús lleva un mensaje que no es suyo, porque lo ha recibido en la confianza de la noche y en la intimidad del oído. Es la escucha necesaria del discípulo que abre su oído y su corazón a las confidencias del Maestro. Es el trato de amistad que da la oración frecuente y larga y tratando a solas con aquel que sabemos que nos ama.

El creyente debe ser hombre y mujer de oración. La oración permite que el orante haga suyos los sentimientos de Jesús y que desee participar en su tarea. Recibe una palabra y se siente impulsado a proclamarla sin miedo, porque el Señor está con él y defiende su causa. Es la experiencia de Jeremías, acosado por sus propios amigos. Es la vida y experiencia del hombre de Dios, del profeta.

Los profetas son hombres y mujeres con los pies en la tierra. Una fuerza incontenible se apodera de ellos. Lo que dicen no es suyo, porque lo reciben como mensaje urgente: *«irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene».* Los profetas lo que dicen no es suyo, pues el que se apoderó de ellos moviliza todas sus capacidades y lenguaje: Intranquilizan al tranquilo, animan al desanimado, denuncian y anuncian, arrancan y plantan, destruyen y construyen. Son como espadas afiladas, oídos abiertos, lengua de discípulo, boca de Dios.

La misma Iglesia debiera estar más abierta al ejercicio del profetismo dentro de ella misma. El deseo de Moisés: *«¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta!»*, se cumplió en Pentecostés, fue renovado en el Concilio Vaticano II, se sigue renovando y sería deseable que se alentase constantemente en la Iglesia como pedía ya Pío XII: *«La Iglesia, después de todo, es un cuerpo vivo, y le faltaría algo a su vida si la opinión pública faltase en su seno mismo».*

El papa Francisco dirigiéndose a los canónigos de San Pedro les recordó que su *«trabajo es precisamente llamar al corazón de Dios, rezar, rezar al Señor por el pueblo de Dios».* Rezar, pedir, llamar al corazón de Dios, cada día, porque su Dios hace y hará justicia a sus elegidos, que gritan día y noche hacia Él: *«La oración del hombre es la debilidad de Dios».* **¿Cuál es la fuerza de los hombres?** La fuerza del hombre es la oración. Y el Señor escucha la oración de su pueblo.

El evangelio de hoy nos dice que la confianza en el Padre del cielo debe ser una actitud normal en el hijo, algo tan de sentido común como la frase de Jesús: *«No hay comparación entre vosotros y los gorriones».* Y ni uno de esos animalitos cae al suelo sin la disposición de Dios. Es la confianza en la providencia amorosa del Padre, de la que Jesús habla en otros pasajes evangélicos. Dios cuida de cada uno de sus hijos e hijas.

Anunciar el Evangelio nunca ha sido ni será tarea fácil. No deberíamos quejarnos tanto en la Iglesia ante las dificultades para hacerlo. Porque el apóstol y el profeta saben de quién se han fiado, y que el Señor libra la vida del pobre de las manos de los impíos, y que la causa del Evangelio está en buenas manos. En las manos del Padre.

Por eso, conservemos en la Iglesia la alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo como esa multitud admirable de evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia con un ímpetu interior que nadie ni nada ha sido capaz de apagar.

Así el mundo actual podrá recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de testigos del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y que aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): ***Cuando venga, se quedará allí.***

Salmo (88, 2-3.16-17.18-19): ***«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»***

2ª lectura (Romanos 6, 3-4.8-11): ***Quien vive, vive para Dios.***

Evangelio (Mateo 10, 37-42): ***Un vaso de agua puede bastar.***

Quizás que con la rutina de la vida lo hayamos olvidado. Pero seguir a Cristo comporta desprendimiento, renunciaciones, contrastes y luchas. Jesús es “exigente”. Sus pretensiones son “totalitarias”. No admite “medias tintas” ni acepta soluciones de compromiso. Adherirse a Él implica la necesidad de realizar opciones decisivas, no ciertamente fáciles. No es posible seguirle sino cargando con la cruz.

Todavía hoy, en ciertos países, el testimonio valiente de la fe se paga con la persecución, a veces violenta, y la coherencia cristiana se pone brutalmente fuera de juego, te puede hacer perder el trabajo, te “califica” como huésped de un hospital, te puede acarrear prisión y hasta la muerte.

Levantar la voz contra los poderosos para defender a los pequeños, comporta la eventualidad de cárcel, torturas, asechanzas, riesgos para la vida y para el pan... cuando no la interrupción de la misa por una descarga de metralleta y el cuerpo agujereado.

«El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará». Tenemos que caer en la cuenta ante todo del significado y del valor de las palabras: **«encontrar la vida»** es **¿gozarla en términos de comodidad, gestionarla según nuestros intereses personales, organizarla según nuestros programas utilitaristas?**, o sea, “reservarse”, tomar todas las precauciones, garantizarse seguridades desinteresarse de los demás. **«Perder la vida»**, por el contrario, significa **administrarla juiciosamente, curarla y defenderla**; pero también “jugársela” sin demasiados cálculos oportunistas. Arriesgar todo. Gastarse sin reservas. Darse apasionadamente. Estar dispuesto a perderlo todo (¡también el tipo!) por un valor auténtico.

Es inútil contarnos bobadas. La realización de sí mismo, según el evangelio, no es otra cosa que perderse. El negarse a sí mismo, no ser personaje, ponerse contra sí mismo, no entrar en esquemas prefabricados, renunciar a programarse según modelos homologados, ignorar los aplausos ajenos, perder los apoyos acostumbrados. Esta es la única forma de hablar de “*identidad cristiana*”. Se encuentra la propia identidad sólo quien no se preocupa de ella, quien no la busca, ni se la propone obsesiva y ostentadamente. O sea, si acepta dejársela dar, incrustarse dentro del otro, con la marca del fuego de la cruz.

Así, el envío misionero, que Jesús nos presenta con temibles lobos al acecho **«os mando como ovejas entre lobos»**, se cierra con un benéfico **«vaso de agua fresca»**. Me gusta mucho esta conclusión porque mitiga la impresión de severidad y de dureza de las palabras de Cristo, introduciendo una nota clara de humanidad.

Los lazos, que quizás se tengan que romper (incluso en el ámbito familiar) por la adhesión a Cristo y por las rigurosas exigencias de la misión, al final, se recomponen a través de la solidaridad expresada por “*un vaso de agua fresca*”.

El tema de la hospitalidad no es secundario en la liturgia de hoy: Acoger significa también, en cierto sentido, adherirse al mensaje misionero, tomar en consideración su propuesta. La hospitalidad ofrecida al “*profeta como profeta*” (primera lectura) resulta sin duda más difícil. Porque el profeta, igual que Cristo, nunca aparece demasiado recomendable según una cierta mentalidad: Es portador de una palabra tajante, distinta, desconcertante, que trastorna todos los equilibrios. La presencia de un profeta en casa está muy lejos de ser tranquilizadora.

El discípulo puede pedir y conseguir hospitalidad solamente si se presenta como pequeño, modesto, miserable, discreto, no entrometido, no un estorbo, no importante, no engreído ni presumido y pretencioso. El verdadero misionero no hace de turista ni busca una cómoda colocación a cuenta de otro. Entra de puntillas, preocupado de no ser peso para nadie. Se contenta con poco. Y está siempre preparado para salir al camino, porque el evangelio lo empuja hacia otra parte. Aunque gusta de la compañía, no duda en aceptar serenamente la soledad ligada estrechamente a su existencia itinerante.

Finalmente recordemos que el primero que practicó la hospitalidad con nosotros fue Cristo. El cual como nos recuerda Pablo en la segunda lectura, nos ha acogido en el bautismo permitiéndonos participar en su mismo destino (muerte y resurrección) mostrándonos el camino de una **«vida nueva»**, dejando atrás los expolios del mal antiguo. Si podemos considerarnos “*vivientes*”, si no estamos dispersos como desterrados, lo debemos a que Él nos ha hecho una señal para que entremos.

Ciertamente la salvación pasa a través de la cruz. Pero pasa también a través de un simple vaso de agua fresca.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9, 9-10): ***Alégrate, hija de Sión.***

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14): ***«Te ensalzaré, Dios mío, mi rey»***

2ª lectura (Romanos 8, 9.11-13): ***«Quien no tiene el Espíritu, no es de Cristo.***

Evangelio (Mateo 11, 25-30): ***Venid a mí y yo os aliviaré.***

Es evidente que estamos en el mundo de las prisas, de la velocidad, del individualismo; estamos en un mundo donde cada uno va a lo suyo sin preocuparse lo más mínimo por los demás. Nos manipula la economía, la fiebre de poseer, cambiamos calidad de vida por cantidad de bienes y esto nos lleva a una espiral consumista que nos dirige, nos crea falsas necesidades y, de alguna manera, nos esclaviza y compromete nuestra libertad.

Es cierto que buscamos espacios para como decimos ahora “cargar las pilas” y tendemos a evadirnos de la realidad cotidiana en los “puentes”, vacaciones y tiempos de ocio y es cierto que cambiamos de actividad, incluso de lugar y nos dedicamos a descansar y a hacer lo que nos gusta. Pero también aquí nos dejamos llevar por las prisas y el consumo, con el agravante de que muchas veces en vacaciones nos entra el afán de aprovechar el tiempo acudiendo a más lugares de los que podemos llegar, entrando en competencia con el que tenemos al lado a ver quién tiene más y mejores vacaciones.

Por eso, pienso que para, realmente, “cargar las pilas” lo que debíamos hacer es oír la voz de Jesús en este domingo: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré». Creo que el auténtico cargar las pilas es este: buscar lugares y tiempos para encontrarnos con nosotros mismos en la soledad y en el silencio. Allí en el silencio de la soledad es como se encuentra uno consigo mismo, cuando se encuentra con Jesús, como decía san Agustín: «He aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y fuera te buscaba yo».

Reconociendo con sinceridad nuestro cansancio, nuestro agobio y buscando ese espacio de soledad y silencio en medio de tantas prisas de este mundo, podremos encontrarnos con nosotros mismos, con Jesús y con los hermanos.

El profeta Zacarías expresa la alegría de Israel ante la venida del Mesías. De hecho, la expresión «**Alégrate**» es la que pone Lucas en boca del ángel en el episodio de la Anunciación. Israel espera la llegada del Rey Mesías, pero Zacarías les anuncia que el Rey que esperan no llegará con poder y grandezas, no llegará con ejércitos y cortesanos sino que viene **«justo y victorioso»**, es verdad, pero **«modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica»**. Es lo que se cumplirá en Jesús de Nazaret en su venida y entrada triunfal en Jerusalén.

Este Rey que viene es el que trae la paz, el que **«romperá los arcos guerreros y dictará la paz a las naciones»**. Rey que **«dominará de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra»**, esto nos hace recordar que la soberanía de Dios es universal y su salvación está ofrecida a todos los hombres. Es preciso tener muy claras las ideas a este respecto, sobre todo en estos tiempos en que nuestras calles las llenan personas de diferentes culturas y religiones. Todos ellos están bajo la soberanía del único Dios y son también destinatarios de la salvación, no caigamos en la tentación del rechazo o de la exclusión.

Este Mesías, esperado de los tiempos, es el Hijo de Dios que revela el Misterio del Padre. Esta revelación está dirigida a todos los hombres, sin excepción, pero solo los sencillos y humildes de corazón podrán acceder a ella. (Los sabios y entendidos, que como los escribas y fariseos, se dedican a buscar a un Dios a la medida de sus objetivos con sabidurías y conocimientos puramente legalistas, cierran su corazón a la misericordia divina y no son capaces de acoger el Reino y su justicia como el gran don de Dios). Acogiendo esta revelación de Dios, harán suyo el compromiso de anunciar y extender este Reino.

Este compromiso del Reino puede resultar una carga pesada para el discípulo; por eso el Señor nos llama a que vayamos con Él, a que salgamos a su encuentro porque Él nos libera de las cargas pesadas que suponen los cumplimientos legales, para que carguemos con su yugo y su carga que son el yugo suave y la carga ligera del amor. A que tomemos conciencia de que el Espíritu de Cristo habita en nosotros y nos libera de nuestras esclavitudes de la carne para que vivamos la libertad del Espíritu que nos une con Cristo y nos hace criaturas nuevas en Cristo resucitado.

Vamos, pues, en este domingo al encuentro con Cristo que nos llama a participar en este banquete de la Eucaristía, que es alimento para el camino para poder así acoger el Reino y su justicia, siendo humildes y sencillos a fin de lograr acceder al Misterio de Dios manifestado en Cristo Jesús.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 10-11): *La palabra no volverá a mí vacía.*

Salmo (64, 10-14): *«La semilla cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8, 18-23): *La creación está gimiendo.*

Evangelio (Mateo 13, 1-23): *El que tenga oídos que oiga.*

Nuestro tiempo no se caracteriza por la abundancia de frutos pastorales. En ocasiones vemos manifestaciones en la que grupos de jóvenes y adultos jalean su fe; pero hoy estamos más acostumbrados a ver iglesias cerradas y templos casi vacíos. Y nos duele. La vida pastoral de muchas comunidades languidece y se percibe una sensación de desencanto y de cansancio. La falta de vigor pastoral, la desconexión con las generaciones más jóvenes y con su cultura, la lejanía de los problemas que vive la sociedad y la crisis de fe, son algunas causas de este desencanto.

Los cristianos estamos llamados a sembrar... como el sembrador, pero también a dar fruto y recoger la cosecha. Entre una y otra hay que preparar la tierra, abonar, labrar, esperar... y confiar en que el proceso de crecimiento llegue a buen término. Y cuando esto se cumple... hay cosecha, incluso abundante. La pastoral es sembrar y trabajar para que haya buenos frutos. En los campos de Dios necesitamos herramientas que nos ayuden a anunciar el Evangelio. Todas nuestras acciones y estructuras pastorales están al servicio de la misión.

Hoy todo es complejo, pero la Iglesia sigue sembrando, y cada uno de los cristianos comprometidos también. La tierra que pisamos es fecunda y sigue necesitando el Evangelio de Jesucristo. No podemos parar la siembra, pero tampoco perder la ilusión por los frutos. La cosecha será abundante si nuestra pastoral va directa al corazón y la vida de las personas; si generamos auténticos lugares de encuentro y verdaderas propuestas que presenten el Evangelio de un modo que pueda ser comprendido y vivido hoy.

No necesitamos una tierra distinta; tenemos tierra abundante para sembrar. Necesitamos herramientas nuevas y colaboradores del Sembrador que apuesten con pasión y con libertad, por la actualidad de anunciar y vivir el Evangelio en este momento de la historia, tan apasionante, como nos ha tocado hacerlo. Y si alguien tiene alguna duda... que aprenda a reconocer y valorar los frutos que vienen de Dios. Él es el buen sembrador que siempre cuida la tierra, aunque nosotros no lo sepamos ver.

Los cristianos somos los jornaleros del campo de Dios. Él nos ha llamado y cuenta con cada uno de nosotros para esa tarea. No importa la edad, no importa la condición, no importan el sexo ni la raza,... la llamada es a ser colaboradores con el auténtico Sembrador que es Jesús. Y nosotros a sembrar en serio... arriesgando, confiando y trabajando para que haya una buena cosecha.

Así lo hizo Jesús cuando sembró la palabra en quienes le escuchaban... **y germinó**; cuando ofreció su perdón a quienes estaban al margen... **y los reconcilió**; cuando regaló la salud a quienes estaban enfermos... **y los curó**; cuando repartió toda la comida que tenían... **y sobró**. Él arriesgó, confió y trabajó... y los frutos fueron abundantes.

Para trabajar en el campo de Dios, en primer lugar debemos acoger la semilla del Reino y dejar que fecunde en nuestra vida. Necesitamos estar arraigados en Cristo y hundir nuestras raíces en Él. Anunciar y vivir el Evangelio es algo demasiado importante como para hacerlo a la ligera. Después vendrá el esfuerzo, el trabajo y la dedicación. Sembrar el Evangelio no es una anécdota. El sembrador necesita valentía, pasión, arrojo... para proponer el Evangelio. Y también paciencia y respeto... un regalo nunca se impone.

Los cristianos somos trabajadores de la fe y queremos vivirla y anunciarla en todos los lugares. No podemos quedarnos encerrados en nosotros mismos. Estamos llamados a sembrar incluso entre zarzas. El Evangelio ha de llegar a todos (familiares, amigos, conocidos, vecinos...), como ha llegado a nosotros. Somos sembradores a la intemperie, como el del Evangelio.

La cosecha de la parábola es desbordante, como los frutos de Dios. Pero ¿solo recoge quien siembra? Es una cuestión de amor y fecundidad. El Evangelio no vence, no se impone... se regala, se ofrece, se da... ahora está en nuestras manos, para que lo sembremos. Dios hará el resto.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12, 13.16-19): *No hay más Dios.*

Salmo (85, 5-6.9-10.15-16a): *«Tú, Señor, eres bueno y clemente»*

2ª lectura (Romanos 8, 26-27): *El Espíritu intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13, 24-43): *El Reino de los Cielos se parece a...*

«Reino de los cielos», es la expresión con la que Jesús se refiere al proyecto del Padre, sobre el mundo y sobre sus hijos. Para Jesús este Reino fue su comida y su bebida. Lo demás se da por añadidura. Invita a sus discípulos a que anunciemos este Reino a toda criatura.

Si recogiéramos en un cuadro los valores de este Reino, saldría un dibujo preciosos, y los cristianos lo cantamos muchas veces en la liturgia y en nuestras reuniones de grupo: “Anunciaremos tu Reino, Señor, / Reino de Paz y Justicia, / Reino de Vida y Verdad, / Reino de Amor y de Gracia, / Reino que ya ha comenzado, / Reino que no tendrá fin”.

Es un reino de Padre y hermanos. Como en cualquier familia y grupo que se quiere, los preferidos son los más débiles, los más necesitados. Y el juicio de las relaciones entre ellos se hace según la actitud que se tiene con estos necesitados: «Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar... y el amor de mi comportamiento con ellos, es el criterio para decidir positiva o negativamente la valoración de una vida humana» (Benedicto XVI – Encíclica: “Dios es Amor”,15). Palabras que bien pudieran ser colocadas sobre la mesa de trabajo de cualquiera en nuestros días.

En la Parábola del sembrador aparecen los “ciudadanos del Reino” y los “partidarios del Maligno”. Han brotado tan pegados en el campo, que el dueño decide que crezcan juntos hasta el momento de la siega. Así ha sido, y así sigue siendo hasta hoy.

Hasta siete parábolas leeremos hoy y en los próximos domingos. El motivo central de todas ellas es el Reino de los Cielos, el Reino de Dios, el proyecto de vida que Dios propone para toda la humanidad. Hoy leemos la del trigo y la cizaña, la del grano de mostaza y la de la levadura. Las tres pueden aplicarse, con plena actualidad, a nuestros días, y sacar consecuencias.

«Dejadlos crecer juntos hasta la siega». Dios conoce bien su campo: la tierra está a punto, la semilla es buena. Siembra la semilla y se va. Cuando se estaba formando la espiga, aparece también la cizaña: un enemigo lo ha hecho. Decide que crezcan juntos trigo y cizaña.

Cuanto llegue la siega los separará, y cada uno irá a su lugar final. El compromiso cristiano es evidente: la cizaña no cabe en el granero del amo, solo el trigo será almacenado y seguirá dando sus frutos: alegría para el que lo sembró y pan y alimento para todos.

Es maravilloso el mensaje de la parábola del grano de mostaza, casi insignificante en su inicio. Parece mentira que un grano tan pequeño, sembrado en la huerta, pueda llegar a transformarse en un árbol tan frondoso y acogedor, para cuantos quieran hacer en él su nido, su casa.

Así es también Jesús. Tanto en esta parábola como en la de la levadura, sus palabras son muy pocas, mínimas y, sin embargo, tienen capacidad para abrirse a las expectativas, deseos y esperanzas de toda la humanidad, y darles respuesta.

La parábola de la levadura es tan implicada como el signo con que se expresa: como la levadura hemos de ser los cristianos en el mundo. Como quienes tienen capacidad y humildad para transformar la convivencia humana desde dentro, desapareciendo en ella, desde el fondo “*perdiéndose*” en la masa, para que todo fermente. Pero es necesaria una condición: “*desaparecer*”. La levadura no puede conservarse como tal en medio de la masa fermentada, sería como un grumo en un pan crujiente. Y esto, desaparecer, es muy difícil cuando se dan orgullo e individualismo.

Como un trocito de pan y un poco de vino. Signos pequeños, sencillos, que vamos a ofrecer, y luego comeremos para desaparecer y transformar, encierran todo el misterio de un Dios que se hace alimento y se acerca hasta nosotros para darnos su propia vida y transformar la nuestra.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3, 5.7-12): *Pídeme lo que quieras.*

Salmo (118, 57 y 72.76-77.127-128.129-130): *«¡Cuánto amo tu voluntad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 8, 28-30): *A los que llamó, los justificó.*

Evangelio (Mateo 13, 44-52): *El Reino de los Cielos es un tesoro...*

La verdadera riqueza de las naciones y del mundo es la humanidad, más que todos los recursos económicos, energéticos, financieros o lo que sean. Desgraciadamente nuestro mundo, el civilizado, el desarrollado, el que presume de los derechos humanos, ha apostado por el capitalismo, por el capital financiero, en detrimento del verdadero capital, que es el capital humano.

No se tiene en cuenta el valor del trabajo humano, porque se le ha envilecido relegándolo al precio del mercado, como si fueran patatas, tomates o automóviles. No se les ha ocurrido pensar en el verdadero desarrollo y en el grado de cultura si se contase con la participación de millones y millones de personas, para las que, se dice, que no hay trabajo.

Resulta incomprensible con qué facilidad se toleran millones y millones de seres humanos sin trabajo, cuando se hacen verdaderos esfuerzos y no se duda en poner en peligro la naturaleza y el planeta, por descubrir y explotar nuevos yacimientos de gas y de petróleo.

Este capitalismo se está manifestando como un verdadero cáncer de la democracia, que anula el gobierno del pueblo, de los elegidos democráticamente, para depositarlo en manos del capital, de los dueños del capital, erigidos en tales por la explotación, la especulación y la apropiación del beneficio.

Resulta un insulto, si no fuera una injusticia, la facilidad con que se priva a los hombres y mujeres de su trabajo y se les manda al paro, con tal de aumentar el beneficio de unos pocos, cada vez menos, que incrementan el número de pobres, cada vez más, y cada vez más pobres.

Como en todo proceso canceroso, la aplicación de la terapia, al paso que trata de eliminar los errores, lo hace siempre eliminando los aciertos. No es una casualidad que la superación de la crisis se haga a costa de la salud, de la educación, del bienestar y del salario, eso sí, de los trabajadores.

Venga a nosotros tu Reino.- Jesús en el evangelio nos habla del Reino de Dios, de sus planes sobre nosotros, no solo en la otra vida, en el cielo, sino en la tierra, ya en esta vida. Ese plan de Dios que describe magistralmente el Génesis al presentar la creación como la preparación amorosa del padre de un paraíso para sus hijos. No podemos vivir tan tranquilos malgastando los recursos naturales o acaparándolos unos a costa de otros. Tenemos que empeñarnos en cumplir la voluntad de Dios, el sueño de Dios, el bienestar de toda la familia humana como premisa para una vida feliz, en este mundo. Eso es lo que pedimos insistentemente al rezar el padrenuestro.

Hágase tu voluntad.- Y al pedir que se cumpla su voluntad, nos estamos enrolando nosotros en la tarea, pues somos nosotros los que tenemos que cumplirla, los que tenemos que trabajar para realizar lo que Dios quiere y nosotros deseamos ardientemente. El sueño de Dios es también nuestro sueño, el sueño de toda la humanidad, lo que más deseamos todos en el fondo, si somos capaces de superar el egoísmo y descubrir ese tesoro que Dios ha puesto en nuestro corazón.

En la tierra como en el cielo.- En el cielo creemos que se cumple completamente la voluntad de Dios, por eso el cielo es el colmo de la felicidad, la suma de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. Y al rezar el padrenuestro, nos comprometemos, y pedimos a Dios que nos ayude, a cumplirla también en la tierra con esa generosidad y perfección como se cumple en el cielo, de manera que nuestro mundo supere todas las deficiencias, desigualdades e injusticias que oscurecen el Reino de Dios y producen desilusión y derrotismo frente a la tarea.

Danos hoy nuestro pan de cada día.- El pan, que pedimos, es el símbolo de todo cuanto necesitamos para satisfacer nuestras necesidades y hacer posible una vida feliz. Por eso pedimos el pan nuestro, no el tuyo, el mío o el de los nuestros, sino el de todos, el de la familia humana.

No podemos conformarnos con el Estado del bienestar (el nuestro), tenemos que eliminar todas las fronteras y egoísmos para apuntar y trabajar por el bienestar de la humanidad. Ese es el sueño de Dios, su voluntad, la tarea que nos ha confiado amorosamente, y ese debería ser también nuestro sueño, nuestro empeño. Ese es el tesoro que hay que descubrir para disfrutarlo.

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Daniel 7, 9-10.13-14): ***Su reino no acabará.***

Salmo (96, 1-2.5-6.9): ***«El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra»***

2ª lectura (2ª Pedro 1, 16-19): ***Él recibió de Dios Padre honor y gloria.***

Evangelio (Mateo 17, 1-9): ***Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!***

Es necesario un modo de vida que sea capaz de extenderse y desbordar al sistema por abajo, impulsando una transformación cultural, re-educando nuestras conciencias y nuestros hábitos, pasando de una cultura de la “desmesura” a una cultura de la “autocontención”. Sería posible desbordar el capitalismo por abajo aplicando un modelo de civilización basado en la sobriedad y la pobreza compartidas, y tratando de que la política vuelva a recuperar el poder. Son ya muchas las iniciativas que abogan por el cambio para trabajar de una forma más participativa. Iniciativas emergentes que aportan la consciencia de que es necesario otro modelo social y cultural.

Este modelo cultural debe ser también desbordado desde el plano de la identidad, construida en torno al consumo. Casi todo el mundo consume, sí; pero no todo el mundo consume bien y a algunos les negamos el derecho a un mínimo consumo. El diálogo entre civilizaciones, la diversidad cultural del planeta, sus prácticas y saberes, es el reto a tener en cuenta y asumir para ir hacia la solidaridad entre los pueblos y la recuperación de la dignidad de la persona.

«Somos cada vez más conscientes del diagnóstico, de las alternativas de las que disponemos y de la responsabilidad que supone condicionar la vida de las generaciones futuras». (Francisco – “Laudato si”). *Ahora bien la cuenta atrás ha comenzado, no podemos esperar más. Un modelo basado en la sobriedad y la pobreza no es algo únicamente deseable sino algo necesariamente posible que puede verse potenciado y reforzado a través de la espiritualidad que conlleva el dialogo intercultural e interreligioso.*

Mientras hacemos el camino de la vida, las personas nos vamos sorprendiendo unas a otras. A veces es una sorpresa desagradable: una traición, un egoísmo, una palabra hiriente, un desprecio, una crítica destructiva... En cambio, otras veces es una sorpresa agradable: una cualidad desconocida, una bondad insospechada, una fidelidad desconcertante, una amnesia que olvida el mal recibido, una mirada que acoge y perdona...

En el grupo de Jesús no ganaban para sorpresas. Jesús les sorprendía cada día con su modo de ver la vida, su modo de estar con la gente, su preferencia por los caídos, sus palabras sobre Dios. Les descolocaba, hacía añicos sus visiones y expectativas. Veían en Él tal determinación por la causa del Reino que, un día, sintieron temor pues, en el futuro que se dibujaba en el horizonte había sombras, noche y conflicto.

Por ello, seguramente en cada uno de ellos y también en sus conversaciones aparecía una pregunta: **¿Quién es este hombre que cada día nos sorprende con su palabra y con su vida? ¿Quién es Jesús en lo más profundo de sí mismo?** No hacía mucho tiempo, en un momento de crisis, el mismo Jesús les había preguntado: ***«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»***.

Cuando la vida nos sonrío no solemos hacernos grandes preguntas. Vivimos y disfrutamos. En cambio, cuando las dificultades asoman por la puerta comenzamos a hacernos preguntas: lo hacemos sobre el esposo o la esposa, sobre los hijos, sobre nosotros mismos, sobre las relaciones sociales, sobre el sentido de la vida, sobre la religión que practicamos, etc.

Hoy, en esta época, caracterizada por tantos cambios tecnológicos, sociales, culturales y religiosos, a los cristianos nos toca, como aquellos primeros discípulos que veían y sentían la dificultad, preguntarnos por el sentido y valía de la fe que profesamos. Nos toca, a la vista de una realidad que pone en crisis las visiones, creencias y valores anteriores, preguntarnos qué merece la pena creer y, sobre todo, preguntarnos a quién merece la pena escuchar y seguir.

«Escuchadle» decía una voz desde la nube. ***«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle».*** Mateo parece estar pensando en los seguidores de Jesús de todos los tiempos para recordarnos lo que nunca hemos de olvidar: lo más importante es escuchar a Jesús; escuchar sus palabras, contemplar su modo de vivir, su modo de hacer. Y guardarlo adentro, en la mente y en el corazón. Y seguirlo.

Lo que la Iglesia diga y haga merecerá la pena si va en la dirección de ayudar a los propios cristianos e invitar a los hombres de hoy a escuchar a Jesús. Descubriremos, a través de toda su vida que nos habla, por qué merece la pena vivir y morir, en qué consiste la felicidad que buscamos.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 9a.11-13a): *Sal y aguarda al Señor.*

Salmo (84, 9-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9, 1-5): *Mi conciencia, me asegura que no miento.*

Evangelio (Mateo 14, 22-33): *¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?*

Hay una necesidad cada vez más sentida tanto en la Iglesia como en la sociedad que pasa por cuidar el espíritu. Estaríamos en un serio error si creyéramos que todo problema es únicamente técnico y que su solución estaría en encontrar y dar respuestas técnicamente correctas, que, no cabe duda, es totalmente necesario, pero insuficiente. El problema de fondo de nuestro mundo globalizado es espiritual. La razón radica en que el espíritu del ser humano, su “yo” profundo se encuentra reprimido, secuestrado por el predominio de las cosas, por el consumo sin límites.

Hemos perdido el hábito de soñar y de anhelar lo infinito; el aspirar al misterio está brutalmente reprimido, oprimido por la planificación de los mandamases de este mundo. Ahora bien, la represión continuada y sistemática de la dimensión más profunda de la persona, el espíritu, es, a la larga, todavía mucho más perniciosa que otras represiones, ya que la persona pierde el sentido de la vida. Por eso, uno de los mejores servicios que podemos prestar a nuestra sociedad y también a nosotros, es liberar a este espíritu esclavizado.

Pero liberar a este hombre no es cosa fácil, pues se le ha enseñado a huir, a escapar de sí mismo. Está acostumbrado a ser engañado y a estar esclavizado. No quiere que se le libere, pues para ello se precisa que aflore esa sombra de esperanza que incluye todo lo que queremos ver, porque nos da miedo y no nos agrada: mentiras, engaños, apegos... y se nos ha convencido de que se vive mejor y más seguro sometido a los nuevos faraones. Intentar romper las ataduras, destruir la imagen de vida y de hombre, que nos han impuesto, soñar por un futuro distinto, no sería aceptado por este absurdo mundo; preferimos permanecer esclavizados., es más seguro.

Situación trágica y difícil, ya que, para disimular la propia esclavitud, su profunda inseguridad y desnudez, se rodea de cosas externas a su propio ser, llegando a confundir lo que se “tiene” con lo que se “es”. Incluso se llega a creer que se “es” más, porque se “tiene” más y se hace ostentación estúpidamente de sus cosas como si ellas fueran “él mismo”, con el fin de ser más apreciado por lo que “tiene” y no por lo que “es”.

Jesús, una vez que comieron todos hasta saciarse, (la lectura de hoy, es continuación de la que hubiésemos escuchado el domingo pasado, que cambiamos por la fiesta de la Transfiguración), despide a la gente y sube al monte solo a orar.

El tema de la oración, en que tanto ha insistido la Iglesia para quienes pretendemos tomar en serio la vida cristiana, parece haber entrado hace años en crisis. Entre las causas que provocó la crisis se encuentra la llamada “revolución técnica”. Esta revolución cultural consiste en que las necesidades vitales de la sociedad se reducen a que son problemas técnicos y que se pueden solucionar mediante programas sociales, económicos, etc. Los hijos de nuestro tiempo somos hijos de la tecnocracia y estamos marcados por lo utilitario y lo funcional.

Las cosas son aceptables en tanto en cuanto son útiles y funcionales para “algo”. Todo tiene que ser utilitario y funcional; lo que no sirve para obtener unos resultados contables se le rechaza como inservible. La consecuencia de todo este proceso cultural ha sido la atrofia de la dimensión contemplativa y mística de la vida, la opresión de la espiritualidad. Sin embargo, el hombre de hoy está pidiendo “algo más”. Nuestra crisis es crisis, como ya se ha dicho, de espiritualidad.

La cultura tecnológica ha creado un modo de ser y pensar que mira casi exclusivamente al hacer, a la eficacia, al rendimiento. Sin embargo, la persona además de un bienestar material digno, que todo hombre debe tener por justicia, necesita de algo que no se fabrica, ni es fruto de la técnica, ni se compra en los supermercados, ni tiene precio, ni se impone, ha de ser fruto de la gratuidad.

El hombre necesita de lo inútil, es decir, de lo que no se puede utilizar. Más aún, lo inútil es esencial al hombre, porque es esencial al hombre el amor. Y el amor no se puede utilizar para nada, es don gratuito, y se sitúa a nivel de la relación interpersonal, no de relación con “algo”, sino de relación con “alguien”. Desde ese punto de vista se comprende la importancia de la oración en la vida del creyente.

La oración cristiana tiene su razón de ser en la fe, como encuentro personal con Dios en Cristo. Así la oración brota de ver a Jesús de Nazaret, más que como un programa de acción y de compromiso ético. El creyente que se relaciona con Jesús, será uno que se entrega y se compromete hasta el fondo. Una fe auténtica implica siempre un deseo de transformar el mundo, así, será algo más que uno que se compromete, será un hombre de oración. Porque desde el momento del encuentro personal con Cristo, no hay más remedio que dialogar con Él, de estar con Él. Y entonces la vida adquiere pleno sentido.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): ***Una mujer vestida de sol.***

Salmo (44, 10-16): ***«De pie a tu derecha está la reina»***

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): ***Todos volverán a la vida.***

Evangelio (Lucas 1, 39-56): ***Bendita tú entre las mujeres.***

Nos cuesta abandonar los caminos que ya conocemos y aventurarnos a transitar por senderos nuevos. Con los años tendemos a volvernos cómodos, conservadores, tristes y miedosos. Solemos decirnos aquello de “siempre se ha hecho así”. Preguntas como ¿para qué? ¿Qué vamos a conseguir? Y afirmaciones del estilo de “yo ya lo intenté” “no merece la pena” “es muy complicado” nos paralizan. Expresiones así muestran la dificultad de la tarea, el hastío y el cansancio del camino y la tristeza de los fracasos. Pero también pueden ser excusas para continuar haciendo lo de siempre y evitar complicarnos la vida.

Son innumerables los grupos parroquiales que nos preguntamos, cada día, qué y cómo hacer en este nuevo tiempo social y cultural que nos llena de interrogantes: ¿De qué hablamos cuando decimos Bien Común? ¿Deseamos, de verdad, otro estilo de vida más austero y solidario? ¿Estamos al lado de los que sufren? ¿Qué valor le damos a la persona?

El papa Francisco no cesa de decirnos que debemos “salir” y “dejar salir”. Salir porque la misión requiere siempre de una salida, y dejar salir a Jesús, presente en la comunidad cristiana. La misión no tiene otro fin que facilitar el encuentro con Jesús. Quien desea encontrarse con los hombres y mujeres de hoy es Jesús, buena noticia de Dios. Nosotros podemos ayudarlo en esta misión o podemos dificultar su salida encerrándole con nuestros miedos, inercias, comodidades y pecados personales e institucionales. “Dejar salir” porque Él no nos pertenece.

El evangelio nos dice que tras el anuncio del ángel, María salió apresuradamente hacia un pueblo de la montaña, para visitar a su prima Isabel. Me pregunto: ¿Por qué tanta prisa? Pienso que la respuesta es sencilla: porque María quería comunicarle a su prima la inmensa alegría que le llenaba por dentro. Dios estaba con ella, eso le había dicho el ángel. El hijo de Dios estaba creciendo en sus entrañas. Era este acontecimiento, incomprensible y excesivo, el que le impulsaba a salir presurosa de su casa hacia la casa de Isabel.

Nos falta tiempo para salir y comunicar a los demás las alegrías que nos tocan por dentro y nos cambian la vida. Las alegrías profundas nos desinstalan, nos cambian el rumbo, nos hacen salir de nosotros mismos. En la Iglesia necesitamos de esta alegría, la que llenó a María, la que llenó a Jesús. La alegría que nos hace salir de la rutina y la mediocridad. La alegría de abrir las puertas, sin miedo, para que salga Jesús.

Cuando Dios nos visita, lo más íntimo de nosotros salta de alegría, no es una alegría pasajera y efímera, sino profunda; una alegría que es don de Dios, una alegría que nos conmueve por dentro y nos mueve hacia afuera, la alegría de saber que Jesús siempre está con nosotros, una alegría que nos hace salir de nosotros mismos para comunicársela a los demás.

En la anunciación, el ángel saluda a María con estas palabras; **«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»** (Lucas 1,28). Y vemos cómo María, presurosa se pone en camino, porque está deseosa por contárselo a su prima, que también está en cinta. Será un encuentro marcado por la alegría. **«Tan pronto como he oído tu saludo, mi hijo se ha movido de alegría en mi vientre»**. Toda ella se ha conmovido de alegría, hasta el hijo de sus entrañas.

Llena de alegría María comenzó a cantar todo lo bueno que Dios había hecho en ella: **«Mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en mí»**. ¡Cómo no narrar y cantar lo que Dios hace en favor nuestro, cada día! Como María hemos sido llamados para contar lo que Dios hace por nosotros cada día. La alegría es el estado de ánimo básico de la vida cristiana, aun en medio de las dificultades. La alegría que nos hace afrontar la vida con la confianza puesta en el Dios que está con nosotros.

Hemos sido llamados para descubrir, vivir y comunicar una Buena Noticia, una alegría. La alegría de saber que Dios siempre tiene misericordia, que deshace los planes de los orgullosos, que derriba a los poderosos de sus tronos y levanta del suelo a los humildes, que llena de bienes a los pobres y a los ricos los despiden con las manos vacías.

Que la alegría de saber que Dios nos ama, no es una teoría, que la hemos visto hecha realidad en María, que la hemos visto en Jesús y su vida derramada para dar vida. Es la alegría que hemos visto en los mejores hijos e hijas de la Iglesia y en todos los que hoy dan testimonio sencillo, con su vida, de que el Padre del cielo se ha fijado en cada uno de sus hijos porque nos ama.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56, 1.6-7): *Guardar el derecho, practicar la justicia.*

Salmo (66, 2-8): *«Oh Dios, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Romanos 11, 13-15.29-32): *Los dones de Dios son irrevocables.*

Evangelio (Mateo 15, 21-28): *También los perros comen las migajas que caen.*

Proliferan, cada vez más, las manifestaciones reivindicativas: contra los recortes en sanidad y educación; por la falta de Políticas de Empleo; por el despilfarro en las Administraciones; a favor y/o en contra de la acogida a inmigrantes; contra la marginación de determinados colectivos; etc. Por no hablar de las contrarias a la educación religiosa en general y contra la Iglesia Católica en particular.

No se nos ocultan las penas y dificultades que, por ser cristianos, tenemos en medio de esta sociedad del “mal estar”. Constatamos que la crisis no ha afectado por igual a todas las personas y familias, que se agrandan las diferencias entre ricos y pobres, tanto en cantidad como en calidad; y que nos cuesta encontrar razones y justificaciones que dar a los más pequeños, de por qué no podemos hacer muchas cosas que antes sí hacíamos.

Algunas personas esgrimen el argumento del “siempre ha sido así; siempre ha habido ricos y pobres”. Esto, aparte de no ser verdad, es una argumentación muy pobre que no profundiza en el origen de las causas de cada época de la humanidad y que persigue y consigue que las cosas no cambien nunca, que nos acomodemos en nuestra situación y no hagamos nada para que las cosas, que pueden ser de otra manera, las apoyemos y seamos solidarios con aquellos que sufren esta situación.

Así que, abandonemos nuestras fortificaciones de seguridades insensibles y acerquémonos al dolor de nuestros hermanos de toda raza y compartamos con ellos los bienes de la tierra y acogamos todo lo bueno que tienen y busquemos una sociedad más humana, más justa, más digna, donde todos puedan convivir solidariamente.

Las personas, a lo largo de su vida, tienen diferentes etapas en las que se puede pasar de una vida mejor a una peor o viceversa; tal y como nos ha pasado en muchos países de Europa debido a la crisis económica. Y si nosotros estamos mal **¿cómo estarán todas esas personas que vienen de otras partes del mundo?**

Entran por todas partes posible, de forma legal e ilegal, con contrato de trabajo y sin él; todos movidos por la mala situación en la que se encuentran sus países e ilusionados por las imágenes que los medios de comunicación les transmiten de un mundo irreal que no se parece en nada al que tenemos montado en Occidente. También nosotros, los cristianos vivimos de alguna manera en ese mundo idealizado.

Muchos domingos y fiestas nuestros ritos están más relacionados con las reliquias de un pasado de cristiandad que con una sociedad secularizada y poco evangelizada. Nos quedamos en el cumplimiento de una norma y se ilumina muy poco nuestra realidad de cada día. La pobreza creciente de nuestra sociedad y los pobres de ahora y los de antes se siguen quedando a la puerta de los templos a esperar nuestras limosnas. ¡Así no! Así es imposible iluminar con nuestras vidas el camino del Reino de Dios que Jesús anunció y vivió hasta darnos su propia vida a todas las personas, sin distinción de sexo, raza o religión. No parece que vayamos dando pasos de acercamiento de los unos hacia los otros: Violencia de género, guerras de religión, discriminación de razas y de etnias.

El texto evangélico nos invita a ponernos delante de Jesús y presentarle la vida necesitada de los otros, a rogar por ellos, a no cejar en nuestro empeño y, de no pedir nada para nosotros. La mujer sirio-fenicia lo hace por y para su hija, que está “enferma”; como enfermas están muchas de las personas de nuestra sociedad que nos provocan lástima y a las que les dejamos caer unas pocas monedas. Pero no se rompe nuestro corazón por el dolor de esas personas ni nos acercamos a conocerlas, ni buscamos y ponemos medios para sanar sus heridas.

¡Qué gran momento vivió Jesús con esta mujer extranjera! No es israelita; no es judía y, encima, es mujer. Sorprendente por todas partes y a todas luces, lo miremos por donde lo miremos. ¡Qué gran hombre es Jesús! ¡Qué gran lección nos da! Escucha y habla con la mujer; percibe su necesidad en la enfermedad de su hija a la que no ve físicamente, pero sí a través del dolor de la madre; y queda “mudo” cuando ella acepta su condición pero reclama su dignidad de persona humana, para ella y para su hija.

«¡Qué grande es tu fe!». Esta mujer hace gala de ser una persona que se conoce a sí misma, de que conoce la realidad en la que se mueve, de que se arriesga a dar pasos por los demás, a buscar y poner medios a favor de una persona que necesita algo que ella no le puede dar y, por eso, es capaz de interpelar al Maestro de Nazaret y saber que va a ser escuchada y atendida por Él.

El relato resulta tremendamente educativo y transformador para las primeras comunidades cristianas procedentes del judaísmo, con arraigadas tradiciones y con dificultades a la hora de acoger a los que no las cumplían. Puede serlo también para nosotros, cristianos “viejos”, procedentes de un catolicismo de cristiandad con unas prácticas y ritos. Así que reivindicemos también nuestro derecho a manifestar nuestras creencias con la misma libertad que se le conceden a los demás colectivos.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22, 19-23): *Aquel día llamaré a mi siervo.*

Salmo (137, 1-8): *«Señor, tu misericordia es eterna»*

2ª lectura (Romanos 11, 33-36): *Él es origen, guía y meta del universo.*

Evangelio (Mateo 16, 13-20): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Si leemos la historia de la humanidad, vemos cómo siempre ha habido una “tensión” entre el evangelio de Jesús, límpido, radical, fresco, brillante, ilusionante, aglutinador, y una Iglesia que ha tenido que afrontar decisiones difíciles y complejas; desde la aceptación de ser “religión oficial” del imperio bizantino, hasta la evangelización de nuevos mundos conquistados por la espada, o por qué no, la lucha de mantener su libertad e independencia de los emperadores y reyes que la querían poner a su servicio.

De ahí que en la calle, en un debate de colegio, en un medio de comunicación, incluso entre un grupo de jóvenes en catequesis, escuchemos frases como “Jesús sí, Iglesia no”. Algunos intentan decirlo “solemnemente”, otros con acritud. No hay que ponerse muy serio, ni enfadarse, ni pedir que todos los males se descarguen sobre quien así piensa.

Entre los que proclaman esta frase buscando argumentos, algunos nos recuerdan la “historia negra” de la Iglesia: las cruzadas, la inquisición; otros insisten en sus declaraciones antimodernistas, que ha sido intolerante con otras religiones, etc. Al mismo tiempo nos dicen que Jesús no era así; es más, se atreven a decir que la Iglesia ha traicionado el evangelio.

En un acto de sinceridad y humildad reconocemos que la Iglesia tiene muchas páginas de una larga historia, dos mil años, y que en muchas ocasiones se ha equivocado, o que ha cometido errores muy graves. La Iglesia ha pedido perdón, aunque para algunos no sea suficiente. La Iglesia recuerda todo el bien que ha hecho a lo largo de su historia (colegios para educar, hospitales para sanar, pobres a los que socorrer...), pero parece que no es argumento a tener en cuenta porque eso es “lo que tiene que hacer”.

Tensión histórica que hoy tiene otras notas, otros retos, otras características. Hoy, como a lo largo de los siglos, el cristianismo vive en la historia con la mirada puesta en el Evangelio de Jesús, con fidelidad radical a Jesús, y a la vez con las dificultades propias de caminar “en” una comunidad, “en” la Iglesia, y “con ella”. La creatividad y la libertad en la fidelidad son virtudes que hoy necesitamos, como siempre, los cristianos.

Son dos cosas muy distintas, “posicionarse” y “pertenecer”. Yo tomo una “posición”, me “posiciono” ante una situación política, social, humana o religiosa. La pregunta es ¿con quién estás? Yo “estoy con”, yo me “posiciono” contra todo tipo de esclavitud y a favor de la “vida humana”. Yo “estoy con”, yo me “posiciono” contra el abuso de los indefensos y a favor de los derechos de las personas. Lo hago como “humano” y, por qué no, también como “cristiano”.

Otra cosa bien distinta es la “pertenencia”. Yo puedo “pertenecer” a un grupo político, sindical, cultural, deportivo... o no ser de ninguno. Ahora bien, ¿puedo ser “cristiano” sin “pertenecer” a la Iglesia?, o ¿Es solo una “pose” cuando me interesa, pero que no me comprometo a nada? O también al revés: ¿puedo “pertenecer” a la Iglesia y no “estar con” los preferidos de Jesús, con los débiles y debilitados, los pobres y empobrecidos? Puede parecer extraño, pero a veces nosotros mismo somos colaboradores y portavoces de la expresión “Jesús sí, Iglesia no”.

San Mateo usa en su evangelio la imagen de la «*barca de Pedro*» como símbolo de la Iglesia. Se sirve de la imagen del mar de Galilea y de las tempestades, de los vientos contrarios, de los miedos a naufragar, para que intuyamos el devenir de la Iglesia. Con Jesús “en” la barca no hay miedos y hay pesca abundante; sin Jesús “en” la barca, los miedos al hundimiento paralizan y aterrorizan, la pesca desaparece. La pregunta es evidente: ¿estoy “en” la barca de la Iglesia a las duras y a las maduras? ¿Me desembarco cuando amenazan los vientos y atenazan los miedos? ¿Estoy “en” la Iglesia por compromiso o responsablemente?

Lo más difícil, sin duda es estar “con” la Iglesia. Ahí nacen todas las tensiones. La figura de Simón, asociada a la barca y a la pesca, reciben en el evangelio de hoy una nueva connotación. Pedro recibe el nombre del fundamento: en adelante serás «*la piedra*»; además Pedro recibe las «*llaves*» que le confieren autoridad. Pedro con todos; Pedro con la comunidad; Pedro “en” la Iglesia y “con” la Iglesia.

Ha sido proclamado «*dichoso*», pero no por heredar un poder extraordinario ni omnímodo, sino por confesar a Jesús. ¿Nuestra “pertenencia” a la Iglesia nace de esta confesión de Jesús como Cristo? ¿Vivimos la tensión entre “pertenecer” a ella y “estar con ella”? La historia que nos cobija y nos acoge hoy es una historia de pertenencia, con tensiones y con retos; con miedos y con proyectos; pero siempre unidos a Jesús.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 7-9): *Me sedujiste, Señor.*

Salmo (62, 2-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12, 1-2): *Os exhorto, por la misericordia de Dios.*

Evangelio (Mateo 16, 21-27): *Tú piensas como los hombres, no como Dios.*

Quien entra en un museo con niños suele pasar por momentos escabrosos cuando delante de un desnudo, se ponen a hacer preguntas, en voz alta, sobre las partes de la pieza artística que les llama la atención. Sin ser conscientes, han reaccionado a la provocación del artista que, en una escena dura, ha querido expresar alguna experiencia de la vida que nos hace preguntar: ¿Qué quiere decir con esta imagen? ¿No podía haber elegido otra para significar lo mismo con menos dureza?

Es tan frecuente en el arte y la literatura este tipo de lenguaje que debemos reconocer la fuerza expresiva de las imágenes y la marca que nos dejan en el corazón, como golpes a nuestro mundo interior de pensamientos y sentimientos, como gritos proferidos desde situaciones límite que no nos conforta con ser una pieza más en la colección del museo o una pieza más de la literatura. También esto ocurre en la Biblia, la biblioteca de Dios. El espejo de la Humanidad en donde puede verse reflejada. También en la Biblia hay escenas, narraciones y palabras tan duras como la vida misma.

Jeremías, como todos los que viven muy intensa y apasionadamente la vida, sabe buscar esas imágenes. Necesita encontrarlas para contagiarnos sus entusiasmos y sus crisis, sus entregas incondicionales y sus dudas radicales como consecuencia de la vida que sus ideales le deparan o sus amores le reservan. Y hay dos amores que le han llenado la vida: Dios y su gente. Aunque encuentra que se la han llenado con todos los ingredientes que la vida tiene: Mucha alegría hasta perder la cabeza, y mucho sufrimiento hasta devolvérsela convertida en pregunta y duda radical.

Todo eso forma parte de la vida y de la existencia: los grandes sentimientos, las grandes ideas, los grandes ideales, los inmensos proyectos, las profundas convicciones, los valores merecedores de nuestra entrega, los objetivos por los que uno daría la vida..., en definitiva “vivir con sentido”. Quienes encuentran ese objetivo y ese proyecto están dispuestos a darlo todo por hacerlo realidad. Aun cuando, a veces, la duda reaparezca en forma de crisis.

En la vida hay cuestiones tan difíciles de expresar que las eludimos descaradamente porque resultan imposibles de introducir en la conversación con algunas personas. Prueben, por ejemplo, a hablar sobre la muerte con todo el mundo. Hay quienes rechazan el tema categóricamente por la reacción anímica que experimentan.

Lo que en época antigua solía ocurrir con temas denominados “tabú”, hoy es frecuente verlo extendido a otros temas. Como el que hoy nos proponen las lecturas que muchos lo verán como poco idóneo para un día que pone punto final de las vacaciones de mucha gente y otros lo considerarán muy oportuno para un inicio de temporada nueva que puede orientarnos en los valores que van a ser decisivos para el nuevo curso escolar o laboral.

Jesús se empeña en hablar del Mesías, figura más propia de la tradición judía que de nuestra historia cristiana, en que la hemos sustituido por Salvador y Redentor. Pedro, que simboliza al creyente impregnado de cultura de su tiempo y reacio a asumir modelos que signifiquen esfuerzo y austeridad, se niega a entrar en ese lenguaje. Prefiere dejar para otros el peso de la historia y reservarse el disfrute y la comodidad para él y los suyos, entre los que considera a Jesús.

Porque Mesías solía evocar la figura de un rey poderoso que tendría la misión de implantar, con poder, lo que se había denominado Reino de Dios, frente al poder de los monarcas de cualquier época. Jesús insiste en una visión poco brillante, poco atractiva, de escaso eco social y nulo reconocimiento, pero constante y tenaz. Eso requiere mucho riesgo, mucho convencimiento y compromiso. Hace falta una constante maduración y reflexión que ayude a mantener una visión tan poco aceptada y estimulante cuando las culturas inducen el apoyo al éxito inmediato.

Por eso Él insistía en la necesidad de la oración como contacto con el mundo de Dios y, sobre todo, su visión, su forma de entender la vida, su sensibilidad. Es en esa relación como se puede mantener algo que los demás rechazan. Sin embargo, Jesús insistirá, una y otra vez, en su negativa. El camino de los poderosos no conduce a ninguna parte, solo a dejar las cosas como están. El camino de los débiles y pobres es el que involucra a todos en procesos de humanización. Este no enfrenta sino que une. No divide sino que incluye. Es lento, pero efectivo. Real, no fantasioso. Pacífico, no violento. Es el camino que Dios ha elegido para sus hijos.

«LA UNIÓN ES NUESTRA FUERZA»

727/10 septiembre 2017

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33, 7-9): *Te he puesto de atalaya.*

Salmo (94, 1-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 8-10): *Amará a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 15-20): *Allí estoy yo en medio de ellos.*

«La unión hace la fuerza». Este es un dicho muy extendido entre la gente y que choca con la tendencia de la sociedad actual, una sociedad tendente al individualismo, a despreocuparnos de los demás y donde se busca trepar pasando por encima de quien haga falta sin importarnos el precio.

Vemos que hay una serie de “personajes” que están medrando a través de la corrupción sin importarles lo más mínimo la gente que dejan atrás con sus pobreza y sus miserias. Vemos cómo día tras día una multitud de personas vienen huyendo de la miseria y de la muerte buscando una existencia mínimamente digna para ellos y para sus familias y jugándose la vida para alcanzar lo que ellos consideran el “paraíso europeo”, y lo único que nos preocupa son nuestras propias seguridades y miramos para otro lado ante las tragedias ajenas.

Por eso, la Iglesia nos llama a recordar que no somos individuos aislados, que, como Iglesia, debemos preocuparnos los unos de los otros, porque somos pueblo y como Pueblo de Dios tenemos que hacer presente en el mundo la unión íntima de las tres Personas divinas. Por tanto, quien se considere discípulo de Cristo no puede permanecer en el individualismo ni ser indiferentes ante el sufrimiento y los problemas de los hermanos.

El evangelio de este domingo, una vez más nos recuerda, que somos responsables los unos de los otros, que no nos puede dejar indiferentes la suerte de los demás y que nuestras asambleas de cualquier tipo son reuniones **«en nombre del Señor»**. Nos recuerda que solo cuando nos ponemos de acuerdo es cuando Él está en medio de nosotros. Por eso la frase con que iniciaba esta reflexión: **“la unión hace la fuerza”**, porque solo viviremos la fuerza del Espíritu cuando, de verdad, **«en nombre del Señor»**, estemos unidos y seamos responsables los unos de los otros.

Esta corresponsabilidad tiene que hacer que no se nos olvide que somos una comunidad, una Iglesia **«reunida en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»**, o sea que formamos una comunidad de amor abierta a los demás, así reproducimos la imagen de la Trinidad en esta tierra; y, estando abiertos los unos a los otros, tendremos que admitir la verdad de esas actitudes que el hermano me hace ver en su corrección, aunque esta verdad sea dolorosa, y, por otra parte, me hará corregir al hermano, *“a solas”* y sin prepotencias ni afanes de superioridad sino desde el amor que obliga a sentirme responsable de mi hermano.

Por eso, acudir a la corrección fraterna tiene sentido si lo hacemos desde una comunión de amor entre todos los hombres que tiene su fundamento en la comunión de los hombres con Cristo. De esta forma, así, incluso para hacer oración tendremos que ponernos de acuerdo; y cuando esa oración está precedida por el acuerdo entre los hermanos, Dios escucha nuestra oración.

También implica esto el ponernos de acuerdo para reunirnos en el nombre de Cristo Jesús, para que, hagamos lo que hagamos, lo hagamos en nombre de Jesús; entonces Jesús estará presente en medio de nosotros. Tendremos, por tanto, este encuentro con Jesús cuando seamos capaces de olvidarnos de nosotros mismos y centrar nuestras actividades, obras y palabras no para nuestra gloria, sino en el nombre de Cristo Jesús.

Y una comunidad que se pone de acuerdo para orar, una comunidad que se reúne en el nombre de Cristo Jesús es una comunidad marcada por el amor, porque el amor es el núcleo de la existencia cristiana. Ir al encuentro de Cristo Jesús es ir al encuentro de la manifestación del amor de Dios; y si podemos ir es porque Él nos amó primero y, habiendo experimentado el amor de Dios, es como podemos amarnos los unos a los otros. Amándonos, conoceremos a Dios porque **«Dios es amor»**.

Por ello pidamos al Señor que seamos capaces de amarnos **«de verdad y con obras y no solo de palabra y con la boca»**, porque así, en el amor auténtico habremos cumplido la Ley entera, porque, como nos recuerda san Pablo. **«El amor es la plenitud de la Ley»**.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 30-28, 7): *Perdona la ofensa a tu prójimo.*

Salmo (102, 1-2.3-4.9-10.11-12): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (Romanos 14, 7-9): *Ninguno vive para sí mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 21-35): *Hasta setenta veces siete.*

“Quien no deja a un lado la referencia de la justicia no puede entender el perdón”.

La justicia se refiere al perdón como lógica consecuencia de haber pagado el equivalente a la consideración de la ofensa o perjuicio. También se refiere a él como suspensión de los trámites judiciales o como no aplicación de la pena correspondiente. Para ello se utiliza la palabra “amnistía”, que significa amnesia y por lo tanto, un esfuerzo para olvidar o una situación de privilegio que conlleva impunidad.

El ámbito de la justicia está lleno de privilegios, de engaños y de fraudes de ley. El paño que le colocan en los ojos a la señora que representa la justicia, está lleno de agujeros y por ellos mira la posición social, el status político o el nivel de presión que tienen los del banquillo.

Pero la vida diaria está llena de experiencias en que no valen ninguna de estas referencias previas porque cada uno de nosotros se ve, tantas veces, revisando su propia realidad personal y sintiéndose necesitado de una experiencia sincera de perdón, no de un acto en que se representa socialmente el perdón.

El perdón al que se refiere Jesús más que buscar justicia busca comprensión. Todos necesitamos que alguien, con toda sinceridad, conozca nuestro mundo interior, con sus debilidades y limitaciones, defectos y perversiones, y siga diciéndonos “te quiero”. Porque la justicia empuja a la justificación como mecanismo de defensa. El amor, en cambio, empuja a la sinceridad y a la aceptación de la persona amada con todo su mundo real. Y, en nosotros, es mucho más fuerte la necesidad de amor que de justicia.

En el fondo, necesitamos vivir esa relación abierta, no romántica, sí difícil, ardua, de sentirnos aceptados por alguien; solo esa experiencia hará posible la propia aceptación. Y ese es el empeño de Jesús con nosotros: Transmitirnos la seguridad de que cuando “ni dios nos quiere”, «Dios nos quiere». Así es su perdón.

¿Qué es el ser humano? Un ser roto, destrozado, impresentable, ridículo y perverso. Así nos los describe, la pléyade de artistas que, sin esperanza, buscan formas de representación de lo que ven dentro de nuestra apariencia. Un ser que no hay por dónde cogerlo y que se muestra, en la historia, tan monstruoso como en los museos, tan repelente como en los diarios, tan despreciable como en las campañas políticas, tan pobre como en las catástrofes naturales y tan incapaz como ante los grandes problemas de la Humanidad.

Por eso, al ser humano solo le queda, esperar con esperanza, como el obrero de la última hora en la plaza de la parábola; sentir nostalgia de su casa, como el hijo pródigo; confiar en que la capacidad de perdón por parte de Dios, que es aceptación de las personas, esté muy por encima de nuestro mejor sentido de justicia. ¿Cómo insistir en atribuir a Dios un sentido de justicia después de escuchar estas parábolas?

*En el evangelio de hoy, Mateo, persona implicada en los debates sobre justicia y misericordia, lo expresa bien al poner en boca de Pedro toda la capacidad de perdón de la que podemos hacer gala los seres humanos en un alarde de generosidad: Hasta siete veces. Pero Jesús, con su fina ironía y recogiendo una variante de la expresión de Pedro, refleja muy bien el sentido de perdón por parte de Dios. «Siempre. **Hasta setenta veces siete**». Y siempre es siempre, en tiempo y en materia, en condiciones y en contenidos. Sobre todo en personas. ¿Incluso con esos que no entran en mis esquemas? Incluso.*

El perdón por parte de Dios, es aceptar a todos en sus condiciones y realidad. Como hacen los padres humanos, pero elevado a enésima potencia, es lo que hace Dios. A su medida, a su nivel, como su corazón. Los cristianos, tan ordenados y justos, solemos aminorar la radicalidad de las expresiones de Jesús.

Con eso estropeamos de raíz la fuerza de su mensaje y la significación existencial de sus palabras. No debemos subordinar sus palabras a nuestra mentalidad. Dios quiere y acepta, eso es el perdón, incluso a los que nadie, ni dios, quiere.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 6-9): **Mis planes no son vuestros planes.**

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): **«Cerca está el Señor de los que lo invocan»**

2ª lectura (Filipenses 1, 20c-24.27a): **Estad con Cristo es lo mejor.**

Evangelio (Mateo 20, 1-16): **Id también vosotros a mi viña.**

Una de las cosas que el papa Francisco ha conseguido desde el primer instante de su pontificado es descolocar a muchos sacándonos de nuestros esquemas y seguridades. Porque claro, instalados en nuestras leyes, en nuestras apariencias, en nuestro cristianismo fácil sin excesivo compromiso y que venga un Papa a decirnos cosas como: «La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas ocasiones, sin demoras, sin ascos y sin miedo».

La acción evangelizadora no puede limitarse a nuestros templos, nuestro grupo y nuestras comunidades; tenemos que salir a buscar obreros para la viña del Señor aunque sea a última hora. El problema radica en que pensamos que somos trabajadores de la primera hora, de los que han estado toda la jornada, nos creemos llenos de derechos ante Dios y le pretendemos exigir que no puede darnos una retribución igual que a todos.

Con esto no nos damos cuenta de que todos somos iguales ante Dios, que Dios no hace distinciones y, si realmente somos trabajadores de la primera hora, deberíamos dar gracias de haber trabajado siempre en la viña del Señor y alegrarnos de que también los últimos han sido llamados y retribuidos igual que los primeros porque la Gracia y la misericordia de Dios no se puede cuantificar, son infinitas.

Y este es el problema que algunos de los que se consideran trabajadores de la primera hora; no terminan de aceptar que somos iguales ante Dios y que su misericordia llega por igual a todos los hombres y se escandalizan cuando el papa Francisco dice algo como esto: «Si alguien es gay, ¿quién soy yo para criticarlo?, se escandalizan como se escandalizaban los fariseos y sacerdotes del Templo cuando aquel Rabí de Galilea se rodeaba de prostitutas y pecadores. Porque no olvidemos que el Maestro dijo: «Misericordia quiero y no sacrificios».

El problema es que muchas veces buscamos a Dios en el lugar equivocado porque queremos encerrarlo en nuestras claves humanas y, a menudo, egoístas. Por eso el profeta nos advierte: **«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»** y así, al querer hacer entrar a Dios en nuestros planes y en nuestros caminos, nosotros mismos estamos abocados al fracaso. Tenemos que dejar a Dios ser Dios y, por ello, nos presenta Jesús en la parábola del evangelio cuál es el actuar de Dios.

Jesús nos muestra en esta parábola cómo el actuar de Dios descoloca nuestros criterios humanos. Vemos ese propietario de una viña que comienza a llamar operarios desde la primera hora del día y sigue llamando a diferentes horas, incluso a última hora. Pero tenemos que leer esta parábola no como una descripción de la realidad sino en el contexto del seguimiento de Jesús y de la realidad del Reino de Dios.

Así vemos como el dueño de la viña sale a primera hora a buscar obreros para la viña y acuerda con ellos un salario de un denario al día. Un denario es lo que necesitaba una familia para vivir en un día. A continuación vemos cómo este propietario sigue llamando obreros a diferentes horas, y aquí no se habla de salario, solo dice **«os daré lo que sea justo»**. Llama también a última hora del día. Si lo vemos con criterios humanos, los que han estado esperando todo el día y nadie los ha contratado, no son los más fuertes ni los más aptos para el trabajo, sin embargo también estos son llamados y enviados a la viña.

Llega la hora de pagar los jornales y el dueño ordena al administrador que empiece por los últimos y termine con los primeros. A los del atardecer, a los de mediodía y a los de media mañana les da un denario **«el salario necesario para vivir»**; aquel dueño de la viña quiere que todos puedan vivir, eso es, para él, **«lo que es justo»**, pero los que están desde la primera hora se forjan falsas esperanzas de que ellos recibirán más porque consideran que tienen más méritos, han trabajado **“más”** y se creen con derecho a exigir al dueño de la viña.

Esto es lo que sucede cuando aplicamos nuestros criterios puramente humanos; por eso decía Isaías en la primera lectura: **«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»**. La justicia de Dios está fundamentada en la misericordia.

En esta parábola Jesús tiene presente a los fariseos, que se escandalizaban de que fuera con pecadores y hablase del perdón de los pecados. Pero también hoy, los que nos consideramos discípulos de Cristo tenemos que aprender de esta parábola que la misericordia de Dios es igual para todos los hombres y no adoptemos la actitud de estos trabajadores de la primera hora, pues los pobres méritos que podamos esgrimir ante Dios son obra de su Gracia, no de nuestras obras.

El discípulo tiene que ser testigo de la justicia y la misericordia de Dios que hace salir su sol para buenos y malos.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18, 25-28): *¿Es injusto mi proceder?*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 2, 1-11): *Dejaos guiar por la humildad.*

Evangelio (Mateo 21 28-32): *Ve hoy a trabajar en la viña.*

El espejismo económico previo a la crisis económico-financiera que hemos padecido, nos hizo olvidar la responsabilidad colectiva en la construcción social así como la vigilancia de aquellos que tienen responsabilidad sobre el destino de todos. Todo se tiñó de gris e incertidumbre: cayeron gobiernos, desaparecieron millones de puestos de trabajo y se esfumaron un sinfín de proyectos e ilusiones.

Durante ese tiempo encontramos razones para la preocupación, para la decepción, para el miedo, y hasta para el enfado, que nos llevó hasta a perder nuestras más íntimas convicciones. Luego, ante las prácticas injustas, inmorales e ilegales en muchos ámbitos de la vida, nos revelamos al comprender que el problema era de todos, y la solución también dependía de todos. No podíamos desentendernos y mirar hacia otro lado. Todos éramos responsables de salir adelante en esos momentos difíciles.

Regenerar un espacio social donde la voz y la vida de cada persona sea insustituible, afrontar los desafíos de cada tiempo, trabajando por la sostenibilidad social y devolver la ilusión a quien la ha perdido. Son motivos para el trabajo de todos para recuperar la alegría en nuestra vida y el color en nuestra sociedad.

La sociedad también se construye desde lo pequeño, desde lo próximo y cercano. La actuación de cada persona, los proyectos de cada familia, las preocupaciones de entidades vecinales y sociales... son un buen termómetro de la calidad democrática de una sociedad. No hace falta ser presidente de un gobierno, director general de una empresa o dirigente de una organización sindical para ser una pieza insustituible de la sociedad.

Es necesario reconocer en el prójimo a alguien importante, es esencial tomar conciencia de que los problemas de todos, afectan, especialmente, a los más débiles; es preciso aprender a dialogar, a tomar decisiones juntos, a habilitar cauces de participación en todos los ámbitos, pequeños y grandes. Solo de este modo habremos aprendido la lección. Todos somos necesarios para todos. Todos somos imprescindibles para todos.

Poco caso hicieron los dos hijos al padre. El uno negó su autoridad, el otro respondió a la ligera. Ahora bien, cumplió el que inicialmente dio la respuesta negativa. Ese hizo la voluntad del padre: ir a trabajar a su viña. El segundo pudo quedar bien... pero no cumplió.

Cuando Jesús nos propone esta parábola nos hace pensar sobre la acogida de su Palabra. Él no piensa en los convencionalismos sino en la aceptación real. Cuestiona la hipocresía de quien responde a la ligera y destaca la actitud de aquellos que cumplen su voluntad, aunque sea con limitaciones, con errores e imperfecciones.

No cayeron bien sus palabras; poner como modelo a los pecadores en la aceptación de la voluntad de Dios no era lo que muchos querían escuchar. Una vez más Jesús se salta la cortesía para presentar con claridad las enseñanzas de Dios. Todos lo entendieron, nosotros también. No se trata de quedar bien sino de acoger, con sincero corazón, la palabra y la vida del Señor.

Todos estamos vinculados a Dios. Él es padre de todos y quiere el bien para sus hijos. Él nos muestra su voluntad: que seamos trabajadores de su viña, que sigamos cultivando su proyecto, que nos esforcemos en desarrollar un mundo como Él lo ha soñado y unas relaciones en amor y justicia como Él las ha planificado.

Dios nos invita a ser corresponsables, a vivir con un corazón unido, con un mismo amor y un mismo sentir. Haciendo de la humildad un estandarte y del servicio un estilo de vida. La referencia fundamental es Jesús de Nazaret que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos. Nosotros queremos seguir su ejemplo. Jesús fue el mayor trabajador de la viña del Padre, hasta el extremo, hasta las últimas consecuencias, hasta dar la vida. No tuvo reparos en hacer la voluntad del Padre. Su vida es un modelo de identificación, de entrega y amor.

La acogida de la voluntad del Padre se apoya en el encuentro de fe, que nos hace tener “los sentimientos de una vida en Jesús”. Nosotros hemos encontrado al Señor, hemos descubierto su Evangelio y queremos cumplir su voluntad.

La viña de Dios está esperando a trabajadores que la cultiven. Es necesario promover la solidaridad ante quienes están solos y desamparados. Es necesario apostar por la promoción de quienes están tirados al borde del camino. Es necesario trabajar el perdón entre aquellos que se han distanciado. Es necesario sembrar la esperanza en quienes la han perdido.

Hoy también nos dice Dios a cada uno de nosotros: Ve a trabajar a mi viña. La respuesta es de cada uno. Una respuesta de palabra y de obra, auténtica, generosa, integral. Que el Señor nos de su fuerza para responderle con nuestra vida.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5, 1-7): *¿Qué más cabía hacer por mi viña?*

Salmo (79, 9 y 12.13-14.15-16.19-20): *«La viña del Señor es la casa de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4, 6-9): *Lo que aprendisteis y visteis, ponedlo en obra.*

Evangelio (Mateo 21 33-43): *Construyó un mundo y nos lo dio para disfrutarlo.*

La humanidad debería ser: una familia de hermanos, como dice el artículo 1 de los Derechos Humanos. Y el mundo es nuestro hogar, la casa común que compartimos con los demás seres vivos.

La ecología se preocupa de esta casa común, de su buen uso y de los cuidados que necesita para que se mantenga en condiciones óptimas para todos. Pero desgraciadamente no le prestamos demasiada atención: la contaminación, la acumulación de basuras en el fondo de los océanos, la explotación insostenible de energías no renovables (gas y petróleo, sobre todo), el calentamiento de la tierra y un largo etcétera, son los principales males que afectan a nuestro planeta.

La economía, por su parte, se preocupa de la explotación de los recursos que ofrece la naturaleza para satisfacer las necesidades de todos y cada uno. Tampoco en este caso hemos acertado con un sistema de funcionamiento que garantice los derechos de todos: una casa, un trabajo, unos dignos medios de vida, alimentación, educación... Se ha optado por un sistema que favorece al capital (una minoría que acapara los recursos), en detrimento de la inmensa mayoría.

No importa que el planeta se destruya, con tal de que no se mermen las ganancias del capital. A pesar de las constantes denuncias de los peligros de la degradación del medio ambiente y de la naturaleza. Buenas palabras, buenos deseos, pero ninguna decisión seria. ¿Y si ya es demasiado tarde? No vale la excusa de que yo no puedo hacer nada. Puedes, podemos hacer muchísimos pocos, por ejemplo, reciclando. Y, sobre todo, tenemos que hacer mucho, no callando y encogiéndonos de hombros como si no pasara nada.

La parábola de este domingo, pone el énfasis en la pretensión de los viñadores que, no contentos con su trabajo y salario, quieren hacerse también con la viña, sin ahorrar en medios, incluso matando al propietario. De este modo Jesús denunciaba la actuación de los dirigentes de Israel y anunciaba su muerte. Pero, como siempre, la parábola va mucho más allá y pone en la picota a todos los que instrumentalizan el poder para su beneficio en contra de los otros, sean los creyentes de las religiones o los ciudadanos de los pueblos. Son demasiado los casos de corrupción en la política y no pocas las veces que la jerarquía y los que nos llamamos “cristianos”, erigiéndonos en fiscales de la fe, cerramos las puertas de Iglesia a los “pecadores”. Ya nos lo advirtió el Papa: “*hay que adorar a Dios, no tratar de controlarlo*”.

Algo semejante ocurre a nivel planetario, no conforme con aprovechar y disfrutar de la creación que el Señor nos ha regalado para que seamos felices, hemos prescindido del plan de Dios y pretendemos utilizar la creación al servicio, no de “*todos*” los seres humanos, como Dios manda, sino del capital, es decir, de unos pocos que lo acaparan y tratan de rentabilizar sin miramientos, explotando sus recursos tanto materiales (la naturaleza), como humanos (los trabajadores).

De esta suerte estamos poniendo el mundo al servicio de unos pocos que lo controlan, negando o dificultando la posibilidad de supervivencia a multitudes inmensas, y rebajando las legítimas aspiraciones de la inmensa mayoría de seres a los que les negamos su derecho a una vida digna y nos cargamos el planeta.

El afán de beneficios y la acumulación de capital cada vez mayor, hacen que se menosprecien las consecuencias de una explotación abusiva e insostenible, que no tiene en cuenta las necesidades de los países emergentes y pone en riesgo a las nuevas generaciones e incluso el futuro del planeta. Lo que demuestra que no solo está en peligro el planeta, sino nuestra propia civilización, incapaz de reaccionar ante el peligro.

La parábola termina con una llamada a la responsabilidad. **«¿Qué hará el amo cuando vuelva?» -¿Qué podemos hacer para que no suceda lo peor?-** No podemos quedarnos cruzados de brazos, a verlas venir. Lo más fácil es dejar que todo siga igual, que los unos busquen incrementar su negocio y seguir explotando y esquilmando el planeta y que los demás callen y vayan a lo suyo. Todos tenemos la palabra y la iniciativa.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25, 6-10a): *Un festín de manjares suculentos.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5.6): *«Habitaré en la casa del Señor, por años sin término»*

2ª lectura (Filipenses 4, 12-14.19-20): *Proveerá a todas nuestras necesidades.*

Evangelio (Mateo 22 1-14): *¿Cómo no entrar con vestido de fiesta?*

La fe ni se compra ni se vende. La fe se acoge cuando otro la propone. La fe entra por el oído, porque otro la proclama. La fe es personal, porque se escucha. Nadie ha llegado a la fe por sí mismo, recorriendo sin ayuda, sin diálogo, sin consejo el camino que conduce a Dios.

Podemos comparar la fe con un edificio. La fe tiene una estructura en sí misma abierta y firme a la vez. Abierta, porque se escucha lo que se anuncia y se comparte lo que se cree. Firme, porque una fe sin “fundamentos” o con “cimientos móviles” se derrumba. ¿Os imagináis una fe enraizada en “arenas movedizas”, o una fe que un día sí y otro también cambiara sus principios, sus certezas, sus esperanzas?

La fe necesita “pilares” donde sostenerse, que le den firmeza, constancia, seguridad, apoyo. Los pilares no son sinónimo de “inmovilismo”, sino garantía de “firmeza”. Los pilares tampoco son sinónimo de “rigidez”, sino constancia de que el edificio se asienta sobre una base sólida. Los pilares se asientan en los cimientos y aseguran el futuro.

Podemos comparar la fe igualmente con una planta. Si una planta está fresca, bien regada, en buena tierra, con aire y sol está viva y hermosa. Si una planta se seca por falta de agua o de tierra, por falta de aire o de luz, se marchita y muere. Una planta viva no es rígida, sino flexible. Ahora bien, no por ser flexible es frágil, está mal asentada, o desarraigada, tiene movimiento porque tiene vida.

Estas dos comparaciones nos abren la puerta a dos caminos de la fe. El primero, el de la firmeza y estabilidad, imprescindibles en la construcción de un proyecto de forma duradera y segura. El segundo, el de la vida y la frescura, a la vez que al movimiento y la versatilidad. Podemos añadir, además, la belleza. La fe es firme, es viva y es bella.

María, nos lleva visual y emotivamente a los pilares en los que descansa nuestra fe. La imagen de María nos conduce a la vida que rejuvenece año tras año, día tras día, con vitalidad y flexibilidad. Podemos poner nombre a los “pilares” de nuestra fe, que, por María, nos lleva a Jesús y nos cimentan en Él: el “pilar de la estabilidad”, necesario en la vida de todo creyente. El “pilar de la vitalidad”, irremediable para tener futuro. El “pilar de la belleza”, imprescindible para hacer atrayente y creíble la fe. Dicho lo mismo al revés: la fealdad produce rechazo; lo mortecino nos asusta; la inestabilidad hace que huyamos. La belleza forma parte de la fe de hombres que celebran una gran fiesta.

La fe no es evidente; para algunos es un problema; otros la viven sin tensión; otros, por fin, con la alegría de quien ha encontrado un tesoro. La tradición profética recuerda que **«Dios preparará en un futuro un gran banquete»**. Los dirigentes religiosos del judaísmo que no viven con alegría su fe en Dios, impiden que otros descubran al Dios de la vida. Jesús les dice que **«ese banquete ya ha llegado, disfrutarlo»**.

Sin embargo, unos no entienden nada (leen la vida con claves de interés, de beneficio, de resentimiento); otros están bloqueados por los miedos (falsos y esclavizadores escrúpulos). No se puede vivir la fe como una tragedia que aplasta o ensombrece la vida o como una invitación que se sobrelleva como se puede. Si la fe no es fiesta, no es alegría profunda, no es una suerte el creer.

Es sorprendente el final del evangelio: **«¡Hay que llevar vestido de boda!»**. A primera vista, parece una tropelía del que invita. Mateo escribe para una comunidad de judíos que se convierten al cristianismo; ellos interpretan la Ley como un conjunto de normas mínimas que hay que cumplir.

Jesús da un giro: lo importante no es cumplir “*listas interminables*” de normas, sino amar a Dios sobre todas las cosas (como dice la Ley) y amar al prójimo. No son dos cosas distintas, sino una sola: la “*invitación de la fe*” pide vestido de fiesta, “*vestido de amor*”. **¿Cómo “vestimos” la fe que profesamos?, ¿cómo preparamos nuestras manos y pies para manifestar y hacer veraz la fe que profesamos con labios y con corazón?**

Pablo nos habla del consuelo que proporciona la fe. La fe es sólida, es firme, mira al futuro, adelanta la esperanza; pero todo ello sin rigidez, sin inmovilidad, sin bloqueos. La fe se hace creíble y verdadera en su frescura, su vitalidad y su flexibilidad. Los “*pilares*” de la fe van en consonancia con los pilares de la caridad y de la esperanza. Los tres sostienen la vida del creyente.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45, 1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo (95, 1 y 3.4-5.7-8.9-10a y c): *«Aclamad la gloria y el poder del Señor»*

2ª lectura (Tesalonicenses 1, 1-5b): *Siempre damos gracias a Dios.*

Evangelio (Mateo 22 15-21): *¿Es lícito pagar impuestos?*

Cuando las crisis de la vida penetran en nuestra existencia promoviendo inquietud y desvelos, el creyente se dirige a Dios rezando con objetivos claros de solución, de aceptación, y todos de súplica para que Dios intervenga y acelere el final de una pesadilla. El resultado puede ser muy diverso, porque las crisis pueden prolongarse, como si Dios no hiciera caso; pueden resolverse, mal o bien, y, entonces, surge la cuestión ¿se ha notado la intervención de Dios o todo ha sido una acumulación de causas naturales que han conducido a este punto?

Los creyentes siempre nos quedamos con la duda, hecha interrogación, sobre Dios y su relación con el mundo, la vida y la historia. ¿Estará Dios realmente interesado y preocupado por los seres humanos, habitantes de este diminuto rincón en una pequeña galaxia de un ingente cosmos? ¿No será todo fruto de un conjunto caótico de fuerzas y movimientos en cuyo seno estamos atrapados? ¿La historia es producto de actuaciones humanas realizadas entre todos o son las fuerzas de la política, la economía y la violencia las que imponen su voluntad de poder a todo el mundo?

Por encima de todas las inmensas fuerzas que funcionan erigiéndose en centros de poder que parecen atrapar todo para sí; sobre los grandes señores, que parecen dirigir los hilos de la historia; más allá de los grandes ejércitos cuyo poder destructor es terrible, está la fuerza bondadosa del único Dios y Señor de la Historia, del tiempo y de la vida.

Es cierto que otros parecen tener fuerza y poder efectivos, pero los golpes de timón que la historia vive en determinados momentos, grandes y cotidianos, si los observamos con los ojos de un creyente atento a la vida, veremos que están pensados para hacer el bien a quien está necesitado, para indicar hacia dónde dirigir la vista y el corazón, porque Dios está queriendo despertar actores de la historia que trabajen en su dirección, el bien de todos, sin distinciones de ningún tipo.

Eso provocará la duda en quien espera probar que Dios no existe porque no hace las cosas claras y, también, en quien piensa que Dios solo actúa para echar una mano a los buenos y los de siempre.

Si hay profesiones antiguas en la vida, las que se ocupan de coordinar la convivencia y la relación con el más allá no van a la zaga de otras a las que se le asignan la más larga longevidad. Y ninguna de ellas desaparece; en sus crisis periódicas renacen como ave fénix que alardea de un futuro muy vivo. La figura de quien trata de organizar las funciones, tareas y servicios necesarios para la comunidad está presente desde antiguo. La presencia del chamán, que simboliza la presencia de lo inexpresable e invisible, también se atestigua en los ritos primitivos. Las dos significan dimensiones de la vida humana que han encontrado expresión y función desde la primera aurora en que el ser humano hizo su aparición.

No siempre han hecho buenas migas y no siempre han ido cogidas de la mano. Las tensiones entre ellas han sido frecuentes, las discrepancias continuas y las descalificaciones numerosas. Tanto, como los intentos de una y otra por subordinar y someter a la otra. Todavía hoy mucha gente no ve con claridad la diferencia y los límites de separación entre ambas, porque hay veces en que las religiones quieren organizar la convivencia a su manera y son un desastre. En ocasiones son los políticos quienes quieren acotar el ámbito religioso y provocan reacciones airadas de quienes se sienten sometidos y recortados en sus libertades. Parecen, pues, dos parcelas muy celosas que no quieren intromisiones de extraños pero vigilan los pasos que ambos dan.

La Iglesia, que lleva dos mil años de relación con todo tipo de políticas, nos ha condensado su reflexión en una serie de documentos muy importantes que, juntos, forman la Doctrina Social de la Iglesia y nos va indicando la idea que puede aclararnos cómo pensar y actuar en todos los temas de tipo social desde unos criterios fundamentales que orientan y no impiden la libertad de cada uno para decidir qué política quiere asumir.

Poner a todo ser humano, sea de la forma, raza o edad que sea, por encima de cualquier cosa. Somos lo más valioso que existe en el mundo, y la política debe organizarlo todo para que sirva a las personas en su construcción como proyecto humano y personal. Nuestra dignidad está por encima de todo. A la vez, somos muy humanos, frágiles, débiles, necesitados de mucha ayuda y siempre de los demás. Por eso la solidaridad es un valor positivo a construir, porque el mal y la destrucción también es solidaria, arrastra a todos. Nos ayudamos o nos destruimos.

Cuando hay incompatibilidad entre mi interés personal y el bien de los demás, debo sacrificar mi interés, mi propiedad, mi bien, al de los otros. Es la actitud de servicio la que debe prevalecer sobre los negocios, sin olvidar que los pobres son una obsesión a quienes debemos recordar siempre para mejorar su condición.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22, 21-27): **Yo soy compasivo.**

Salmo (17, 2-3a 3bc-4.47y51ab): **«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza»**

2ª lectura (Tesalonicenses 1, 5c-10): **Vivir aguardando su vuelta.**

Evangelio (Mateo 22 34-40): **Amarás al Señor tu Dios.**

La palabra “competencia”, se ha utilizado siempre al enfrentamiento en un terreno de juego donde se compite, donde hay al menos dos contendientes o equipos que luchan por salirse con la suya, por ganar la partida, por vencer en definitiva.

Este sentido de competencia pasó del juego y el deporte a la esfera de la economía y hoy, al oír la palabra, inmediatamente se piensa en las leyes del mercado, en el capitalismo y sus empresas. Después se hizo corriente en el ámbito educativo, con el sentido de rivalidad entre estudiantes por conseguir mejores notas. También se habla de “competencias” para referirse a las habilidades y capacidades que un alumno tiene que desarrollar para alcanzar los objetivos y aprobar una asignatura.

Sin embargo, ambos usos están muy relacionados en la sociedad, donde economía y educación convergen. De hecho, desde pequeños, en la escuela, y hasta que nos jubilamos, cuando se supone que uno puede vivir con su pensión y sin tantas preocupaciones por el dinero, vivimos en un mundo de competencias, un mundo competitivo.

Hay que tener competencias, es decir, saber cosas y saber hacer otras. Mejor educado está el niño que más cosas sabe para enfrentarse con ese mundo de competiciones: hablar inglés, tocar el piano, solucionar problemas prácticos, usar el ordenador y la tablet..., porque esas y muchas otras cosas se las puede exigir en el futuro, y tiene que estar preparado para que otros no le quiten el puesto, o para que él pueda “ganar” en lo suyo.

Para competir, en el sentido económico, es necesario tener muchas competencias y ser cada vez mejor en ellas. En el bachillerato, en la universidad, en las primeras prácticas profesionales, en los contratos precarios o indefinidos, en las listas de empleo o en la de los cursos del paro, hay que competir, y solo gana quien lo sabe hacer mejor y más rápido, lo cual quiere decir: “vivir siempre más competente y competitivamente”.

Al pensar en una sociedad de “competencias” y en “competencia”, recuerdo una frase que vi en un cartelón de la fachada de un colegio: “Saber más para ser mejor”, porque, aunque quiera expresar algo positivo, recoge, a la vez, una de nuestras grandes ambigüedades. Queremos ser mejores que otros, y cada vez mejores que nosotros mismos; para ello creemos que es necesario saber más y estar más cerca de la verdad. El objetivo no es conquistar lo cierto sino ser mejores y más competentes haciéndolo.

Esta misma ambigüedad preside la actitud que los fariseos adoptan en el evangelio, reforzada, además, por la rivalidad y competencia que tenían con los saduceos, a los que Jesús **«había hecho callar»**. Jesús podría ser de los suyos, y de Él buscan la verdad sobre lo más importante, lo que nos cuestiona a todos los creyentes: **¿Qué quiere Dios de mí?** Y, sin embargo, **«poniendo a prueba»** a Jesús, les inunda ese deseo de saberlo para ser mejores, para dotarse de la última razón: no la de Dios sino la suya propia, colocándose así en el puesto predominante sobre los demás y sobre sí mismos.

Jesús les dice, y nos dice, algo que los fariseos muy bien sabían, porque lo repetían varias veces al día, lo llevaban atado a sus muñecas y pendía en pergamino de los dinteles de sus puertas: que lo principal es amar a Dios con todo lo que uno siente, sabe y es. Volcarse hacia Dios como Dios se ha entregado a uno.

Pero este principio queda como un interrogante: **¿qué es amar a Dios, como se hace?** Su respuesta es lo que los fariseos buscan en realidad: **¿Qué hacer?** Jesús responde sencilla y profundamente: sentir, saber y ser uno mismo; amar todo esto de uno para amar con ello a Dios, significa volver a amar, a amar al prójimo: a quien esté cerca para sentir, saber y formar parte de impulso del mismo amor; un mismo amor que une.

El principio reviste la forma de un mandamiento que habría que obedecer, pero ninguna obediencia puede llegar a su altura. No hace falta normas para amar a Dios, reglas que nos hagan mejores ante Él. El principio de la Ley es la falta de una obediencia principal, porque toda ella está colmada del principio del querer: el Amor.

Y no se sabe, ni se siente, ni se es, para saber más, sentir o ser mejor, sino para continuar amando en el amor de Dios. De este querer divino y humano nacen todas las leyes, empezando por las que velan por los que saben menos, peor se sienten y están considerados de más en la sociedad (forasteros y viudas en tiempos de Jesús).

Jesús, en este encuentro, presenta la enseñanza más radical, y, en las palabras más sencillas y profundas que todo hombre, judío o pagano, podría entender, de la verdad que venía con Él de parte de Dios: si algo de la vida importa, si algo tiene sentido último y fundamental, ese algo se llama AMOR.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4.9-14): *La victoria es de nuestro Dios.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Dichosos..., dichosos..., dichosos....*

Alguien afirmó que el primer mundo, el mundo rico y poderoso, tiene buenos científicos y técnicos, pero carece de “sabios”. Este predominio de lo técnico se constata en el hecho de que un sector muy amplio de la población entiende que lo mejor que puede hacerse para los niños y jóvenes es enseñarles habilidades técnicas.

Todo lo que hace referencia a las humanidades, al humanismo ético y religioso ha sido relegado al olvido casi total, sin interés. No cabe duda de que los conocimientos y habilidades en los trabajos técnicos son necesarios en nuestra sociedad y se han de transmitir en la educación, pero no son suficientes. Pues, un individuo que solo domine las habilidades técnicas y carece de humanidad suficiente como para apreciar lo artístico, lo bello, lo gratuito; para reflexionar sobre su vida personal y social, se convierte en un hombre “máquina”, “alienado”, incapaz de diseñar proyectos de esperanza, de futuro humano y de gozar de lo maravilloso que nos ofrece la vida.

Es preciso dar un salto cualitativo de tipo antropológico: “pasar del hombre máquina, fabricante, al hombre sabio”, que sabe y gusta vivir, anima a vivir y ofrece pistas hacia una vida, vivida con sentido y humanamente digna, que armonice e integre el conocimiento científico y la sabiduría:

«Si para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exigen, más todavía, pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo que permita al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor y de la contemplación» (Pablo VI).

Para un desarrollo auténtico, la sabiduría espiritual ha de ser la que guíe al conocimiento científico. La finalidad de la técnica ha de estar al servicio del hombre. La técnica ha de progresar y desarrollarse dentro de un marco social, cultural y ético que le sirva de conciencia. Su abuso acapararía el protagonismo, olvidando que quien ha de mandar es el hombre y no a la inversa. La ciencia debe asumir que está al servicio de todo el género humano; no ocupar su lugar.

Un químico, filósofo y un campesino, iban de viaje en el mismo departamento. A los tres se les dio una naranja. El químico hizo un buen estudio de ella, lo mismo el filósofo, sin embargo el campesino, la peló y se la comió. El químico y el filósofo sabían muchas cosas de la naranja, en cambio al campesino, “*le supo y alimentó*”. Aquí radica la gracia de la fe cristiana, no tanto en saber muchas cosas de Dios, sin excluirlo, sino en que le “sepan” las cosas de Dios.

Así, cuando Jesús habla de las bienaventuranzas, no expone ninguna doctrina, ni método, ni estrategia; no habla desde los libros, está hablando, en primer lugar, desde la experiencia de dicha y gozo. El camino de las bienaventuranzas no se recorre por vía de racionamiento; el querer racionalizarlas y demostrar que es razonable es un intento inútil, lo mismo que pretender explicar la cruz. El camino de las bienaventuranzas es por seducción, por la contemplación y admiración. El camino de las bienaventuranzas solo lo pisan los pies de aquellos que han sido seducidos por el crucificado.

Es hora de devolver el misticismo a la calle, a la vida ordinaria y cotidiana; a la fábrica, al taller, al hogar... La experiencia mística no implica algún tipo de fenómeno extraordinario; la experiencia de Dios es sencillamente una experiencia humana con interpretación religiosa. Para que la experiencia humana se convierta en experiencia de Dios se precisa una clave que interprete lo que está sucediendo. Y es la Palabra de Dios la que descubre el significado profundo, que se esconde en las entrañas de la vida.

Así, en la oración meditativa y contemplativa el creyente, al confrontar su vida con la Palabra de Dios, va aprendiendo a interpretar desde la fe lo que está viviendo y, de esta forma, descubre que Dios actúa desde dentro. Y de la unión entre experiencia y Palabra de Dios brota la voz profética.

Es preciso dejar que la vida entre en la oración y la oración en la vida. Toda la vida real, concreta, con sus fallos, sus frustraciones; las sombras que no queremos ver han de entrar en la oración y estar presentes a la luz de Dios, revelado en Jesús, que viene a salvar a los enfermos. De este modo, toda la vida es iluminada por la luz de Dios y transformada por su amor.

La celebración de Todos los Santos es una celebración para dar gracias y alabar a Dios por su acción liberadora y transformadora, que ha realizado y realiza en la historia de la humanidad, y, a la vez, nos recuerda que “**TODOS**”, estamos llamados a ser santos.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 1, 14b-2, 2b.8-10): *¿No tenemos todos un mismo Padre?*

Salmo (130, 1.2.3): *«Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 2, 7b-9.13): *Para no serle gravoso a nadie.*

Evangelio (Mateo 23, 1-12): *El primero entre vosotros sea vuestro servidor.*

Ya nos lo advirtió el papa Francisco: «¡Cuidado! La importancia que damos a la imagen y a los medios, hace que pongamos mucho esmero en la apariencia, y se corre el peligro de que nos quedemos en lo exterior, descuidando ese mundo, tan peculiar del ser humano, como son sus convicciones, sentimientos, anhelos y necesidades».

Ser “alguien”. Es una forma de salir del anonimato, importa mucho sentirse valorado, reconocido, lo cual, no garantiza el ser querido. Es el triunfo de las formas, los títulos, los cargos y las rentas: Quien pueda hacer gala de un buen tipo, de una bella figura, un buen puesto, una buena cuenta y una buena conversación, tiene ya la aureola de aceptación asegurada.

Y esto ha entrado, también, en la Iglesia trastocando el sentido de funciones y ministerios. Hay funciones que ya no se asumen para el servicio de la comunidad sino para hacerla, resaltar en la tarjeta personal de visita y en el “curriculum vitae”. Hay ministerios que suponen socialmente un prestigio, y hay personas que viven obsesivamente la pretensión de ser nombrados más por el boato que conlleva que por la responsabilidad del servicio. Hay a quienes les encanta la liturgia cortesana más que la responsabilidad pastoral y evangelizadora.

Así que hoy, Malaquías, igual que cuando vivió, en el siglo V a.C., seguiría teniendo trabajo en este nuevo pueblo de Dios en el que algunos fieles, curas y obispos no hacen caso ni a Malaquías ni al Papa. Hace falta Malaquías indignados en la Iglesia. Todavía hay quien se cree que los cargos son etiquetas de prestigio, plataformas de distinción y puestos de privilegio.

Los cristianos de hoy tenemos una gran responsabilidad en que siga habiendo “trepas” descarados que se sirven de la Iglesia en lugar de servir, desde la Iglesia, a la humanidad necesitada, doliente, descarriada y sin esperanza.

El atrevimiento de Jesús es clamoroso. Si hoy alguien se atreviera a usar sus expresiones cuando se refería a los encargados de la educación religiosa de su tiempo, habría quien pediría su excomunión; y otros, en nombre de una caricatura de la caridad con la que pretenden cerrar la boca y evitar críticas, lo tacharía de irreverente, irrespetuoso, imprudente y escandalizador.

Todo esto porque aquellos dirigentes se habían apoderado de la tradición de Moisés, asumiendo y apropiándose de su cátedra, y habían dado al traste con la experiencia religiosa, profunda y humana, que une como compañeros de camino a Dios y a la humanidad.

Seguramente Jesús habría sido más tolerante con ellos si su obsesión hubiera sido otra o su manía moral se hubiera apoyado en algo distinto a Dios; algo así como la necesidad del orden, la conveniencia social, la utilidad económica... Pero Jesús nunca aceptó poner a Dios como garante del orden civil y del cumplimiento legal. No, eso no. Porque eso convertía a Dios en juez, fiscal, defensor y guardián, todo a la vez. Insistir en el miedo a Dios como forma de hacer cumplir las leyes y respetar el orden es instrumentalizarlo al servicio de ricos y poderosos que, de esa manera, fundamentan su autoridad en un origen divino que no admite insubordinación, crítica ni razonamiento.

Dios es alguien mucho más profundo, rico y humanizador que esa caricatura que proponen, incluso inconscientemente, muchos representantes religiosos, más atentos a la responsabilidad social, que no les compete, que a la experiencia de Dios, de la que sí son responsables. Pues hay ministros religiosos que parecen más elegidos por la autoridad civil que surgidos de una vocación religiosa, más inclinados a reforzar las paredes de un edificio civil, nacional o nacionalista, según los casos, que proclamadores del evangelio del perdón y de la gratuidad para todos.

De esta forma, arrebatan y privan de la experiencia incomparable de que Dios es Padre y les impiden entrar en casa de Dios como en su propia casa y sentirse hijo. Es como el que entra en una casa y no se atreve a hacer ni tocar nada, porque teme molestar. Todo lo contrario al hijo que, sintiéndose de la familia, sin haber comprado nada de lo que hay en ella, todo lo usa, todo lo tiene como propio. El uno es libre, de verdad; el otro, está atrapado en lo que la ley exige. No es hijo.

Privar de esta experiencia es demasiada responsabilidad. La comunidad debe reaccionar indignada ante quienes, por la razón que sea, privan a otros de saber, entender y sentir que Dios es nuestro Padre, el de todos. Por eso, solo a Él le compete el amor, la seguridad y el alimento de sus hijos. Lo demás es otra cosa.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 6, 12-16): *Sale al encuentro del que la busca.*

Salmo (62, 2.3-4.5-6.7-8): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 4, 12-17): *Estaremos siempre con el Señor.*

Evangelio (Mateo 25, 1-13): *Ya llega, salid a recibirlo.*

La muerte ha sido durante mucho tiempo un tema tabú, del que se prefería no hablar. Hoy se está superando gracias a un tratamiento social consciente y humanizador del hecho de morir. A veces aparece como una cuestión conflictiva, pero con frecuencia se trata con delicadeza, cariño y cercanía a los enfermos que van llegando al final de sus vidas. Hay unas acciones paliativas, unas atenciones delicadas, muy positivas para el enfermo, unas manos amigas junto a la cama del que sufre, en ocasiones una ternura que no se expresó en anteriores momentos de su vida, unas cuidadas palabras de despedida, un... “dejarse ir”.

Los creyentes en Cristo resucitado somos afortunados por el sentido que dan a nuestra muerte las palabras de Jesús: «os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros», «ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor» y aquellas otras de la bienaventuranza última: «venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...». No contento, Jesús, en el aliento final de su vida, como si fuese el sacramento postrero e irrevocable de su amor al hombre pecador, desde la cruz, le quedan fuerzas para cargar con un compañero de viaje: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Todo esto nos da la esperanza de otra vida eterna en su Reino.

¿Somos agradecidos al mensaje de bienaventuranza de Jesús, a la esperanza que pone en nuestro vivir y en nuestro morir? A los cristianos, se nos pide que anticipemos esa esperanza haciéndola posible para otros en una vida entregada día a día, en el amor a todos, especialmente a los pobres y a cuantos sufren. Siendo siempre capaces de hacer el bien.

Nos acercamos al final del Año Litúrgico, a la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Ante esta inminencia, la Palabra que proclamamos estos domingos es una llamada a estar preparados para el encuentro definitivo con Jesús, Señor de nuestras vidas. El evangelio de hoy concluye con estas palabras: **«Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora»**. Las primeras palabras, **«por tanto»**, nos indican que toda la parábola está narrada con esta intención: la irrupción definitiva del Reino de Dios exige al creyente estar preparado, en vela, para acoger ese Reino y entrar en él, en el banquete de bodas.

Nosotros desconocemos los usos de las bodas judías en los tiempos de Jesús. Lo habitual era que la boda se celebrara en la casa del novio. Este acudía a la casa de la novia para recogerla y llevarla a su propia casa. En esta ceremonia el novio era recibido por muchachas que acompañaban a los novios desde la casa paterna de la novia a su futuro hogar. Como este recorrido tenía lugar de noche, se preparaba un cortejo con lámparas de aceite. Unas jóvenes prudentes hacen posible este cortejo.

El Reino de Dios ha irrumpido ya en la historia con la llegada de Jesús: **«Ha llegado a vosotros el Reino de Dios»** (Mateo 12,28). Aún más: **«El Reino de Dios está dentro de vosotros»** (Lucas 17,21). Se ha cumplido la palabra de Juan, el último de los profetas: **«Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos»** (Mateo 3,2). El anuncio y realización del Reino de Dios, el proyecto del Padre, fue el gran amor de Jesús, al que se consagró apasionadamente. Un proyecto que es a la vez don y tarea. Estando ya en medio de nosotros, es algo que debe construirse día a día, esforzadamente, en todos los ámbitos de la vida. Nada humano es ajeno al Reino y a sus obreros. Al cristiano le debe importar, como primer criterio, la vida de los más débiles de nuestra sociedad, de los más desfavorecidos por el actual sistema económico.

Pero toda vida y todo tiempo histórico tienen su final en este mundo, antes de pasar a la bienaventuranza eterna. La muerte puede ser el último grito de nuestra libertad. Tal vez se nos conceda la gracia de poner conscientemente nuestra vida en manos del Padre, imitando a nuestro Señor en su muerte: **«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»**, y entregarnos confiadamente a una resurrección como la suya. Como signo anticipado de esa fe y de esa esperanza, el banquete eucarístico nos invita a participar del Pan que da vida eterna. Dichosos los llamados a la mesa del Señor.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31, 10-13.19-20.30-31): *Vale mucho más que las perlas.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5): *«Dichoso el que teme al Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 1-6): *Llegará como un ladrón en la noche.*

Evangelio (Mateo 25, 14-30): *Pasa al banquete de tu señor.*

A lo largo de la vida, todas las personas, recibimos muchas sorpresas cuando nos toca abandonar las distintas etapas por las que vamos pasando a lo largo de nuestro desarrollo: la infancia, la adolescencia, la juventud, la adultez, la ancianidad. Todas ellas pasan por momentos que podemos llamar críticos y, aunque tienen sus propias características, en todas hay algo que debemos abandonar y algo que hemos de asumir responsablemente.

Los niños tienen que abandonar el juego que es lo que más les ayuda a la hora de socializarse entre ellos; pero, lo dejan porque al llegar la adolescencia, la fuerza de la amistad, les demanda mucho más tiempo. Al ir abandonando la adolescencia, se desprende uno del ansia de tener siempre razón, por la búsqueda de los ideales colectivos de la juventud, sin abandonar las opciones personales o de pareja por un estilo de vida determinado.

Llegada la etapa adulta, la más larga de las etapas aunque también tenga varias fases marcadas sobre todo por la crianza de los hijos y la atención a los mayores, las personas debemos ir abandonando las muchas actividades que en la etapa anterior han ido llenando nuestro afán de cambiar el mundo. Las opciones fundamentales de avanzar con otras personas, haciendo grupos pequeños, irán animando nuestros procesos individuales de ser personas, de ser ciudadanos del mundo y de vivir nuestra relación con la trascendencia.

Todo esto sucede también en los campos de la economía, de la política y de la sociedad. Las distintas colectividades humanas atravesamos nuestros momentos de cambio, más o menos trascendentales y duraderos. En este tiempo parece que los hombres que estamos sobre el planeta necesitamos alumbrar una nueva época con una mayor participación de todas las personas y de todos los colectivos, abandonando el individualismo en el que nos hemos dejado “secuestrar” por los poderosos de la tierra.

La parábola del evangelio de hoy, **¿nos sitúa al final del tiempo de una historia individual o al principio de esta historia nuestra que está permanentemente comenzando?** Esta es la pregunta que cualquier persona nos planteamos en los momentos trascendentes de nuestra vida.

Aparentemente el juicio sucede después de haber hecho algo que se premia o se castiga; así son los juicios humanos o como explicaba el catecismo de mi infancia: “*Dios que premia a los buenos y castiga a los malos*”. Pero no, el Evangelio de Jesús es sanador y es para todas las personas, pues el Padre hace salir el sol sobre justos e injustos, permite que el trigo crezca junto a la cizaña, etc.

Los que lo ven todo negro y sin salida, los que no ven la luz, seguro que tendrán menos oportunidades o no sabrán aprovecharlas. Dios no está en los que producen las tinieblas y el rechinar de dientes, Dios no quiere esto, quiere que aprovechemos todas las oportunidades que vayamos encontrando en la vida, dentro y fuera de nosotros mismos.

Queremos vivir tranquilos, sin que nada ni nadie nos moleste; nos cuesta cambiar o ceder alguno de nuestros privilegios a favor de los que no tienen o les han quitado hasta los más elementales. Dios no está en los que tienen prisa por quitar de en medio lo que les molesta y a los que les hacen más difícil su bien estar. Dios no va a cambiar nada de lo que entre todas las personas podemos y debemos ir cambiando.

Algunos quieren pasarlo mal. Otros quieren dejar de escuchar los lamentos de la gente de la calle, y para eso dejan dinero a instituciones y dan limosnas de lo que les sobra. También hay personas que ponen en común sus talentos, no solo el dinero que les sobra; que ponen al servicio de la vida común lo que son, lo que hacen y lo que tienen. Y además cuentan con las capacidades que tienen todas las personas afectadas por esto que llamamos “crisis”.

Dios sí está en los proyectos de esas personas, sean grandes o pequeños, que se elaboran y llevan adelante con la colaboración de todos; cada persona colabora según su capacidad, se incorpora en el momento que lo descubre sin que nadie se lo imponga y anima a otras personas a que participen.

Esto es lo fundamental, el encuentro con el Dios personal que en medio de la calma o de la tempestad se hace presente y se suma a la acción transformadora de las personas y de las estructuras que ellas mismas montan y, con el tiempo, dejan de prestar el servicio para las que fueron dispuestas.

La Iglesia Diocesana debe ayudar a los seguidores de Jesús a verlo cuando conjuntamente reflexionamos sobre lo que está pasando y cuál es nuestra participación en ello; a sentirlo cercano, juzgando en verdad y en misericordia lo que hacemos o dejamos de hacer a favor de las personas que lo sufren y a vivirlo en nuestras acciones transformadoras a favor de un mundo más justo y solidario.

SOLEMNIDAD: JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Ezequiel 34, 11-12.15-17): ***Yo mismo buscaré a mis ovejas.***

Salmo (22, 1-2a.2b-3.6-6): ***«El Señor es mi pastor, nada me falta»***

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-26a.28): ***Dios será todo para todos.***

Evangelio (Mateo 25, 31-46): ***Se sentará en el trono de su gloria.***

Es muy importante que tengamos una pequeña idea del momento y el por qué motivo se instituyó esta fiesta; fue Pío XI en 1925, cuando la Iglesia estaba perdiendo su poder y su prestigio acosada por la modernidad. Con esta fiesta se intentó recuperar el terreno perdido ante un mundo secular, laicista y descreído. El llamado “laicismo secular” no maduró en un solo día, sino que fue creciendo en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho de enseñar al género humano. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Esto no es crítica sino datos históricos. Era el modo de pensar de aquella época.

No es mi intención manifestar mis preferencias por uno u otro sistema y mucho menos por una u otra opción política de las que se nutre nuestro Congreso. Pero existen criterios a los que todo cristiano debiera someter sus decisiones. Primero: Los cristianos debemos optar por las personas o grupos más desfavorecidos, los pobres, los “descartados”, y apoyar sus necesidades y aspiraciones con nuestras palabras y decisiones. Segundo: Todos debemos implicarnos en la vida pública. Muchos dicen no querer saber nada de política. Pero el Concilio Vaticano II dice: «La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio... Conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos» (Gaudium et spes,75). Tercero: Los cristianos tenemos como Rey del Universo a uno que se ha reconocido como rey haciéndose testigo de la verdad: «Pilato le dijo: Con que, ¿tú eres rey? Jesús le contestó: Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Ese, y no otro, es nuestro REY.

En la gran parábola del juicio final, el amor al necesitado se convierte en el criterio para la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres, los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mateo 25,40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí. En el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen. Los poderosos de este mundo, rechazaron a Jesús. No sabían lo que hacían. Nosotros, los que hemos alabado a Cristo Rey, **¿qué hacemos por seguirle, por defender la dignidad de sus súbditos, los hombres de este universo suyo?** El Concilio declaró la dignidad de todo ser humano, y la autonomía de las realidades temporales, en las que el cristiano debe hacerse presente, a modo de fermento, junto a otros hombres de buena voluntad, compartiendo sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas.

Ante el poder romano y la hipocresía judía, Jesucristo afirma que ha nacido y venido al mundo para ser testigo de la verdad. Eso hemos de afirmar y ser los que le seguimos: “testigos de la verdad en un mundo en el que con frecuencia reina la mentira en las relaciones humanas. Dios se manifiesta en Jesús como un Dios de verdad y bondad, y muy especialmente, un Dios que hace justicia al pobre. Jesucristo es Rey del universo porque con su vida nos ha dado a conocer al Dios verdadero. Y con Cristo Rey reina todo aquel que deja que la verdad de dios se manifieste en su vida.

Al reconocer hoy a Jesucristo Rey del universo, queremos afirmar nuestro encuentro con Él, descubierto a lo largo del año litúrgico, solidarios con el que ha pasado por la vida haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, con el que al final de esa vida ha sido juzgado, condenado, muerto, resucitado y glorificado. Ese es nuestro Rey y Señor, y no tenemos otro.

Ese encuentro con Jesús está llamado a reproducirse sacramentalmente en los más pobres. Lo sabemos bien; es el sentido de nuestra vida, y más allá de la muerte viviremos felices con ellos. Unidos a nuestro hermano mayor, somos hermanos, hijos de Dios, su Padre que es nuestro Padre. Y Él tiene palabras de vida eterna, porque Él es el camino, la verdad y la vida.

Para los que solemos asistir a la Eucaristía con regularidad, esta fiesta tiene un último significado: Al cerrar el año litúrgico, la fiesta nos indica que Jesús es el Señor del Tiempo y de la Historia, el punto omega hacia el que todo se orienta y converge, la meta definitiva de todo lo creado, la esperanza última y cumplida de todos nuestros anhelos de felicidad.

Que la mesa a la que el mismo Señor nos invita, en cada Eucaristía, sea signo y anticipo de la mesa eterna a la que toda la humanidad está convocada.